LOS BRIBONES

NOVELA MEXICANA DE ACTUALIDAD

Lázaro Gutiérrez de Lara

CAPÍTULO I

Desde muy temprano el Magnate había mandado orden a sus principales empleados para que se reunieran en su despacho particular, con objeto de tratar asuntos de importancia, y aquella mañana de Junio, en que un sol de brillo luminoso y candente, penetraba en hazes esplendorosos dentro de la pieza, urdía pensativo, proyectos que agrandaran sus empresas o que salvaran las dificultades que siempre y a cada paso brotaban ante sus atrevidas especulaciones. Desde el interior de aquella pieza mueblada confortable y sobriamente, las miradas se extendían, traspasando el vano de las ventanas, por sobre la ondulante e inmensa llanura que se ampliaba, en una tonalidad verde-amarillenta de pastales maduros, confundiéndose en la vasta lejanía, con los azules fondos de las sierras que servían de línea divisoria con la Nación vecina. Por la ventana del lado contrario, la vista abarcaba de un golpe el conjunto admirable y atrayente de la naciente población que hormigueaba, pululando en las calles, trepando por las vías que ascendían al lomerío, encausada en los largos y rectos claros bordeados por las casas del vecindario de obreros. Las oficinas de la compañía, edificadas de ladrillo rojo en blocs de dos o tres pisos, se enhilaban en la calle principal y sus techos inclinados recortaban el miraje en cuadriláteros que se escalonaban en surcos cónicos laterales y trepaban en las estribaciones de la montaña hacia la cordillera, en cuyo seno, de riquísima formación metálica, se sentía hervir la multitud minera. Después de los edificios, en una brusca elevación del terreno, las gigantescas fundiciones del mineral, de techos arreglados en longitudes cónicas, daban paso a las chimeneas por las que brotaba el humo blanquecino cargado de sulfuros de la materia fundida, en bocanadas densas y que se elevaban en el aire en volutas que giraban hasta difuminarse en el azul del cielo. La gran chimenea de treinta y cinco metros de altura, crujía por las expansiones del humo y de destacaba entre las otras, como una madre corpulenta y formidable. Erecta audazmente, circular, brillando al sol su cubierta de placas de acero de los talleres de Westhinhouse, por su interior corría con espantable ruido el humo saturado de corpúsculos metálicos en ignición, que emergía en los hornos donde se refinaba el cobre y luego, dando un paseo circular en una caverna de ladrillo refractorio dejando oír al exterior furiosos bramidos, abandonaba toda su riqueza metálica que después era recogida y vuelta a la refinación.

Como aditamento de la fundición se continuaba la Power-house y escalonándose, posterior a ella, las sierras minerales; se cubría su superficie de casitas de operarios y sus cañadas se hundían desde la cumbre y se ensanchaban al descender al valle. Al trepar la vista, alcanzaba los peñascos de color roji-negro que ascendían como torres truncadas rompiendo la línea ondulante o angulosa de las cumbres de la sierra y que se prolongaba en la vasta extensión del horizonte.

El Magnate a veces lanzaba una mirada sobre aquel panorama y sus ojillos carnosos y melancólicamente duros, chispeaban con fulgores de dominio y ambición. Desde muy joven, cuando llegó de las regiones del Norte, buscando un campo apropiado a sus inclinaciones aventureras y acariciando nebulosamente en su cerebro una vida de opulencia y de dominio,

[*] Digitalización: KCL.

aspiración en que se fundía su naturaleza, presintió en aquellas llanuras y en aquellas montañas un campo espléndido para sus luchas. Primero las transacciones ganaderas le dieron oportunidad de comprar ganado en pequeña escala y aumentarlo por medio del merodeo y la “cuatreria”, en aquellos tiempos en que a los apaches se les podía echar encima todos los robos que los blancos cometían y en que no existiendo las cuarentenas actuales, podía mandarse el ganado a los mercados de San Francisco o de Kansas City. De este modo había hecho buenos negocios; más tarde contrajo matrimonio con la viuda de un ganadero de Arizona, continuando como “Cow-boy” del ganado de su mujer; al poco tiempo dejó a ésta en la miseria, disipando los novillos en el juego, las mujeres y el Whiskey. El “Cow-boy”, empezó a hacerse célebre desde el día en que en un rancho de Tombstone se agarró a balazos con dos compañeros de cuatrerías, un mexicano y un americano que eran tenidos por los más audaces y valientes; en la lucha salió triunfante con la muerte de sus contrarios y desde entonces, los demás “Cow-boys” tenían a honra estrechas su mano y en las correrías “cuatreras” que emprendía, en compañía de aquella gente, él era el qué, con gustosa anuencia de ellos, llevaba la mejor parte en el reparto del ganado recogido.

Sus correrías le habían hecho conocer aquellos cuantiosos y ricos depósitos naturales de cobre y concibió la idea de ser el jefe de una grande explotación minera. Varias veces habló con el viejo General mexicano que después de una vida azarosa de guerra y de política, explotaba en pequeña escala las minas de cobre. El viejo guerrero adivinó en ele joven “gringo” un hombre de audacia y de capacidad y tal vez tuvo la intención de asociarlo en sus empresas mineras, pero lleno de orgullosa honradez, ante las combinaciones que entrevió desechó el intento. Su muerte dejó aquello abandonado y entonces el atrevido aventurero emprendió con empuje que le valió el éxito, la adquisición de minas y la organización de una compañía la que, él como Presidente, explotaba ahora en escala bastísima los extensos y cuantiosos y ricos depósitos de cobre nativo. Una población de más de veinte mil almas, acusaba el éxito admirable del antiguo “Cow-boy” convertido ahora en un millonario y a quien el periódico de la localidad apellidada: “S. M. Majestad. El Rey del Cobre”.

Casi se veían coronados sus esfuerzos y satisfecha su ambición; toda la comarca ganadera le pertenecía; sus valles de pastoría se dilataban hasta más allá de la línea divisoria; sus vaqueros herraban hasta quince mil becerros al año y dominando el inmenso valle, la ciudad minera se agrupaba como un trono, en los primeros escalones de la Sierra de cobre y desde allí podían las miradas del Amo envolver todo el dominio, cuando tornaban de sus correrías financieras de Estados Unidos y de Europa; por que ahora, ya millonario, sus actividades y su incomparable energía las empleaba en “orejanear” millones lo mismo que en sus buenos tiempos de “Cow-boy” “orejaneaba” becerros. Sus campos ya no eran las llanuras fronterizas; sus reales estaban sentados ahora en el corazón del mundo, en la Ciudad-luz, en París, donde sus rápidas y audaces combinaciones le habían dado ya “le brillant succés” de algunos centenares de millones de francos, sacados a accionistas inocentes, a quienes les hizo creer que los ríos mexicanos se deslizaban dulce y poéticamente sobre arenas de oro...

Aquella mañana del mes de Junio el Rey estaba inquieto; su cara carnosa y sanguínea había perdido su aspecto ordinario de ruda franqueza, iluminada siempre por una especie de cortesía arrítmica, sin regla y ex-temporánea, como toda cortesía rústica. Impaciente esperaba a sus hombres, dando pasos por la estancia, cuyo piso hacía crujir su corpulencia; en su diestra tenía una carta en una de cuyas esquinas se distinguía un membrete de tres renglones cortos de letra cursiva de color azul, que decían: *Correspondencia particular del ciudadano Gobernador del Estado de*…

Todavía se prolongó un rato más la espera y después de escucharse el rodar de un carruaje en el arenoso pavimento de la calle, se oyeron golpes discretos en la puerta del despacho.

– Come in, -dijo el Rey.

Se abrió la puerta y entró un hombre excepcionalmente delgado, vistiendo cazadora y pantalón que formaba profundos pliegues en los muslos, denotando las menguadas carnes, se le abrochaba en los laterales del corvejón, de rótulas protuberantes; polainas inglesas de color alazán se le ajustaban hasta los zapatos. Un fieltro de anchas alas ocupaba su siniestra mano. Representaba unos sesenta años aunque de mucha menos edad; una profunda dispepsia le decrepitaba prematuramente y daba a su cara de nariz prolongada, de bigote gris semicaído sobre la boca y en la que dominaba la flacura rayana en consunción, un aspecto de profundo disgusto y que a veces se trocaba en desdeñoso desprecio; sin embargo, un detalle quitaba todo este carácter a su fisonomía y era la expresión caninamente sumisa de sus ojos de perro aporreado y hambriento. En lo general, su mísero aspecto desdecía por completo del traje vanamente varonil que portaba: era el Superintendente de la Compañía.

Detrás de este personaje se destacó la figura rechoncha y vulgar de un hombre de regular estatura, de cara de perfil de huevo redondo, de color rosado, semi-calvo, sonriente y de ojillos vivaces y amables: era el Cashier del Banco de la Compañía y al mismo tiempo Presidente Municipal de la Población.

El Rey se adelantó a ellos y extendió su diestra para el “shake-hands”.

– ¡Hello! ¡hello! Cashier. ¡Hello! Manager. Are you well?

– We are all right. Thanks.

– Well, Well, Well. Y el Juez y el abogado Robleda? Porqué no vinieron?

– Creo que llegarán luego. Dijo el Cashier.

– Siempre hay que esperar a estos hombres. Ya no sé por qué no se acostumbran a considerar que el dinero que se les paga es para que sirvan para algo, dijo el Manager. -Sus ojos de perro aporreado y hambriento se tornaron duros por el desprecio que le inspiró lo que acaba de decir.

– Yo pienso lo mismo pero no hay remedio, -explicó con ruda franqueza el Rey.

– En efecto. En efecto. No puede haber remedio -insinuó suavemente y sonriente el Cashier.

– Permita Ud., -dijo Ojos de Perro al Rey-, que le diga, que yo creo que, con la influencia que Ud. tiene con el Gobernador, puede Ud. hacer que se nombre un “blanco” de Juez, en vez de éste “dam mex”, borracho y bueno para nada. También creo que el abogado puede ser mandado al infierno y traer un “american lawyer”. Es decir, personas con quienes no se necesite usar espuelas.

– Yo lo haría si pudiera y si no lo hago es por que conozco mis negocios. “That’s all”.

El Rey tenía razón: aquel par de borrachos, como eran llamados el Juez y el abogado por Ojos de Perro, habían sido los mejores agentes para sus combinaciones de ganadero. Borrachos y todo, pero le eran útiles y esto es lo práctico en cuestión de negocios.

– Bueno. Entre tanto hablaremos. -El Rey se acomodó en su asiento junto al escritorio colocado frente a una de las ventanas, mientras el Manager, Ojos de Perro, apoyaba su escuálida persona en una cabecera del escritorio y el Cashier se sentaba enfrente de ellos, masticando su puro y haciéndolo pasar, extendiendo y frunciendo los labios, de una comisura a otra de la boca, sobre la que se erizaba un bigotillo canoso recortado al ras del belfo.

– Well, -dijo el Rey-. Ya Uds. están al tanto de mis propósitos y espero que pongan todo el cuidado posible para que las cosas salgan bien. Understand? Sobre todo es necesario ir con energía y vigilar a Robleda y al Juez para que hagan bien lo que tienen que hacer. Yo sé bien que estos “mex” se emborrachan cuando más se les necesita, pero por eso les encargo a Uds., que no los dejen solos un momento hasta que mis instrucciones estén bien cumplidas.

– Estamos listos a todo, -dijo el Cashier.

– Además -dijo el Rey-. Necesitamos hacer las cosas de modo que pueda yo, cuando sea preciso estar en New York para esta cuestión, tener listos los documentos oficiales de las autoridades mexicanas, que comprueben que se está robando a la Compañía en grande escala, pero que ya están en la cárcel los ladrones. Justamente aquí tengo una carta confidencial de mi amigo el Gobernador, en la que me autoriza para que yo haga con toda libertad todo lo que yo crea conveniente a mis propósitos. Léala Ud. Cashier.

El Cashier leyó la carta del membrete de renglones azules.

– ¡Magnifico! -exclamó- con esta autorización para que nosotros y el Juez procedamos con entera libertad, todo lo podemos llevar a cabo perfectamente.

La cuestión era la siguiente: El Manager tenía que rendir su informe anual a la Junta Directiva de la Compañía, que radicaba en New York. En sus propias especulaciones, cuyo carácter conocemos, había invertido cantidades considerables de dinero de la Compañía y cuyo empleo no podía justificar por que era extraño a la negociación. La verdad era que para él el éxito era brillante por que gran parte de esas cantidades habían aumentado sus propios millones, pero lo que él trataba, era de hacer práctica una de sus geniales combinaciones y por la cual justificaría ante la Junta Directiva de New York qué, la desaparición de los millones era debida a una de tantas fatales dificultades por que atraviesan los negocios, principalmente en un país como México en que, lo mismo se puede ganar mucho como perder lo mismo. Su propósito firme era sobre todo, obtener y seguir con la presidencia y de seguro que lo lograría, como de igual manera ya lo había logrado otras veces, en que se le habían atravesado al paso iguales o peores dificultades. La principal qué, para sus intentos se presentaba ahora, era la pérdida de esas cantidades y que podía servir de pretexto a algunos accionistas con quienes no estaba bien y que tratarían de echarlo de la Presidencia y por esto había que resolver esta cuestión en sentido favorable para él.

– Bueno. -Dijo el Cashier-. Y creo que la cosa es segura. De aquí a cuando Ud. tenga que rendir su informe a la Junta Directiva, yo le prometo obrar con toda la eficacia posible. ¡Oh! Esté Ud. seguro, Señor, que todo saldrá bien. Indudablemente que todo saldrá bien, -el buen hombre levantaba su labio superior por un lado, sonriendo y se frotaba las manos con satisfacción.

El proyecto que ya debían conocer de antemano el Cashier y Ojos de Perro, debía de ser bueno por que éste aprobó sumisamente con sus ojos caninos.

– Ud. se encargará de que el Juez y Robleda anden pronto -dijo el Rey dirigiéndose al Cashier- y Ud. -dijo al Manager- escogerá los que vayan a la cárcel y debe cuidar de que, de alguna manera aparezcan en realidad ladrones.

– All right, Sir -dijo éste último-. Pero yo desearía que Ud. me diera un consejo o una indicación cualquiera para hacer esto.

– La cuestión es muy fácil -contestó el Rey- ordene Ud. por ejemplo, al Jefe del Departamento mercantil, que haga regalos de cierto valor a varios de los dependientes, principalmente a las muchachas y después de esto, que vaya el Juez a la casa de ellos, que les pida explicaciones

sobre la procedencia de los objetos y como contestarán solamente que son regalados, creo que nadie será capaz de aceptar esa explicación y de este modo aparecerán realmente como ladrones y como justo, que se les lleve a la cárcel. Esto es todo.

– ¡Oh! ¡Oh! ¡Esto es admirable! -exclamó realmente emocionado el Cashier. Ojos de Perro aprobaron con firmeza lo dicho por el Rey.

Por la parte exterior del jardín inglés del opulento “home” de que formaba parte el despacho del Rey, platicaban dos hombres, babeando al mismo tiempo sendas naranjas que uno de ellos sacaba de la bolsa de su sobretodo de verano, un sobretodo cuya parte delantera llegaba casi al suelo mientras la posterior se alzaba hasta las corvas, debido a la mayor amplitud de superficie que en la espalda ocupaba; el hombre se inclinaba hacia delante por el pecho hendido que le convexaba la región de los omóplatos.

El Cashier adivinó, desde su asiento, mirando por la ventana por donde entraban bocanadas de primavera, la presencia de los hombres y levantándose se acercó tan luego como los divisó y después de avisarle al Rey quienes eran aquellos, les lanzó un “chist” imperioso: sus ojillos se habían vuelto duros y en su cara antes tan suave y risueña se retrataban ahora el desprecio y la altanería.

Al escuchar el chistido, los hombres dejaron caer las naranjas que chupaban, rápidamente se desensuciaron los residuos de la fruta que les colgaban de los bigotes y se dirigieron apresurados al despacho del Magnate, en cuya puerta tocaron vacilantes y trémulos.

Ojos de Perro les abrió sin decirles palabra y ellos entraron tímidos y torpes, tropezándose uno con el otro y sin acertar a separarse, como bestias acobardadas.

Es indispensable hacer la presentación de estos dos personajes:

El uno, Isidoro Castañeta, era el Juez de 1ª Instancia del Partido Judicial creado en aquel lugar a voluntad del Rey, no hacía mucho tiempo. Castañeta era un tipo de cuerpo de regular estatura, desmedrado de hombros, edad como de cincuenta a sesenta años, vestía desaliñadamente y usaba un sombrero viejo, parecido a los que usan los touristas; pero lo más notable en él era su fisonomía: boca de labios flojos y colgante el inferior, bigote cano y sucio, caído en mechoncillos pegados y convexos a la boca regularmente fruncida, nariz roma y boluda avanzando siempre hacia adelante como si humeara continuamente, presentaba yemaciones rojas y azuladas, signo de patonogmónico de pródromos de inveterado alcoholismo, sus ojos desaparecían detrás de unas gafas de miope; frente ancha por la calvicie, formándole en la parte superior de la cabeza, los pocos pelos que tenía, un sucio y roñoso arco semicircular que lo asimilaba a ciertos simios de cabeza prolongada hacia arriba y hacia atrás.

Su historia era curiosa y él mismo la contaba con cierto orgullo en sus largas y cotidianas francachelas alcohólicas, rodeado se sus “hijotas”, como llamaba a las “perdidas” predilectas y después de haberse fastidiado hasta de… el juego por que lo peor era lo que hacía primero.

Su juventud la había pasado en un Puerto del Pacífico desde donde hacía sus correrías a Sinaloa, Baja California y Chihuahua. En unión de algunos de su misma fibra esperaba (en aquel Puerto) la llegada de rancheros que venían a negocios o a paseo. De seguro que el que caía en sus garras conocía incontinenti los lugares más inmundos de la Población, a donde los embrutecía en unión de mujeres de la peor ralea a fuerza de prostitución y embriaguez, pero la víctima podía dar por cierto que amanecería sin un centavo y con algo puerco que llevar, como un recuerdo de su inmunda estupidez, a la esposa ranchera, quien después tendría que curar las consecuencias de las indecentes luchas de Castañeta. Una buena temporada tuvo que pasarla en La Baja California debido a ciertos líos en que se vio envuelto a consecuencia de

haber intervenido como principal agente en la corrupción de niñas de diez a doce años que él conseguía para saciar los criminales apetitos de viejos ricos degenerados. Ejercía esta clase de industrias al mismo tiempo que era escribiente de un juzgado. Más tarde logró “caerle” bien por su descarada picardía y su bellaca bufonería, al viejo General que por aquel tiempo fue el héroe y el absoluto favorito de la región fronteriza. La mejor gracia que empleó para ser soportado por el Guerrero fue la publicación de un periodiquillo llamado “El Torete”, cuya literatura dipsótica y virulenta hizo reír a unos y emberrinchar a otros. Su tiempo pasó entre triquiñuelas de tinterillo y camándulas de burdel, hasta que ya en los últimos tiempos un Gobernador de Chihuahua, gigante de cuerpo y enano de lo demás, lo “fabricó” abogado en pago de “valeduras”, por que “este Castañeta es riata y no se revienta y güeno pa arreglale a uno cualquier tapao cuando se ofrece” -decía el prohombre para justificar el título profesional con que lo agració. Volvió al campo de sus hazañas juveniles, pero ya autorizado como un Vallarta o un Pallares, tomó más altos vuelos en los métodos de sus combinaciones y triquiñuelas aunque no abandonó sus especulaciones antiguas, por que eso le era imposible, lo llevaba en la sangre. Por fin después de alzas y bajas, aunque no podía nunca bajar moralmente por siempre estar en lo más bajo, el Magnate, por indicaciones del Robleda, le ordenó al Gobernador del Estado nombrara Juez de 1ª Instancia de sus propios dominios.

El otro individuo era el abogado de la Compañía, Petrucio Robleda. Indudablemente que es indispensable concluir el retrato físico y moral, que ya tenemos empezado, de este buen chico: De una edad como la del Juez, éste tenía un cuerpo que parecía más alto pero agobiado por un hundimiento del pecho que lo obligaba a ser jorobado, de hombros angostos, piernas delgadas y zambas, vestía un traje el abandono y la suciedad; zapatos rotos. Su cabeza agachada siempre, cuando se levantaba dejaba ver la fisonomía, sus ojos hundidos no se atrevían a ver de frente y parecían juntarse en el nacimiento de la nariz que se prolongaba sobre la boca floja y lacia, un bigote entrecano y sucio colgaba sobre la boca, notándose más aquella mañana su “porquería” debido a excrecencias nasales que no cuidaba de limpiar con la necesaria pulcritud. Su vida era un poco fuerte. Los habitantes de un pueblo del Río de… temblaban al referir que, en unas elecciones para Presidente Municipal y siendo él uno de los candidatos, un pobre viejo octogenario y medio loco, después de haber ingerido algunos tragos de “chicote”, gritó algunas tonterías contra Robleda. Este salió electo para la Presidencia y su primer acto autoritario fue mandar dar una paliza al viejo atrevido y hablador y por la que quedó con las piernas rotas y el poco tiempo que sobrevivió al “tan merecido castigo” tuvo que caminar arrastrándose. ¡Oh! El Sr. de Robleda debía llamarse por esto, como aquél del cuento, “El Justiciero”.

En ese pueblo, que tendría mil almas, Robleda se dedicó a la carrera de Jurisprudencia, y allí se auto-graduó de Abogado, viniéndose después de este grande acontecimiento, a la cabecera del Distrito donde obtuvo el empleo de Juez de 1ª Instancia, puesto que desempeñó honestamente durante doce años (este lapso de tiempo prueba su honestidad por más que alguien piense otra cosa). En toda esta temporada tuvo algunos merecimientos, pero los más vulgarmente conocidos, fue el placer que se dio mandando quemar todos los títulos y documentos otorgados por los Reyes de España y los mamotretos en que estaba escrita la historia de la antigua Intendencia Septentrional. Este fue uno de sus goces aunque pasajero. Los pergaminos y papelotes ardieron más de quince días. Sucedió también, que desde los primeros del desempeño de sus funciones agradó al Sr. Juez una mujer del pueblo (he aquí los romanticismos de Robleda) agraciada y buena, casada, también con un buen hombre, labrador de oficio, lo que se llama hombre del pueblo. Nuestro Robleda ha sido de pasiones fuertes, y concibió una terrible por aquella mujer; hombre al mismo tiempo de grandes y fecundos recursos, no tardó en hallar la manera de hacerla suya y sucedió, que un ranchero se quejó de que alguien le había robado una sarta de chiles colorados; Robleda inició la averiguación criminal consiguiente y como cayeran vehementes sospechas sobre aquel hombre, lo mandó aprehender y lo encerró en la cárcel; a los cuatro o cinco meses la pobre mujer se atrevió a ir a rogar al Sr. Juez favoreciera en algo a su marido; los abogados cuestan mucho dinero y los pobres que no lo tienen se ven obligados a permitir que sus mujeres se ocupen de estos

asuntos. Después de la primera entrevista vinieron otras y por fin… la mujer fue la querida de Robleda. El hombre murió de tuberculosis en la cárcel nueve años después sin haber logrado se le sentenciara y soportando en todo aquel tiempo el peso de su deshonra todavía más cruel que el de su prisión. Tratándose de Robleda y por la respetabilidad que nos merece, apenas nos atrevemos a pensar que esto sea malo pero en cambio prueba el triunfo de los conocimientos jurídicos que tan hondamente poseía y que le daban el gran poder con que dominaba a los hombres y… a las mujeres.

En la brillante claridad de aquella mañana de primavera, de esa primavera tardía de las regiones del Pacífico, se sentía flotar blanda y dulcemente un aliento de vida que se infiltraba en la sangre adormeciendo el cuerpo en un tenue ensueño de vaga voluptuosidad. Un airecillo sutilmente cálido, penetraba al aposento en bocanadas de embriagadora dicha.

Luego que nuestros dos héroes se repusieron un algo de la poco amable acogida que les hicieron Ojos de Perro y el Cashier, alargaron torpemente la mano al mismo tiempo los dos, saludando al Magnate, en cuyo rostro se dibujó vagamente su antigua expresión franca y bonachona. El Cashier tuvo la cortesía de levantarse pero los Ojos de Perro se volvieron más despreciativos todavía.

– Señor -dijo el Juez Castañeta adoptando un aspecto de ranchero inocentón, y adelantando la cabeza que ladeaba graciosamente, este era su gesto característico; la sonrisa que fluctuaba en su boca abierta podía desarrollarse rápidamente en una carcajada de adulación y solo esperaba en aquel momento, que el Magnate dijera algo que la motivara, para soltarla a todo trapo-. Señor, he recibido un recadito de Robleda esta mañana para venir a ver a Ud. y aquí me tiene Ud. como siempre, incondicionalmente…

– Si, Señor -dijo el abogado Robleda- yo le dije a Castañeta -(el hombre hablaba quedo y tartajeando las palabras)- le dije que Ud. quería que lo viéramos, -entretanto los dos permanecían en pié.

– Pues Señores, -habló el Rey-. Por circunstancias muy especiales, necesito que Uds. dos, de acuerdo, hagan una investigación pronta y que salga buena, para averiguar algunas cosas que están pasando aquí. ¿Entienden?

– Y muy fuertes -añadió el Cashier.

El Juez abandonó por un momento su fingido aspecto de bobo.

– Pues ya sabe Ud. Señor, que estoy a las órdenes de Ud. como siempre -dijo interrogativamente.

– Y quiero que ponga Ud. -continuó el Rey- más atención y cuidado que el que ha puesto en otros negocios. No me conviene que empleé Ud. tanto tiempo ni tanto dinero como lo ha hecho antes -luego, cambiando intempestivamente de tono, prosiguió- porque tú te emborrachas como un marrano y por esas borracheras te pones bruto y entonces no sirves para nada -luego dirigiéndose a Robleda-. Tú también eres un borracho sucio y además eres flojo, perezoso. Dime, ¿cuánto dinero me cuestas? -La voz era irritada y despreciativa.

Robleda se mascaba los bigotes de un modo asqueroso.

– Pero Señor -habló suplicatoriamente el Juez- ¿que yo me emborrache? Es verdad. Pero Ud. conoce nuestro buen deseo para servirle. Ahora es tiempo de decirle que por las órdenes que Ud. me da y que yo cumplo lealmente no me han escaseado responsabilidades. ¡Ah! Pero yo me he reído siempre de las tales responsabilidades -cambiaba de tono sonriendo y daba a su

voz la inflexión con que quería significar una heroica y decidida adhesión al Rey-. ¿Qué no ve Ud. que yo me digo? He de ser buen amigo de Ud. y aunque “estaque la salea”.

– ¿Qué dice? -preguntó Ojos de Perro al Cashier. Este le explicó en inglés riendo burlonamente.

– Yo creo -dijo Ojos de Perro- que si hubiera que echar a estos hombres de aquí, se morían de hambre.

– I think so -afirmó el Cashier.

La vergüenza andaba por las antípodas. Entretanto el Rey permanecía pensativo, luego dirigiéndose a los hombres con lenguaje más irritado, casi ordinario; les dijo:

– La cuestión es qué, como se debe, hagan tú y tú lo que les diga el Cashier y pronto. ¿Entienden? y tengo que habar a Uds. como se merecen y es necesario hacerlo para que comprendan. También los “otros” me cuestan dinero. Ellos no tenían ni con que comprarle enaguas a sus mujeres y ahora tienen dinero que yo les he dado -al decir esto señalaban con coraje y agitaba en la mano la carta de los renglones azules-. A todos tengo que dar dinero y en cambio ¿para que sirven? Son buenos para nada. Yo tengo más derecho a este país que nadie. Yo vine aquí cuando los mexicanos tenían miedo a los apaches y yo fui el que guerrié con ellos. Por eso creo que nadie debe meterse en lo que yo haga aquí.

La torrentera megalómana se le desataba al Rey. Era su manía, creer que él había conquistado a los apaches aquella parte del país. El había empezado por platicar esto y como nadie lo contradecía, acabó por creerlo y como tanto los periódicos yanquis como los mexicanos dieron en llamarle “coronel” él concluyó por creer al fin que si a México no se lo habían comido los franceses, era por que él lo había evitado. Si megalomanía en este sentido se había afirmado desde el día en que, en un banquete al que concurrió el Jefe de la Zona y el Gobernador de aquel Estado fronterizo, declararon éstos, habiendo delante algunos millonarios yanquis, que era verdad cuanto en este sentido, expresaba el Rey. Aquel día, en aquel momento, al hablar de aquella manera, su rostro carnudo se puso apopléjico.

El Juez abría más la boca, aparentando una absoluta estupidez y Robleda agachaba la cabeza ocultando sus miradas.

– Well -siguió el Rey- pueden irse. -Repentinamente se levantó, irguiendo su corpulencia y rápidamente cambiando su grosería, volvió a su bonachonería de viejo “Cow-boy” y prosiguió dirigiéndose al Juez-. Oye, tú. Tienes todavía quince días para borrachera en compañía de tus muchachas, pero mucho cuidado. Hea! Great! Scot! Ni un día más de los quince y tú Don Robleda, ya estas viejo y cuídate el catarro. Lo tienes muy fuerte.

Todos rieron grandemente, felices de ver pasar la tormenta. Al Juez le sobraba saliva, según podía colegirse al notarse el torrente que de su boca surgía en un abundante chorro de babas.

– Well Well -decía el Rey-. Yo me enojo pero pronto se va todo y lo que recomiendo por último es que todos vayan de acuerdo.

Como daba la señal de despedirse, todos le tendieron la mano. El Juez se quedó atrás.

– ¡Caramba! ¿Qué quieres? -le preguntó el Rey.

El Juez tenía un semblante de pícaro compungido y su nariz coloreando en bello escarlata se tornasolaba al azul violeta de Parma en las yemaciones prodrómicas.

– Bueno. Pues quiero decirle… Vámos, quiero decirle, pues que… ayer me fue de los diablos en los gallos y… pues, perdí cuatro mil pesos. ¿Que le parece? y “orita” estoy “pelao” y yo me dije: hombre no tengas cuidado ¿“pos pa que” son los verdaderos amigos? Y además si viera Ud. a mi pobre vieja llore y llore; ¿ya Ud. sabe lo que son las viejas? y ella es la que me ha dicho: Anda con el Rey; y aquí me tiene Ud. “Ora” Ud. sabe lo que hace conmigo. “Onde” Ud. no me ayude voy a tener a la vieja llore y llore…

– God…! Oiga Cashier dé Ud. a éste dos mil dollars. -Así era el Rey, magnánimo con los que lo servían.

– Pásese Ud. por el Banco -dijo el Cashier a Castañeta. La mirada de Perro parecía enferma de hidrofobia al fijarse en el Juez.

Concluyeron de despedirse y dejaron sólo al Rey que se entregó a nuevas combinaciones ya que aquella quedaba entendida y pronto sería puesta en práctica por sus hombres.

CAPÍTULO II

El Palacio Municipal del lugar, un edificio de ladrillo rojo, bastante amplio y elegante, había sido construido gracias a un empréstito de sesenta mil pesos, facilitado por el Rey. Se había edificado en los tiempos del anterior Presidente Municipal, un Doctor llamado Filiberto Prieta y a quien los rancheros del os alrededores, llamaban Tordillo, nombre de color caballo que trastocaban aludiendo al de su pelo entrecano. En el Pueblo había un pseudo-abogado cuya característica era conocer de memoria y repetir de memoria los artículos que hemos dicho, se dedicaba a referir a grito pelado y en sus momentos de culminante alcoholismo, que el Doctor Tordillo sólo había gastado en la construcción del Palacio unos treinta y cinco mil pesos y lo demás se lo había robado. Esto es una costumbre (la de robar los Presidentes Municipales) algo inveterada en nuestra querida cuanto infortunada y mil veces sacrificada patria. A veces el abogado Castro embarazaba, en estas inocentes raterías a nuestro buen amigo el Cashier, pero hay que dudar de esa mala lengua. Nuestro buen Cashier cargaba con una quiebra fraudulenta en la que, algunas viudas y huérfanos, habían sido las víctimas, pero esto no quita ni pone rey y además… ¡¡éste mala lengua de Castro…!!

El salón destinado en el Palacio para las sesiones del R. Ayuntamiento, había sido concluido al último y ahora se trataba de inaugurarlo celebrando una fiesta significativa y de trascendencia; lo más significativo posible en cuestión, sobre todo, de moral y que quedara grabada en imperecederos recuerdos al par que gratos, en aquella población, cuyo freno gubernativo jalaba ahora con sus dignas y honradas manso nuestro buen Cashier. El, con este noble y autoritario carácter, ejercía sus funciones en el orden político y administrativo con las más amplias facultades, en el campo inmenso que nuestras sapientísimas leyes conceden a los tan paternalmente manejan el freno de que hemos hablado y que nosotros tan contentos y felices tascamos con nuestras rebeldes bocas. El, (el Cashier) había arreglado las cosas de tal manera que la fiesta inaugurativa tendría que resultar espléndida y resonante. Veamos cómo:

Varias personas de las más respetables del lugar en unión del Cura que administraba la parroquia Católica y conseguía la gloria eterna para sus feligreses aunque le costara los sacrificios de costumbre, habían notado como si una espina les picara sus respectivos corazones, la gran carencia de ideas religiosas de los habitantes del Mineral. El virtuoso

Cashier era también de los que sentían el piquete de la espina; hombre de ideas profundamente morales, naturalísimo era que se preocupara por aquella antirreligiosa situación de sus dominios. Hubo varios acuerdos entre los creyentes de rango. El Cura siempre estaba poseído de un entusiasmo casi rayano en divino frenesí y sus sermones dominicales versaban indefectiblemente sobre el particular.

Por lo regular las chicas del pueblo bailaban los sábados toda la noche y el domingo en la mañana comentaban en la Iglesia, a la hora del santo sacrificio, entre risas y cuchicheos que por lo regular eran conversaciones en voz alta, todos los incidentes noviazgueros de la noche anterior. Todo lo hacían sin cuidarse para nada del Curita ni de su misa. Al concluir ésta, era de ordenanza que les echara una filípica, pero esto era lo más divertido para las muchachas porque, como el buen hombre tenía el defecto de añadir a todas sus palabras la final “to-to” todo el mundo se moría de risa al oír cuando decía: “Hermanos míos to-tó Jesucristo-to-tó no puede-to-tó ver que Uds., se estén-to-tó platicando-to-tó en su santa Iglesia-to-tó, de sus novios-to-tó y de sus condenados amores-to-tó”. A los dos minutos de prédica aquellas pícaras reventaban de risa o hacían coro al Curita y más de cuarenta voces repetían, como una jaculatoria el “to-tó” del Cura.

Como decíamos, hubo varios acuerdos; el Cashier se manifestaba algunas veces vacilante en las determinaciones cohibido por el cargo civil que desempañaba, hasta que al fin, previa respetuosa invitación al Sr. Gobernador del Estado y a su muy respetable Secretario, la que estos contestaron con la cortesía que caracteriza a los Señores Gobernadores y sus respectivos Secretarios, resolvieron celebrar la fiesta del modo siguiente: Inaugurar el Salón de Cabildos inaugurando en él una asociación destinada a proteger e impulsar con mano firme y corazón denodado la sublime y hermosa religión. La asociación llevaría el nombre romancesco y medio-eval de Knights of Columbus (Caballeros de Colón). El nombre en inglés estaba justificado porque la mayor parte de los miembros se expresaban en esta poética lengua y además resultaba esto como un pleito-homenaje rendido al Rey por ser su lengua nativa. El Cashier era hombre de diplomáticos recursos; con los Knights of Columbus contrarrestaba también, una Sociedad de protestantes de la que eran miembros varios empleados del Banco que él regenteaba y quienes continuamente estaban intrigando para meterle zancadilla y quitarle el empleo. Con los Knights of Columbus, el buen Cashier satisfacía los tiernos impulsos de su católico corazón y se les ponía enfrente a los luteranos intrigantes; esto es matar dos pájaros… En los acuerdos de la Sociedad, tomaron parte las muchachas e influyeron con el Curita para que se incluyera en la fiesta, la conclusión de ella, con un animado baile. El Cura accedió y quedó convencido que se bailaría hasta el amanecer y que un perpetuo lunch-champagne-whiskey estaría a la absoluta disposición de la concurrencia.

– ¡¡Que tal!! ¡eh! ¡Que tal!, ¡Que tal! -interrogaba el Cashier, restregándose las manos y mamando dulcemente sus puro.

Una alegría buena y santa, la alegría de las conciencias puras, iluminaba con una sonrisa feliz y contagiosa la fisonomía de aquellos “caballeros” y de las damas que en tan noble propósito los acompañaban, ya como caballeras consocias o como sus respectivas esposas.

Los primeros esforzaban sus heroicos y perínclitos corazones al sentirse paladines de la santa causa; listos embrazaban sus ideales para echarse de un brinco a la lid. Las damas de edad, sentían en sus extrañas la infiltración embriagadora de sentimientos de distinción y de aristocracia que nunca antes habían conocido. Entre estas damas, las de más abolengo y real orgullo, estaban las Señoras del Cashier, la de Robleda, la del Juez, una media docena de americanas que veían con cierto desprecio a las autóctonas; pero todas ellas con la conciencia invadida por el concepto del noble papel que desempeñaban. ¡Esposas de los Knights of Columbus! Esto no era cualquier cosa. Las Señoritas, “mientras” también de la sociedad, de

corazones ardientes u de miradas como brazas, se alegraban más que todo por la perspectiva del baile, ¿y el buen Cura? Oh el virtuoso sacerdote-to-tó… pero ya nos ocuparemos de él.

Se llegó por fin la noche de la inauguración (pocos días después de lo que dejamos narrado en el primer capítulo). La aristocracia de la población estaba ansiosa por ver realizarse un acto que a la vez que era una fiesta de alegría les daba más carácter. Ocuparse de las cosas de Dios en esta mísera tierra, siempre da algo de divino a los que emprenden tal tarea. Las buenas gentes aquellas no se definían esto pero lo sentían y esto les era suficiente.

Eran las ocho de la noche; una temperatura suave y fresca invadía todo el edificio Municipal. El salón de Cabildos, una pieza amplia y bien ventilada por seis grandes ventanas que daban al campo, todavía abierto, sin edificios vecinos, capaz de contener cómodamente más de cien parejas de bailadores, estaba decorado sencillamente, las paredes y el techo con papel tapiz blanco con ligeros dibujos dorados “art nouveau”; en una cabecera estaba el estrado compuesto de una plataforma levantada sobre el piso como poco menos de un metro, manteniendo al frente un barandal de madera de nogal de bastante buen gusto; al fondo un dosel de terciopelo rojo que caía en sendos y pasados cortinajes flecados, abarcaba la silla presidencial y cuatro asientos más a ambos lados. El sitial del presidente era un poco más amplio y alto que los otros, los que debían servir aquella noche inaugural para los Knights y las demás para los que integraban el R. Ayuntamiento; todo estaba alumbrado aquella noche hasta deslumbrar, los focos de luz eléctrica destellaban por todas partes y daban espléndida nota de vida y alegría al recinto, que en aquellos momentos estaba vacío todavía.

Ya la sala de espera y el vestíbulo de las escaleras estaban llenas de invitados. Allí estaban el Juez Castañeta con su “cónyuge”, como él decía, tan chispeante como siempre. El abogado Robleda y la Sra. una amplia ranchera que vestía elegantísima falda colorada de raso con volantes y listones negros y azules. Su noble cabeza ostentaba un alto peinado estilo Carlota la de Maximiliano, pero con un adorno que le daba un opulento aire de Condesa de Rembrant, sin sombrero, era una inmensa y blanca pluma de avestruz encajada en el pelo del temporal que ascendía audazmente tramontando la abultada coronilla y describiendo una graciosísima curva hacia el lado izquierdo, descendía sobre el omóplato del mismo lado. Un detalle encantador se destacaba en este peregrino adorno y era una tarjeta que colgaba de un hilillo de la misma pluma y oscilaba a la altura de la oreja; en la tarjeta y en sus dos caras se leía en caracteres rojos muy bien claros, lo siguiente:

“The biggest Ostrich plume
ever seen in California.
Size……39 inches.
Price……$190.00 gold”.

Este detalle, nuevo en los anales de la elegancia, era de una delicadeza y buen gusto exquisitos. Robleda se mascaba los bigotes endurecidos por el flujo catarral y de sus ojos brotaba de vez en cuando, al alzarlos, una chispa fogosa de orgullo, al ver tan estéticamente bella a la esposa de su corazón.

La del Cashier, aristócrata también, hacía menos ostentación de su elegancia; la de Castañeta seguía “idien”, “idien”, algunas más, una docena, y luego la gente menuda: dependientes de la Negociación, muchachas empleadas en el Banco y la Tienda de la Compañía y como cuarenta o cincuenta más, pero todas ellas guapas, alegres, fuertes y robustas muchachas fronterizas con ganas de divertirse siempre a toda costa. Los varones viejos y jóvenes abundaban más que las hembras y también con voluntad a toda prueba de divertirse y de bailar hasta con la de la pluma de avestruz.

Dieron las ocho P. M. y abriéndose paso el Cashier, ordenó ceremoniosamente al Jefe de Policía, abriera las puertas del salón y después de secretearse, también con toda ceremonia con los músicos ya prevenidos, estos se adelantaron y con toda la fuerza de sus pulmones y dedos, amen de la correspondiente inspiración filarmónica, la emprendieron con una ruidosa marcha. La concurrencia penetró en el salón encabezada por el Cashier y personas de respeto. Los muchachos guasonamente se apretaban en las puertas, al entrar, con las muchachas. ¡Oh ardor juvenil!, y por fin cada cual ocupó su asiento.

Nuestro querido Cashier ocupó al trono, a su derecha se sentó un joven yanqui, el preferido por el Cashier, famoso por haber hecho desaparecer veinticinco mil dollars de una Compañía minera de la que era Presidente y una multitud de operarios, los accionistas. La diestra la ocupaba un Sr. irlandés. Junto a éste el Curita, quien se secreteaba con una ex-joven literata de opulentas carnes sentada a su sacro flanco. Por el otro lado las Sras. Robleda, del Cashier, de Castañeta, otras damas americanas, desdeñosas y descontentas de tener que codearse con las “mex”; unas solteronas llamadas Rosas y como complemento, los Sres. Ediles, en número de cinco, completaban el personal directivo. Todo lo demás del salón estaba lleno de respetables mamás, de caballeros yanquis, todos ellos Knights, los músicos y la bullanguera juvenil, que ya en aquellos momentos aprovechaba cualquier motivo para armar broma.

Concluyó la marcha. El Cashier se inclinó hacia un timbre. La ex-joven literata de opulentas carnes, se levantó y acercándose al barandal del estrado, lanzó un discurso cuyo tema era la noble misión de los Knights; celebró con entusiasmo rayano en delirio, la demostración que allí se efectuaba, al inaugurarse en un edificio de la Administración Pública, una Asociación destinada a defender la religión santa, sacrosanta, divina, sublime y poética de nuestros nobles antepasados; elogió al Curita tan calurosamente que este se ruborizó hasta la tonsurada coronilla, a pesar de ser, autóctono de pura sangre y ser por esto, difícil de conocerle el susodicho rubor; el Cashier tuvo también sus perfumadas flores y se sospecha que también se ruborizó y por fin concluyó la brillante pieza oratoria con un final lleno de santa ira y de furibunda indignación al referirse la oradora que, a pesar de la nueva aurora que lucia brillante y refulgente para la religión, y a pesar de la decidida protección de nuestras autoridades por conservar el divino freno de esa misma religión en el hocico del pueblo, y a pesar de los pesares, existía en México, en la misma Capital de nuestra idolatrada República, de nuestra libre y próspera Patria, existía para abominación de propios y extraños, un “sinvergüenza”, un pillo, que era la condenación de nuestro país, siendo que ese pillo no tenía ningún derecho de vivir en ésta, nuestra adorada México… allí se detuvo la oradora y sólo el abogadazo Castro pudo entender que el pillo y el sinvergüenza podían ser o don Juan A. Mateos o don Justo Sierra. Nosotros no salimos sobre el particular. Concluyó la oradora retirándose aplaudida y abrazada hasta el frenesí.

Quiso en seguida hablar el abogado Castro sobre las bodas de Camacho (tal vez sería don Sebastián) pero el Cashier no lo dejó, quien tocando de nuevo la campanilla concedió su turno al joven telegrafista del lugar, un joven de maneras ostensiblemente afeminadas, que cantó con voz terriblemente nasal y acompañado por el piano, una danza llamada “La Casita”. Cancioncita de amor, sencilla y significativa, que encuadraba divinamente con el carácter religioso de la fiesta, pues en esa cancioncita se le promete a la novia llevársela al monte donde se amarán sin más testigos que el campo y Dios. ¡Lindo papel le hacía representar a Dios el joven telegrafista!

Llegó la hora solemne; el Cashier tocó la campanilla por tercera vez y poniéndose todos en pie, comenzó a hablar; su voz trémula por la emoción, le hacía comprimir las palabras:

– Pues Señoras y Señores. Aquí… nos encontramos… nos encontramos… pues… reunidos… pues por que debe inaugurarse este palacio… no, digo… este salón donde deben ser… muy patriotas Señores… los Señores “Municipios”… Pero en fin. Como todo debe ir en orden… pues

entonces… inauguramos con el favor de Dios… la sociedad Knights of Columbus… porque esta sociedad, pues… es para ayudar al Sr. Cura y… a Dios, dije. Y… bueno yo les ruego… que sean siempre buenos católicos, apostólicos romanos y… bueno ya esta inaugurado todo, todo. He dicho. He dicho y…

El Cashier sudaba a chorros. Nunca las había pescado tan fuertes, pero el Espíritu, el Genio del Cristianismo que inflamó a los mártires soplaba en sus orejas en aquellos momentos, con una ventolera de dos mil demonios y esto lo volvía heroico.

Luego que el Cashier “soltó” la palabra, el Maestro músico azotó furiosamente el aire con su bastón a guisa de batuta y los acordes marciales de nuestro glorioso himno nacional, el mismo himno que deleitó a S. A. Serenísima, a nuestro gran Santa-Ana, atronaron las paredes de la estancia y salieron por las ventanas como heraldos de la santa y noble idea que acababa de tomar forma en aquellos momentos que deberían ser imperecederos en las páginas de oro de nuestro historia. El Cura, aquel representante de Dios en el Mineral, en un ademán hierático se puso en pié, y alzando los brazos al cielo raso del salón de Cabildos, abrió los dedos de ambas manos como abanicos y lanzó sobre aquel conjunto de escogidos de Dios, la bendición Papal. Todo era entusiasmo y alegría; los muchachos abrazaban a las muchachas; la Sra. Robleda se enjugaba las salobres lágrimas de sus ojos con los listones que adornaban su vestido y al bajar y subir la altiva testa para disimular su emoción, la pluma se enderezaba gallardamente sobre aquella noble cabeza como una insignia de triunfadora gloria y la tarjeta de los rótulos colorados bailaba sobre su oreja, agitada también por el santo entusiasmo de su dueña.

De nuevo el Cashier tocó la campanilla. De entre un grupo de alegres chicos y chicas se desprendió una joven vestida de blanco y rubosa y semi-tímida, se adelantó hacia el estrado; un joven judío llamado Arnold (el menor) la seguía como caballero, ambos subieron las gradas del estrado y entonces se vio al Curita diligente y galantemente coger una arpa que estaba en un rincón y la adelanta hasta el lugar donde había de tocarla la ruborosa joven. El joven judío concluyó por acomodar el arpa y la joven después de sentarse colocó entre sus piernas el instrumento. La joven estaba guapa pero se notaba en su fisonomía una sonrisa extraña y peregrina y consistía en qué, en vez de elevar el labio superior al sonreír, era el labio inferior el que bajaba, dejando toda la dentadura de abajo descubierta. Ya se podrá imaginar el lector la extraña expresión que le daba esta sonrisa y la que siempre estaba caracterizando aquella cara; pero esto no obstaba para que tocara y tocó una canción americana que ella dijo llamarse “Lágrimas tristes de una enamorada bajo la oscura sombra de un viejo manzano”. En la faena se reventaron varias cuerdas pero la canción concluyó en una nota prolongada tan dolorida y tan llena de sufriente pasión, que todos se sintieron conmovidos hasta las entrañas, mas ahora fue nuestro buen Cashier a quien le tocó llorar más tiernamente. -La joven era su hija y ya le costaba su educación alrededor de diez mil pesos pagados en los colegios americanos-. Tenía razón de sobra el hombre (estos datos son recogidos de boca del Sr. abogado Castro). Sonriendo, con su extraña sonrisa, la joven hizo a un lado el arpa; el joven Arnold con exquisita galantería y dirigiéndole dulces y apasionados cumplimientos, le ofreció la mano para ayudarla a bajar los escalones del estrado. Al dulce apretón de mano que él disimuladamente le dio, ella correspondió con una elocuente mirada en que se leía todo un mundo de promesas, una de esas miradas llenas de femenina expresión, miradas que sólo saben usarse en Southern California.

En seguida poniéndose en pié nuestro querido Cashier, todavía oyéndose los atronadores aplausos de la concurrencia, con voz aun más conmovida se dirigió a los Knights, la mayor parte americanos y que se hallaban confundidos con los asistentes, y les dijo:

– Gentleman: You promise before God, our very very… dear father… to be the… defenders of our sacred… religion?

– ¡Yes, Sir! ¡Yes Sir!...

– ¡You bet!...

– ¡Sure! ¡Sure! -contestaron en distintos tonos los interpelados.

– ¡Well! ¡Well! ¡That is all right! -añadió el Cashier satisfecho de su grande obra y de no tener que hablas más.

La concurrencia juvenil impaciente por comenzar a bailar se inquietaba ya y empezaba a armar alarmante guasa, pero repentinamente fue interrumpida por la música que con formidable ruido de bajos y latones y explosiones de roncas armonías, lanzó la marcha de Lohengrin.

La ardiente, la intrépida juventud, no esperó más y todavía sin finalizarse las notas de la marcha, despejó violentamente el salón de los asientos y adornos que podían embarazar el baile y sin dar tiempo para que tomaran resuello los filarmónicos, los obligaron a “romper” el baile. Pero era necesario que la primera pieza bailable fuera aún seria para que el elemento respetable tomara parte en ella. Era la costumbre.

La orquesta, después del preludio, abrió el fuego con un “Two-Steps” de compases como trancazos. Este no debía ser bailado sino marchado.

El Cashier invitó caravanescamente a la señora Robleda, tan arrogante y tan bella como nunca, y ofreciéndole el brazo la condujo hasta en medio del salón, detrás de ellos siguió Castañeta con la esposa del Cashier, luego el Doctor Tordillo con la literata; la mujer de Castañeta se colgaba del brazo del joven americano de los veinticinco mil dollars. Otro joven Doctor de cara rechoncha y de bigotes chinescos, daba el brazo a una viudita; el Doctor hacía reír a su pareja refiriéndole historias de color rojo subido y usando el lenguaje y la entonación canallesca que usan los léperos de Guadalajara, de donde era oriundo. Esta era su especialidad en cuestiones de galantería. Después de estos seguía el joven judío con la hija del Cashier, el telegrafista con una de las solteronas y veinte o treinta parejas más colocadas unas tras las otras simulando una culebra que ondulaba en caprichosas curvas. El Cashier rompió la marcha y tras él siguieron los demás. El buen hombre, como cabeza de aquella culebra, seguía, marchando al compás de la música, las más imprevistas direcciones. La pluma blanca de su compañera ondulaba erecta y nívea como una oriflama de triunfadora gloria. Sobresalía de todas las cabezas como estandarte heráldico de su propia fuerza de mujer y también como la de la potente fuerza intelectual de su marido, el conspicuo abogado que, como apoderado de la compañía, representaba el capital y por ende el progreso y la libertad y la civilidad y la tranquilidad y la humanidad.

… Esto que acudía en aquellos momentos, a la mente del caballeresco Cashier, le hizo llamarla en un arranque de sentimental galantería y refiriéndose a su belleza, a su marido y a su elegancia, “La “héroa” de la Paz” nombre que, al mismo tiempo que sonó como música celestial en los oídos de la Robleda, hace palpitar de emocionante gratitud el corazón de quince millones de mexicanos, porque es el calificativo que le damos a nuestro querido Papá que casi, casi es también, nuestra querida mamá y reasume, pudiera decirse, toda nuestra parentela. Bendito sea él y Dios nos lo conserve por los siglos de los siglos.

Todos seguían las evoluciones que la cabeza de la culebra y la pluma blanca iniciaban. Después de cinco minutos de ir en curva, en línea recta, en contra marcha, en oblicua etc., etc. Los muchachos empezaron a aburrirse y protestaron ruidosamente contra la triunfal marcha. Los viejos que habían de ir, volver y tornar se dispersaron sin esperar que concluyera, dejando a la juventud dueña del campo, y la que continuó el “two-step” con ese donaire especial y esa gracia delicadísima que nos ha venido del Norte.

Amados lectores míos, ¿quieren ver el más inexpresivo gesto que mejor caracterice la imbecilidad o la verdadera fisonomía de la estupidez? -fíjense en la cara que ponen los que bailaban un “two-steps”. Es probable que esto sea porque toda la inteligencia se va a los pies de los bailadores y la cabeza queda desalojada de la más noble facultad.

CAPÍTULO III

Al apoderarse del campo la juventud bailadora, los viejos se retiraron a formar el suyo aparte. Nuevos invitados habían llegado.

Cuatro lindas dependientes de la tienda de la Compañía, muchachas venidas del Tucson hacía poco tiempo y que eran reputadas como elegantes y espirituales bailadoras. Las cuatro vestían con exquisito buen gusto; tres eran hermanas; las tres morenas y con ese brillo especial en la mirada que denota el pasionalismo italiano; eran efectivamente oriundas de la Campiña romana y desde muy niñas venidas a América. Guapas chicas por quienes más de cuatro “gringuillos” se habían ya dado de “fights” con los “grissers”. El nombre de ellas era Marignano y su padre, un viejo y heroico soldado de Garibaldi que había llegado a Estados Unidos con su esposa desempeñando un cargo consular de su País, venía de vez en cuando a ver a sus hijas y tornaba a la ciudad americana, fronteriza, donde vivía hacía muchos años.

Más tarde llegaron los esposos Álvarez; un matrimonio simpático: ella era una cubanita ligera, elegante y airosa; cuerpo mignonado, fino y nervioso; una cabeza noble, coronada por una hermosa crencha rubia peinada artísticamente, ojos verdes, ardientes y francamente expresivos, nariz recta y firme, boca insensiblemente grande, pero tan llena de gracia al expresar verbalmente las ideas, que esto se veía como complemento a su atractiva e inteligente belleza. Su nombre de Luisa trascendía en ella como un ideal y suave perfume de lilas y jazmines o traía el recuerdo de una pastorcita de Wateau. Aquella noche vestía un traje “plissé” gris-perla sencillo y de exquisito buen gusto.

Toda aquella mujercita se movía en una atmósfera tan atrayente de simpatía a la que nadie oponía resistencia. Educada en Europa, se expresaba con brillante corrección en francés; el inglés era su lengua materna y el español brotaba de sus labios con ese dejo lleno de cadencia, de gracia y de tropical laxitud, propio de las señoritas y ardientes meridionales. El Sr. Álvarez, Enrique, como le llamaban sus amigos, un buen chico, bajo de cuerpo, robusto, su cara tenía una expresión simpática, pero en la que era notable una perenne sonrisa de amabilidad tan extrema, que más parecía encubrir una gran debilidad de carácter. Hijo de un antiguo diplomático mexicano y creado lleno de mimos y de mal entendidas delicadezas, su carácter se resentía forzosamente de los defectos propios de los hijos de familias ricas de México. Falto de energía, de profunda debilidad moral ante la adversa suerte y siempre esperando la ayuda extraña en los combates por la existencia.

Hacia seis años, su esposa lo había sostenido siempre en una vida llena de variantes más o menos desafortunadas. Desde hacía como un año que trabajaban los dos en la tienda como dependientes, con un buen sueldo, y esperaban en un año más, ahorrar lo bastante para mejorar su vida.

Junto con ellos entraron todavía algunas personas más. Entre ellas se podían notar dos americanas de edad indefinida, también dependientes de la tienda, las dos iguales, parecían

gemelas viejas; secas, altas de cuerpo, duras de cara, de nariz larga en la que se apoyaban unos anteojos tras los cuales unos ojillos grises lo inquirían y lo registraban todo, boca de labios delgados y cerrados como con jareta por lo fruncidos; una de ellas se llamaba Priscila Brown la otra Lucy O’Neil. Se les conocía como muy rezadoras y asiduas concurrentes a la Iglesia metodista y a toso les llamó la atención verlas allí.

El baile se animó con este nuevo contingente que fue recibido con furiosas demostraciones de alegría, que hicieron que Luisa imprimiera en su cara un imperceptible gesto de desagrado. Desde que había llegado al mineral presenciaba aquellas manifestaciones grotescas pero no había podido acostumbrarse a ellas.

El Cashier que con Castañeta, el abogado y el Cura se había refugiado de nuevo en el estrado, abandonó por un momento a sus compañeros y se dirigió a la Sra. Álvarez, saludándola con extremada cortesía.

– ¡¡Ah!! ¡Viejo verde! -dijo el lépero Castañeta- quien lo ve siempre tan serio y tan hipocritón. Miren Uds. como la chiquilla si le llena el ojo. ¡¡`Por San “Pancho” el de Magdalena!! Si yo pudiera arrimármele ¡¡¡juum!!!... No dijo más, pero hizo un gesto tan canallescamente expresivo, que de los ojos bajos de Robleda salió un chispazo de lujuria. El Curita sonrió beatíficamente.

Castañeta hablaba siempre amablemente con el Cashier pero en el fondo, lo mismo que Robleda, lo odiaban cordialmente y solo la férula del Rey los obligaba a estar juntos. En realidad, a Castañeta y a Robleda, maldito lo que les importaba la tal religión y en el fondo era bien grande el disgusto y la repugnancia que sentían al estar allí; ellos estarían más contentos en sus burdeles, pero altos intereses los obligaban disciplinariamente, por aquella noche, a tascar el freno y se resignaban. ¡Buenos estaban para andarse con aquellas zarandajas de Knights y de Columbus!

El Cashier estrechó la mano de Luisa, luego le rogó fuera donde estaba su esposa, haciendo las presentaciones de ordenanza. Enrique Álvarez dejó a Luisa con la esposa del Cashier y se retiró a la sala de espera donde varios americanos comentaban el acontecimiento de aquella noche y lo mezclaban con planes y combinaciones mineras.

Luisa se sentó junto a la mujer del Cashier y se trabó luego una animada conversación. Hablaban de vestidos, del baile, de los Knights y de religión. A veces el Cashier tomaba sonriendo, parte en la plática.

– No puede Ud. figurarse, Luisa, como tengo satisfecho mi corazón de cristiana con esto que acaba de pasar aquí. Tan necesario que es para la pureza de las costumbres el profesar cualquier religión, pero principalmente la católica que es tan sabia. A Ud. ¿la he visto en la Iglesia algunas veces?

– Si, Señora. Aunque no vaya muy seguido siempre es grato para mí practicar algo.

– ¡¡Oh!! Yo y mi esposo estamos muy contentos con lo que acaba de pasar. El me dice que los Knights of Columbus están extendidos por todo el mundo y el cree que en la República van a echar hondas raíces; tal vez hasta el Sr. Presidente será algún día de los Knights. Mire Ud., Luisita, yo creo que todo el mundo debe tener religión, la cuestión es que crea en algo.

– Señora -dijo Luisa- lo que me parece extraño es que revuelvan estas fiestas profanas con la religión.

– Bueno -dijo el Cashier- eso es cuestión de gusto. -Se puso un poco seria por la observación, pero luego añadió-: El Sr. Cura con permiso del Ilmo. Sr. Obispo, está autorizado para que se celebren estas reuniones y, Ud. comprende, ellos saben mejor que nosotros estas cosas.

– Señora -explicó Luisa comprendiendo el disgusto de la Cashier- esto es extraño para mí porque no lo he visto antes, pero en realidad es agradable y estoy contenta de que sea así.

– ¿Dónde ha vivido Ud. antes? -le preguntó.

– He viajado mucho, Señora -dijo con placer Luisa-. Muy joven casi niña estuve en Québec, en la Universidad. Tres años después, mi padre me mandó a París, donde estuve como cuatro años. ¡¡Oh!! Fui muy feliz entonces. En Inglaterra viví cinco años con una hermana de mi madre que me quería con toda el alma. Puede Ud. creer, Señora, que he sido muy feliz, muy feliz en mi vida. Mi tía Hattie, la hermana de mi madre, era la más dulce de las mujeres y yo era su ídolo. Ahora en estos tristes tiempos, cuando algo sufro, el recuerdo de mis días de dicha me da fuerza para soportar los días sombríos. Estuve en Italia con mis padres, tía Hattie no quería separarse de mí y nos acompañó en este viaje. Yo no puedo explicarle a Ud. Señora, lo hermoso que es aquél País. Feliz, feliz, tan feliz como nadie puede serlo lo fui yo -hablaba enardecida por el recuerdo, con dúctil locuacidad, que la hacía enrojecer la cara y brillar sus ojos por la pasión que despertaban en ella los recuerdos. La Cashier estaba pendiente de sus labios y se sentía invadida por la simpatía que, como dominio, extendía sobre ella la mujercita. El Cashier la miraba con una tierna expresión de cariño que le había trasformado la fisonomía. El Cashier era a veces un verdadero buen hombre pero esta bondad efectiva que solía presentarse de vez en cuando, era ahogada en él por la pasión del “money maker” que soplaba fríamente este inútil sentimiento que, como todas las delicadas facultades del espíritu deben ser borradas de las gentes de gobierno y de las de finanzas. En los primeros será la conmiseración que les impedirá practicar los honrados fusilamientos que tan sabrosa y periódicamente practican y en los segundos, les obligaría a ser honrados, cosa estúpida en grado supremo.

– España -prosiguió Luisa- es la tierra de la vida novelesca. ¡Son tan amables las españolas y tan francas y hay tanta, tanta alegría y tanta luz en aquella tierra! Yo quiero mucho a la gente española, de España, no a la que ha hecho sufrir tanto a Cuba. Me parece que las gentes a quienes traté en España son bien distintas de las que he conocido en mi País.

– Precisamente, como son aquí los americanos. Vea Ud., estos son burdos y mal educados, muy diferentes de los que uno conoce en Estados Unidos. Yo no sé por qué será. Tal vez se atonten luego que salen de su País -dijo la Cashier.

Luisa sonreía con agrado, pero el Cashier no era de ese parecer, porque cambió su cara de expresión y viendo a los bailadores dijo:

– ¿Uds. no bailan?

– Hijo. Ya estoy vieja para eso -le contestó su mujer.

– ¿Ud. ha viajado? Señora -le preguntó Luisa comprendiendo sutilmente que el Cashier no quería empañar la escrupulosa delicadeza de los “gringos” y procurando llevar la conversación por otro lado.

– ¿Yo? Yo he vivido en Chihuahua y conozco El Tucsón y Los Ángeles, pero me da dolor de cabeza cuando me encuentro entre mucha gente y prefiero estar en mí casa aquí, -contestó la interpelada.

La música seguía entretanto con los furiosos “two-steps” que al ser bailados hacían poner cara de tontos a los bailadores. El entusiasmo “crescendo crescendo”.

– ¿Está Ud. contenta aquí? -preguntó la Cashier a Luisa.

– Ud. comprende Señora, tengo que aceptar mi situación y en lo que cabe estoy contenta. Se trabaja algo pesado, pero mi esposo y yo hemos ahorrado algo y es probable que en cuatro meses más nos vayamos a México, donde la familia de Enrique, que es de influencia, puede conseguir algo bueno para él.

– Es muy buen propósito -dijo el Cashier notablemente preocupado.

– Diré a Uds. la verdad -dijo Luisa- estoy cansada de vivir en un medio social en el que no estoy acostumbrada a vivir. Mire Ud. -y se dirigía a la Señora- los dependientes, mis compañeros, tanto mexicanos como yanquis no son personas muy refinadas y sobre todo… -no concluyó la frase como si le apenara decir lo que penaba.

– Yo. Por mi parte pienso lo contrario -dijo la Señora- pues me parecen muy galantes y muy finos. Es verdad que algunas veces se atreven… no diré que no, pero esto no tiene importancia. Además son muy divertidos y a veces son tan chistosos con sus historias…

Luisa sonrió con imperceptible ironía y luego siguió:

– Algo me desagrada a veces profundamente, me pasa desde que estoy aquí. Es una sensación de miedo y de pena que suele ponerme hasta enferma. Me parece que es un presentimiento o como una desconfianza -al decir estas palabras rápidamente su fisonomía había dejado de mostrar el agrado y se tornaba triste-. ¿Cree Ud. en los presentimientos? -preguntó el Cashier.

Este se sobresalió con aquella pregunta y tartamudeó algunas palabras que indicaban que no tenía especial idea sobre el particular.

– Tonterías. Hace mucho tiempo que no soy muy exigente en cuestión de felicidad -continuó Luisa- pero nunca me he sentido tan infeliz como aquí. Pasan por mí algunos días verdaderamente sombríos y deseo, ansío, cambiar esta situación.

La música seguía compaseando ferozmente los ¡melódicos! “two-steps”.

En este momento pasaron por frente a los conversantes las italianas y las tres simultáneamente se inclinaron para besar cariñosamente a Luisa.

– La quieren a Ud. mucho ¿Verdad?

– Sí, son buenas amiguitas mías.

– Tuviera Ud. la bondad de decirme, ¿cuánto tiempo tiene Ud. de vivir en la República? -interrogó repentinamente el Cashier.

– Unos cinco años, casi desde que me casé -contestó Luisa, extrañando un poco el modo de preguntarle el Cashier.

– Bueno. Bueno. Pero la cuestión es saber si Ud. es mexicana -el Cashier preguntaba con ansiedad y como impaciente por saber la contestación.

– Naturalmente. Mi marido es mexicano y yo soy también porque tengo que seguir su nacionalidad.

– Pero su familia, la de Ud., ¿es mexicana?

– No, Señor. Mi padre era francés de ciudadanía americana y mi madre inglesa.

A Luisa le extrañó sobre manera aquel interrogatorio tan fuera de ocasión, pero no se detuvo a pensar sobre el particular y por lo pronto no se preocupó por sacar deducciones de aquello. En cuanto al Cashier, como si hubiera ya concluido su negocio, pidió permiso para separarse de allí y se dirigió a hablar con Castañeta.

Luisa se distrajo luego al contestar la pregunta que le hacía la Señora respecto a sí acostumbraba confesarse.

– Una vez al año.

– Será bueno que lo haga Ud. más seguido.

En ese momento se acercó la hija del Cashier y sonriendo, con su extraña sonrisa, dijo:

– Mamá. Hazme favor de ver como está esta falda por detrás. Creo que se me ha roto -la joven venía cogida del brazo del joven judío Arnold.

En el furor del “two-step” se le habían caído algunos broches de la falda. Luisa, diligentemente, compuso en un momento el desperfecto y la joven siguió adelante empeñada en el baile y sonriendo, sonriendo…

La música anunció un wals. El Doctor Tordillo se acercó al lugar que ocupaba Luisa invitándola a bailar y ambos se lanzaron al torbellino del baile.

El Curita se había retirado, llevando en su evangélico corazón toda la sublime santidad de aquella noche, dulce y sublime como el beso de la mujer amada…

En otro extremo del salón, el Doctor de los bigotes chinescos en unión de Arnold, el judío mayor, platicaba con algunas muchachas entre las que descollaba la viuda que ya conocemos; tres o cuatro solteras y una respetable mamá llamada Doña Teodosia (Torosia le decían las gentes). Eran las dos de la mañana y el “lunch-champagne-whiskey”, surtía sus efectos.

El Doctor de los bigotes chinescos contaba ahora chascarrillos capaces de ruborizar a Castañeta, su vos era más aleperada y aquello surtía un efecto que se traducía en carcajadas a todo trapo, lanzadas por el femenil corrillo. Doña Torosia, francota, corpulenta y ranchera fronteriza, reía de un modo que hacía temblar la casa. Hubo un momento de silencio mientras se sorbía en pequeños tragos el champagne traído galantemente por Bigotes Chinescos. El joven Judío mayor hablaba en secreto con la viudita, como tratando de hacer creer a los demás que le estaba dirigiendo palabras de amor (así hablaba siempre a todas aquellas chicas) la viuda no contestaba; él viendo esto, le dirigió la palabra en alta voz pero con marcada modulación de afeminado marica:

¡¡Ay!! ¡¡Ay!! Güerita -(así la llamaban en confianza sus amigas)-. Pero que repugnantita se está haciendo Ud. ¡Válgame Dios! eso ya pasa, ya pasa, ya ya pasa.

– ¿Por qué? Arnold. Dígame. ¿Por qué?

– “Pos” que cree que no me fijo en que ya no quiere decir palabra. ¡Está bueno! ¡Está bueno!

Háblale. ¡Por Dios! Güera -dijo Doña “Torosia”-. Dile algo, aunque sea que es chulo, chulísimo.

– Eso dígaselo Ud. Doña Torosia, -le insinuó la Güera.

– ¿Y por qué no se lo he de decir pues? ¡Ay! ¡¡Ay!! ¡Cómo es lindo. Papasito lindo! -dijo la viejaza aquella y al mismo tiempo le cogió la cabeza, lo atrajo hacia ella y le chupó la boca en un espasmo salvaje y descarado de lujuria. Bigotes Chinescos lanzó una carcajada que era un alarido.

Doña Torosia chupaba la boca del judío y repetía la operación. Luego le habló al oído como queriendo decirle algo en secreto pero que todo el mundo oía:

– Mira… Esta noche… ¿sabes? Esta noche… ¿Vas, he? Yo le esperaré…

– El Judío se reía y sus manos tocaban indecorosamente a la vieja, sin cuidarse de los demás, los que reían gozando con aquel divertimiento extra-lascivo.

Los dos jóvenes judíos Arnold habían llegado al Mineral procedentes de la Sierra hacía poco tiempo. Al principio habían sido mal aceptados porque la emprendieron luego en negocios de burdeles asociándose comercialmente con mujeres que los regentaban, pero como esto les dejara magníficos rendimientos, el éxito les abrió las puertas de aquella buena sociedad. El Judío mayor era el capitalista en aquellos negocios y los buenos miles de duros que se había ganado y sus excepcionales aptitudes políticas comenzaban a llamar la atención. Formaba ya parte del H. Ayuntamiento y no tardaría en que fijaran en él sus miradas, tanto el Rey como el Gobernador y el valiente militar Jefe de aquella Zona para escogerlo como futuro Presidente Municipal del lugar, cuando el Cashier cumpliera su período y fuera necesario, acatando nuestras sabias leyes, elegir democráticamente otro Presidente Municipal, justamente como cada cuatro años tenemos el gran placer de elegir y reelegir a nuestro adorado Presidente de la República. Exactamente el mismo, el mismo caso.

Ahora la música tocaba unas cuadrillas y dos filas laterales de bailadores se preparaban a las evoluciones simbólicas de ese baile.

Todos hablaban en voz alta. El champagne a pasto abrillantaba los ojos y las miradas lujuriosas de ellos penetraban en ellas hasta no se donde…

Los Álvarez y el Cashier se habían retirado escandalizados de los que allí pasaba, a pesar del sincero placer que debía causarle al Cashier aquella obra suya.

De vez en cuando se escuchaban gritos salvajes lanzados por los bailadores que eran coreados alegremente por las muchachas.

La música de las cuadrillas y sus evoluciones dan idea de un baile primitivo por más que se le quiera hacer caballeresco, y naturalmente las gentes se vuelven primitivas también. Al ejecutar las marchas se apretaban las manos libremente y algunos aprovechaban el tiempo esperando a su pareja para estrecharla con toda efusión y fuego.

Un muchacho que bailaba con una chiquilla de quince años había logrado que ésta lo besara. Primero lo hicieron disimuladamente pero ya después lo hacían sin cuidarse de nadie prolongando los besos, chupándose lascivamente las bocas hasta fatigar los labios por el esfuerzo de la succión.

Castañeta se había reunido a su “cónyuge” y le platicaba, enardecido lúbricamente por los recuerdos, la práctica de sus mutuos amores, en sus tiempos juveniles. Algunas veces ella le pegaba con su abanico en la cara.

Una de las solteronas Rosas, se acercó a ellos. Era una jamona alta, de exageradas caderas que golpeaban el vestido al andar, en un ritmo lúbrico e incitante como una invitación de hembra ardiente; de abultados senos y que miraba de un modo asaz provocativo.

– ¡Allí viene la Chole! Vieja, mírala, parece todo en plaza. ¡¡Ah!! ¡Hija! -prosiguió dirigiéndose a ella-. Si vieras ¿“pa” lo que me “cuadras”?

– ¿“Pa” qué? Tío.

– Mira. Se lo voy a decir a la Vieja y ella que te lo diga.

– Vamos a ver -dijo Chole.

Castañeta le habló a la vieja en secreto y al mismo tiempo metía sus manos entre sus propias piernas y se las restregaba picadamente. A la Vieja le brillaban los ojos con lujuriosa malicia.

– No. No se lo digo -exclamó la Vieja después de oír el secreto.

– Sí, tía. Dígamelo -suplicó, con fingida y traviesa ansiedad, la jamona.

– A ver. Arrímate, pues, -le hablo al oído durante un momento ocultando las dos caras con el abanico abierto, luego inspirándose la muchacha en la misma picardía del viejo, le dijo:

– ¿Eso? Eso quisiera Ud. pero ya no puede, ya no puede. Újule, -y se reía con todas sus ganas.

– ¡Anda! ¡Anda! ¡Bribona! Si quieres haremos la prueba y verás… ¿Te gusta?

La muchacha rió más todavía. El viejo se había puesto de pié y se repegaba desvergonzadamente a la muchacha a quien hacía mucha gracia aquello y también procuraba unírsele más estrechamente.

– ¡¡Erria!! ¡¡Viejo lépero!! -le dijo su mujer y lo iba a retirar cuando pasó el abogado Castro ya bien repleto de champagne, de lunch, de whiskey, de bacanora y y y.

– ¡¡¡Guajáy!!! ¡¡¡Guajáy!!! ¡¡Ándale Castañeta!! ¡¡métele al menudo que ya se acaba!! -le gritó con todas las fuerzas de su gaznate.

A Castañeta no le gustó el dicho del abogado y le contestó con una asquerosa insolencia; aquello hizo reír más a Castro pero se retiró prudentemente temiendo las “trompetadas” del Juez.

Los músicos soplaban bárbaramente los “two-steps” pero ahora ya no se bailaban al estilo americano sino que cambiando de nacionalidad adoptaban la cadencia, furiosa, algunas voces, y otras llenas de la lánguida laxitud de los bailes árabes.

Repentinamente, entre la algazara general que ya había llegado al período álgido, se escuchó el chasquido que produce la mano al pegar extendida en la cara, seguido por un grito femenino de dolor. Se comprendía que la cachetada había sido “bien dada”, como se dice en términos de pleito. Se interrumpió el baile y la música y se formó un corro de todos los asistentes alrededor de un grupo formado en medio del salón por un joven como de veinticinco años que

acompañaba a una muchacha como de veinte, delgada, con una delgadez casi rayana en raquitismo; lloraba amargamente y se cubría con el pañuelo el carrillo izquierdo enrojecido por la cachetada, que tan sonoramente se había escuchado. Enfrente de ellos un muchacho como de veintidós años, robusto y con cara bestial, contraría todavía furiosamente el entrecejo; era el que había “pegado” la cachetada a la muchacha raquítica. Esta, que era su novia, bailaba con otro y esto había motivado la “cachetada”. El ofensor se llamaba Pablo Rubín y era hijo del Comisario de Policía del Mineral. El corro que formaban los concurrentes rodeaba a las tres personas que hemos descrito. Todos hablaban en alta voz e inquirían lo que había pasado, aturdiéndose unos a otros. El mismo padre de la muchacha se encontraba allí, pero la cuestión era árdua de resolver para aquellas gentes por que decididamente el temor al padre que; como hemos dicho, era el Señor Comisario, les impedía castigar al miserable y todos fingían no entender lo que había pasado. El padre de aquel briboncillo estaba allí también; un hombre gordo, cara de asno que cuando hablaba lo hacía antes que su cerebro concibiera algo, preguntaba también; fingiéndose más estúpido de lo que era en realidad.

– Queeeeee… paaaaaasa. Que haaaaaa pasaaaaado preguntaba, -naturalmente nadie contestaba por que era innecesario hacerlo. Luego se dirigió al muchacho:

– ¿Qué haaaaaaa pasaaaaaaado puuuuues? Paaaaabliiiiiiiiito.

– ¡Qué importa! ¡Viejo vaina! -le contestó el “macho” aquel poseído de el más profundo y filial respeto.

Todavía el furor embargaba al muchacho cuando se acercó al grupo un americano de los bailadores y rápidamente se informó de lo que había pasado y sin esperar más, agarró brutalmente al Pabliiiiiiiito por el pescuezo obligándolo a agachar la cabeza, lo impulsó bárbaramente de un puntapié tremendo que le atizó por la trasera, arrastrándolo fuera, cruzando toda el salón y oprimiéndole con mano férrea. Todos callaron. El padre abrió le hocico queriendo hablar pero se le atravesó el bozal. Siguieron por la sala de espera y por fin en el vestíbulo de las escaleras lo lanzó al suelo. El canallita se levantó y pronunció entre dientes un -God dam-. Entonces el Yanqui “agarrándole” de los cabellos le dijo en inglés:

– You get away, and if you do not keep your words to yourself I will break your head. Understand? ¡Damn’d bastard!

El Paaaaaaablito bajó la escalera acobardado.

La inauguración del Salón de Cabildos y de la noble y caballeresca y cristiana asociación de los Knights of Columbus había sido cerrada con el consabido “broche de oro”.

CAPÍTULO IV

Por demás está decir que la brillante acción del “gringo” no tuvo consecuencias ningunas, como podía temerse por parte del Exmo. Sr. Comisario, padre del Pablito, por el atentado a la divinidad de su familia. Nuestras respetables autoridades se sirven tener algún respeto a los puños fuertes y a los caracteres resueltos y resulta de esto, que muchas veces se arregla mejor un asunto pateando la venerable personalidad de un Señor Gobernador o de cualquier Jefecillo Político, que teniendo justicia. No aconsejamos a nadie que empleé esta clase de argumentos

por que hay otros más elocuentes todavía y es el de tocarles la delicadísima sensibilidad que nuestras queridas autoridades tienen, tratándose de dinero. Esta sensibilidad la sufren, desde el Viejo Ídolo que administra la felicidad de los dichosos mexicanos, hasta el último policíaco que se vende por una copa de mezcal. Todos saben la galantería de nuestro valeroso y glorioso y anticuado y senil Cacique, hacia los millonarios; los idolatra, los ama con entrañable y profunda pasión, en cambio a los proletarios los quiere tanto, tanto, que los despacha a gozar de su Divina Majestad, cuando tiene oportunidad. Que grande felicidad embarga al autor de esta novela al escribir sobre estas cuestiones tan sublimes, tan llenas de honda ternura ¡¡oh Dios de los Ejércitos!! Conserva, conserva muchos años a nuestro viejecito querido y amado.

Entre los asistentes al baile se recordará la presencia de Priscila Brown y de Lucy O’Neil. Poco tiempo permanecieron ambas allí y solo cruzaron algunas palabras con contadas personas. El Cashier les dirigió algunas atenciones y las invitó a tomar una copa de champagne; dos veces hablaron con Luisa y se fijaron con marcada atención en ella. Luisa les contestaba sus interrogaciones con una delicadeza no exenta de ironía y ellas, después, de haberle hablado, se secreteaban. Una vez Priscila elogió a Luisa el traje que llevaba aquella noche y le preguntó si tenía más vestidos de la clase de aquel.

– Si tengo -contestó Luisa.

– ¡Oh! ¿Ud. debe tener también preciosas alhajas?

– Vean Uds. las que traigo puestas. Me agradan mucho las alhajas y estaría contenta su tuviera más.

Luisa acercaba a ellas su cara para que pudieran ver de cerca las magníficas “dormilonas” que pendían de sus orejas.

– Son recuerdos de mi madre. Creo deben tener más de trescientos años en poder de mi familia.

Luisa daba detalles sobre la procedencia de las piedras preciosas con ese afán característico de la feminidad.

Las tías se retiraron luego del baile despidiéndose solo de Luisa y escandalizadas en su fanatismo de protestantes por lo que pasaba allí.

Al día siguiente, Domingo, todo el mundo pudo dedicarse al descanso. Luisa había llegado con su esposo a la pequeña casita de madera que ocupaban y en vez de acostarse se puso a hacer té para reponerse un poco, con la debida, de las fatigas de la desvelada. Un cansancio extraño en ella, cansancio de la vida, la invadía desde que había llegado al baile aquella noche y que ahora se acentuaba con más fuerza aunque todavía indeterminada.

Enrique, luego que llegaron, se desnudó y se tendió en el lecho, a los pocos minutos dormía profundamente y su respiración acompasada y tranquila hacía más notable la quietud que rodeaba a Luisa. Débilmente interrumpía el silencio o la rítmica respiración de Enrique, el hervir de el agua de la tetera. La luz de la madrugada se debatía sutilmente como en debilísima lucha, con las brumas de la noche que todavía imperaban sobre las cosas y penetraba en oscuro claror a través de las vidrieras de la estancia. Luisa se había despojado del traje de baile y vestía una camisa de noche sencillamente adornada con encajes, su cuerpecillo nervioso y fino, dejaba traslucir a la luz de la lamparilla de alcohol en que hervía la tetera, el color rosado de su carne llena de intensa vida. Sentada en una mecedorita, los pliegues del ropaje se doblaban en su piel como una vestimenta escultural. Su pelo suelto caía ondulando por su espalda y en su despejada frente, una onda que hacía más luminosa, con su sombra, la luz de sus ojos verdes,

grandes y ardientemente expresivos… Sentada junto a una mesita de laca chinesca, cuidaba distraídamente del conocimiento de la bebida.

Algún pensamiento doloroso y tenaz debía preocuparla; lo indicaba el entrecejo contraído y la vaga inmovilidad de su mirada. En su cerebro, pugnaba, por tomar forma una idea que germinaba en miedo, en terror vago, indefinido e inconexo. Hacía ella esfuerzos inconcientes para darle forma exacta y perfilarla en formas perceptibles y ciertas pero parecía que en las tinieblas en que se esfumaba apenas, vibraban también otras ideas, en embrión también, y en las que la vida del verbo palpitaba con mísera energía. Trataba de coordinarlas y darles el ropaje concreto de la forma sensible y determinada, pero el esfuerzo vano e involuntariamente contrario, disolvía, ahogaba en profunda e insondable sombra, las oscuras e indecisas imágenes de aquel embrión.

Hubo un momento en que el corazón más sensible que el tubo nervioso, tuvo un enfriamiento; el miedo penetró en él como una sutil ráfaga precursora de desgracias. Se sintió débil, con infantil debilidad femenina. Echó sobre su marido una mirada imploradora de auxilio, que pedía protección, ante el presentimiento de un peligro adivinado, desconocido y al verlo en aquel abandono de su sueño, laxo, sin nervio y casi sin alma, vio también su pasado de vida marital, en la qué, unida a aquel hombre tan débil, había tenido que resistir ella sola por los dos, todas las contrariedades de la existencia, levantándole siempre, soportando ella el peso de sus irresoluciones, luchando con él para darle ánimo al vacilar y resistiendo siempre la carga de la responsabilidad, cuando él sufría los fracasos naturales y consecuentes de su enferma idiosincrasia. Ahora se vio sola ante aquella sombra funesta que apretaba su corazón; se vio más sola que nunca, se sintió abandonada, débil; sus brazos flojamente cayeron sobre los de la silla, su cabeza se inclinó sufriente y abatida y la sombra del dolor que presentía, intensándose en su pecho, lo hinchó al dilatarse en una expansión de pesadumbre, escapándose por su garganta en un sollozo y subiendo hasta sus ojos empujó dos lágrimas… El primer rayo de sol penetró por la vidriera y reflejó en sus cabellos rubios, nimbando las sutiles puntas de fina pelusilla que sobresalían en su ondulante crencha. El sol disipó las brumas de la madrugada y puso en vibración la vitalidad adormecida por la noche y que renacía en la madre tierra al contacto de aquel rayo de luz y de calor que extendiéndose por todas partes invadía suavemente las cosas haciéndolas desperezarse y penetraba al alma universal en efluvios que infundían la eterna actividad de lo que existe.

Luisa concluyó el cocimiento de la bebida, la apuró en rápidos sorbos, corrió las cortinillas de la ventana, después se hizo campo en el lecho y se abandonó al descanso del cuerpo y a la reparadora inercia del alma.

La casita en que vivían Luisa y Enrique estaba compuesta de dos piecesitas de madera. Una servía de recámara y la otra era utilizada para cocina y era también donde guardaban los baúles, la ropa de lavar y una multitud de objetos de pequeña utilidad. Esta pieza le servía a Luisa para lavar la ropa, cuando salía de su quehacer. Por lo regular ella hacía el desayuno y la cena y comían, al medio día, en una fonda.

La recámara, que les servía también para recibir a las personas de mucha confianza que los visitaban y en la que apenas había espacio para sentarse, estaba ocupada en gran parte por la cama, mueble de madera de encino de alta cabecera, amplia; almohadas cubiertas por fundas adornadas de encajes y cubre-cama de raso de algodón de artísticos dibujos “renacimiento”.

A un lado de la puerta de entrada, unas cortinas de cretona disimilaban el guarda-ropa. Al otro lado, sobre una pequeña repisa, estaban los boletos que servían para comprar la lecha, la carne y los demás comestibles. Todo esto arreglado con cuidadosa minucia. Pero donde se desplegaba un derroche de exquisitez y buen gusto a prueba de crítica, era en las mil naderías que adornaban las paredes de la estancia. En una tabla angosta, a guisa de consola, que corría

a lo largo de la pared, estaban colocados en armónico “pendant”, pequeños “bibelots” chinescos representando graciosos y panzuditos Budas. Mandarines microscópicos, de ojillos alegres y estirados hacia arriba de las sienes, iluminaban sus carillas con una sonrisa de felicidad perenne, enigmática y beatífica de Diosesitos. A su lado unos bebés de cabecillas redondas, rosadas, casi calvas, con un flequecillo de pelo rígido y convexado sobre la frente, de rostros radiantes de dicha y próxima ha hacer estallido la pletórica alegría infantil que los animaba.

Una caballerito celestial de anteojos circulares, de bonete adornado con una pluma mandarinesca de pavo real, se cubría con una sombrilla del vuelo de una peseta, la que sostenía en una mano, en la otra vacilaba un abanico de nacarados colorines y se inclinaba en ceremoniosa reverencia ante una damisela también de sombrilla, ataviadas en un peinado microscópicamente monumental, atravesado por alfileres de marfil; la piel de su carilla parecía restirada por la tirantez del cabello ordenado hacia atrás al formar el peinado. Debía ser alguna Emperatriz por el rostrito aquel tan lleno de inocente y soberana y profunda calma y altivez.

En una cornisa dominaba un espejo ovalado, portátil, de tocador. Sirviéndole de marco se enroscaba en su borde un Dragón, cuyas garras pugnaban vanamente hincarse en el cristal y solo se apoyaban en él crispadas en un espasmo nervioso de tremenda cólera. Su cuerpo escamado acurvaba su lomo, erizando de apófisis espinosos, siguiendo el recorte ovalado del cristal y su cabeza, irguiéndose furiosa, avanzaba hacia delante, amenazando devorar; de ojos llameantes y furibundos, abría sus fauces espantables, erizadas de filosos dientes; se abría sus mandíbulas como si dejaran escapar del fondo de su garganta infernal, ese hálito magnético de las serpientes; las grandes púas retorcidas y bravas de su belfo superior, unas se erectaban hacia delante y otras alcanzaban el reborde del cristal donde se enroscaban como las guías de la vid.

Formando guardia al espejo, había un híbrido conjunto de personajes: Un mosquetero de porcelana, de formidable chambergo; las puntas del retorcido bigote hacia arriba petulantemente, de mirada atrevida y valentona, le dirigía de soslayo a una muñequilla de pies descalzos; un lienzo azul a rayas blancas envolvía en “refajo” su cuerpo; cotoncillo café, cubría su pecho dejando los brazos desnudos, su carita era morena, en postura humilde, sus brazos extendidos hacia delante sostenían en sus manos una media calabaza casi llena de un licor blanco. El objeto de las miradas del mosquetero era Xochil.

Un guerrero japonés, un Samurai, se apoyaba en sus piernas abiertas, robustas como las de un buey, con un gesto de espantosa cólera impreso en el rostro de bigotazos caídos y de mirada fulgurante: sobre sus hombros se alzaban las escamas de laca de su armadura y sus piernas rígidas se cubrían con defensas de guerra de la misma laca. Enfrente a él, dos pastorcitas Luis XV, con sus cabecillas inclinadas coquetamente a un lado, miraban provocativamente a dos “incroyables” almibarados que con galante desdén, adoptaban la postura de un paso de “minuet”. A un lado se erguía una jarra cuya superficie imitaba una onda marina y en la que sobresalía nadando una sirena “art-nouveau”.

Se interrumpía la cornisa para seguir un poco más alta, una peaña que soportaba una pequeña escultura bizantina recogida en alguna vieja Iglesia. Era una artística y bellísima muestra de alto valor, del arte vigoroso y lleno de simbolismo de los tiempos del Imperio Romano de Oriente, representando una virgen cuyo cuerpo cubrían estrechas vestiduras coloreadas de oro y azul brillante y viejo. A su lado, como si siguiera el orden retrospectivo del tiempo, un conjunto de columnitas dóricas, como una reminiscencia del arte griego, se erguían ostentando la belleza inmortal del genio que encerró en mármoles los supremos ideales de la inteligencia humana. El mármol de aquellas columnitas era extraído de las canteras de Paros, la misma piedra ñeque Praxitéles y Fidias dieron forma a sus Dioses y a sus Héroes.

Había cuadritos, copias de pintores célebres. Una virgen de Murillo se envolvía en su amplio manto como si fuera un pedazo de cielo. Un “Worn out” (cansado) de Tom Feed, lleno de inmensa tristeza: El pobre viejo bohemio fatigado de tocar su violín por las calles, llega a su mísera bohardilla, acuesta a su nievecita en el frío camaranchón después de cenar la parca pitanza, dejando a los ratones que asustan a la pequeñuela, la tarea de limpiar la burda escudilla; él se echa sobre un desvencijado sillón y ostenta en su rostro arrugado, gastado por el hambre, envejecido y curtido por el eterno infortunio, la dejadez absoluta del desánimo. Su mano se apoya en el camaranchón, mano sin fuerza, exangüe, moribunda y la chiquilla duerme profundamente, los dos duermen y ella se afianza, se abraza con todas sus fuerzas, a la mano del viejo; la pasión egoísta de una vida que empieza, que quiere imperiosamente fuerzas y que las pide a la vida que acaba, que se va…

En un fondo de dorado crepúsculo se destacaban los dos aldeanos del “Angelus” de Millet. Una preciosa acuarela auténtica de Ramos Martínez, que representaba la torre ruinosa de una Iglesia, radiaba, su brillante colorido y la rica y poderosa variedad de sus matices, en tonalidades que brotaban del cuadrito en radiaciones imperadoras, llenas de vida y que se dilataban suavemente en la atmósfera que rodeaba el “asunto”.

Retazos de seda sin valor comercial, formaban tapices en la superficie de las paredes. Un zarape del Saltillo de brillantes colores en rombos y cuadrilongos servía de “porter”. La lámpara que pendía del cielo, al lado de una enorme sombrilla chinesca de papel que casi cubría la cama, estaba cubierta con un velador del que colgaba, formando círculo, un fleco de encajes y listoncillos, como vaporosa espuma en la que la luz fingía coloraciones y brillos como si reflejara en las facetas irisadas de un crepúsculo nebulado.

Había colgaduras que parecían ocultar misteriosos y diminutos retretos; rincones donde un par de duendes en compañía de Puck, habían de combinar con su consejo, sus picarescas truhanerías. Un divancito, a un lado de la ventana, debía servir para que dialogaran sus románticos amores el Caballero Jazmín y la Princesa Rosalía. Una cajita de arte japonés en cuya tapa niveaba el Fushiyama, colocada bajo la mesa en la que se servía el té, debía contener todos los personajes de la Cinderela en espera del conjunto que había de darles vida. El polichinela colgado de una cortina dislocaba sus piernas; sus brazos pendían por su espalda y de su cara emergía la nariz rojiza en “pendant” con el travieso guiño de sus ojos.

En una rinconera, un cuadro de metal encerraba el retrato del padre de Enrique; el viejo diplomático, adusto, de cara morena y llena de energía. La madre de Luisa en otro cuadro; una Señora algo gruesa; en su rostro la belleza se detallaba en todas sus líneas y la energía se demarcaba en una expresión de bondadosa altivez y de sólida fuerza. Algunos retratos de familia y de amigos se intercalaban con cuadritos o con juguetes.

El piso estaba cubierto con deshechos de alfombras pero tan inteligentemente combinados en sus uniones, que al formar tableros se maridaban los colores fecundando en armonía de tonalidades su artístico conjunto.

En todo aquello se notaba el gusto refinado y exquisito de una alma femenina superior. La mezcla armónica y delicada de tantos objetos y el ritmo del colorido y las proporciones, hacían brotar del conjunto una suave vibración luminosa que fingía la perspectiva de caleidoscopio de refrangibles y vagos contornos, impresionando tan halagadora y dulcemente la visión, que las ondas sensoriales propagándose gratamente en las sinuosidades del cerebro, inundaban los sentidos, simulando muy confusa y suavemente las indefinidas modulaciones de una música de ensueño…

La otra pieza, como hemos dicho, servía para guardar la ropa y lavarla. Dos grandes baúles, dos cajas de madera y dos o tres sillas con un lavadero de metal y una estufa, completaban la existencia.

Serían las once de la mañana, cuando Luisa despertó. Todavía se sentía algo triste pero a poco, al disiparse las brumas del sueño, se sintió en buena calma y saltó ligera del lecho. Enrique siguió durmiendo, pero un momento después, los dos comían en la mesa de la pieza interior y ella se entregaba a una de sus charlas risueñas, infantiles y en las qué, de vez en cuando, brillaban pensamientos llenos de luz o brotaba la frase chispeante y espiritual que caracterizaba su genio de mujercita buena e inteligente.

Enrique bostezaba aún y escuchaba maquinalmente a Luisa sin parar atención ni en sus palabras ni en los gratos mimos que le prodigaba como una costumbre que creaba en ella la necesidad de querer, de vivir enamorada.

Al concluir de almorzar, Enrique se levantó desperezándose y ella permanecía sentada queriendo retenerle y tratando de hacer más atractiva su charla para interesarlo en ella.

– Si. ¡Hombre! Lo que yo digo es lo mejor. Todavía los amigos de tu papá tienen buena intención de ayudarte y te ayudarán. No lo dudes.

– Bueno y mientras consigo lo que quieres, ¿que hacemos?

– Nos iremos de aquí a México. Con lo que hemos ahorrado podemos vivir cuatro o seis meses a más de lo que tienes que darle a tu mamá para sus gastos. Yo entretanto puedo trabajar para ganarme algo y en ese tiempo, estoy segura, que conseguirás un empleo consular, no importa para donde, pero será siempre un magnífico principio.

– ¿Tú crees -le dijo con cierto fastidio Enrique- que todo es cuestión facilísima y que sólo con pedir el empleo ya se tiene conseguido?

– ¡Pero Dios! Enrique -interpeló ella- siempre que hemos hecho algún esfuerzo para mejorar, tú te has llenado de desconfianza y sin embargo, no nos ha ido mal. Yo tengo la seguridad de que al pedirle una posición a don Ignacio (se refería insinuativamente al viejo Ministro amigo del padre de Enrique) él te la dará, será cuestión de algún tiempo, pero te la dará yo estoy segura. Mira -añadió mimosamente- podemos irnos a la América del Sur. A la Argentina. Tengo tantos deseos de conocer aquellos países, dicen que allá quieren mucho a los mexicanos. Allí será el comienzo de tu carrera. Ya ves, yo puedo ayudarte. ¡Oh! si pudieras ser Cónsul, yo podría arreglar nuestros asuntos diplomáticos perfectamente a conciencia. Sr. de Álvarez, estudiaré Derecho Internacional y hasta Volapúk, para dejar contento al Sr. Ministro, con nuestras funciones consulares. ¿Que le parece a Ud. Excelencia, Sr. Embajador de la República Mexicana?

– No seas tonta. Tú siempre soñando sin que te llame la atención lo que es práctico.

– Mira, hijo. Creo que es bastante práctico trabajar once horas diarias, ganar lo que ganamos y vivir entre la gente con quienes vivimos. Mis sueños pueden ser realidades con sólo que tú pongas algo de voluntad.

– Anda. Anda. Déjame ir.

– ¡Enrique! ¡Enrique! Quédate mejor a platicar. ¿Qué no estás contento conmigo? Oye. Anoche estuve bastante triste y no quiero que me dejes sola. Creo que ahora van todos a un juego de pelota, pero tú puedes pasarla aquí o si no, iremos a dar una vuelta juntos. ¿Te parece?

Echaremos un paseo a las lomas. Oye. Quiero decirte una cosa. Ya no quiero volver a los bailes que dan aquí. Es una porquería. ¿Te fijaste en lo que pasaba anoche?

– Bien sabes que si vamos a esos bailes no es por mi gusto si no por que se sentiría el Cashier, que es quien me invitó y quien se empeñó en que fuéramos.

– ¿El Cashier? Anoche me desagradó, como no puedes figurarte, ese viejo hipócrita. En compañía de ese Juez y ese otro sucio que creo es Licenciado o no sé qué, forma un grupo al que se añade el Manager y que bastante mortifican a las gentes del pueblo. Creo que el Manager ha prohibido vender por las calles a los comerciantes ambulantes y es necesario que le pidan permiso. No es buena gente ninguno de ellos.

– Vale más que te calles.

– Bueno Enrique -siguió ella volviendo al asunto primero- ¿te convences de lo que te digo? Vámonos de aquí. Ya no quiero, no quiero vivir aquí. Algo nos va a pasar. Estoy mucho muy adisgusto. Déjame sola si quieres irte. Hasta me parece que estoy enferma. Déjame. Déjame sola -añadió, casi llorando-. ¿Por que no quieres estar conmigo? -continuó en amargo reproche-. ¡Enrique! Si pudiéramos irnos mañana de aquí hoy mismo si fuera posible. Yo no sé qué me pasa -su cara dejaba ver la pena que le amargaba el corazón.

– Luisa. ¿Qué tienes? No seas tonta. Lo que te pasa es que estas nerviosa por la desvelada.

La verdad era que a Enrique le fastidiaba grandemente la sensibilidad de su mujer, por más que esta sensibilidad solía convertirse en varonil energía cuando llegaban los tiempos duros. A veces era brusco con ella y procuraba mantener siempre entre los dos cierta distancia, ocupada por lo que él creía respecto a su propia persona y que no era otra cosa que esa esclavitud voluntaria de ciertas mujeres fuertes cuando sienten la necesidad de dar energía, y tratan de dar de la que disponen, la hombre con quien el destino las hace caminar por este mundo. Enrique vivía engañado por que creía en la firmeza de su voluntad cuando esto precisamente indicaba su debilidad de carácter, y Luisa se creía de buena fe, inferior a Enrique, al obedecer sus indicaciones, siendo que lo que creía bueno lo obedecía por que así había de ser y lo que ella veía malo lo acataba por que haciéndolo así, satisfacía la necesidad de creer a su marido fuerte en voluntad y en concepción intelectual. En realidad había gran diferencia de caracteres y a Luisa le había tocado siempre llevar el mayor peso; pero ella vivía sino contenta, cuando menos soportaba la tarea, ya que su alma estaba hecha para la lucha y esa lucha era de abnegación y de sacrificio al aceptar a cada momento la falsa situación de su mentida inferioridad.

Enrique no disimulaba la intención de marcharse y Luisa casi se obcecaba en detenerlo. Algo bullía en su cerebro y repentinamente se hizo claro en su interior el deseo de explanarse.

– Sabes -empezó un poco indecisa- es muy extraña conducta de Mr. Hitt, el Jefe de la Tienda. Antes no era tan amable como ahora. Oye Enrique -siguió bromeando- es necesario que te pongas celoso. Mr. Hitt está de lo más galante conmigo. Ayer en la mañana me llamó a su despacho y estuvimos charlando más de una hora. Su conversación no tuvo más objeto que hacerme reír. Cómo hubiera yo deseado que hubieras estado allí.

– Mr. Hitt es un buen hombre -dijo él maquinalmente- yo lo estimo como buen amigo. También estuve charlando con él ayer y me hizo entender que me mejorará de sueldo. Por eso precisamente veo como tontería se te ocurra a ti que nos vallamos. Aquí podemos seguir y podremos hacer algo de provecho.

– La verdad, Enrique, es, que me llama la atención la conducta de Mr. Hitt. Antes era bien duro con los dos lo mismo que con todos. Tú sabes bien que nunca a ocultado el desprecio que siente por nosotros y nunca tuvo empacho de decirnos, a nosotros mismos, que todos los mexicanos forzosamente son ladrones. Repentinamente ha cambiado de parecer y ahora es un dulce.

– Creo que esto obedece a que nos considera diferentes a los demás. ¿Qué intenciones crees tú que tenga Mr. Hitt? Yo no puedo figurarme más que una estimación sincera. Yo le he ayudado en estos últimos días a poner en claro sus cuentas y no creas que él esté más limpio que sus cuentas. Hay muchas partidas que no podrá justificar.

– Yo sé. Yo sé -dijo ella-. ¿Sabes lo que vimos una de las Marignano y yo? Varias veces ha mandado sacar Hitt, grandes partidas de mercancías que se las vende ocultamente a los comerciantes del mineral. Yo creo que ha sacado varios miles de pesos y eso se lo toma él. No te quepa ni duda.

– Mira Luisa. Vale más que no te metas en esos asuntos. La verdad es que si te ocupas de esas cuestiones tendré que disgustarme contigo. Eres tonta, tonta de remate.

Luisa conocía estas genialidades de su marido y no le daban cuidado, sin embargo se había puesto pensativa como si la conversión hubiera hecho nacer en ella nuevas ideas o le hubiera aclarado algo que para ella había permanecido oscuro hasta aquel momento, por que volviéndose con cierta energía hacia Enrique, quien había permanecido listo para marcharse, le dijo:

– Yo no sé. No sé cómo explicarme ahora la galantería tan extraña de Hitt. A mí no me agradaron sus regalos. Hace ocho días que diariamente me obsequia telas para vestidos o regalitos. Antes no era así.

– Bueno. ¿Qué me quieres decir con eso? -dijo Enrique realmente fastidiado.

– Yo no te quiero decir nada, pero lo cierto es que yo no quería aceptar nada de eso por que cuando menos, podrá haber algunas habladillas, pero él te pidió permiso para hacerme esos obsequios y tú aceptaste. Yo creo que hubiera sido mejor no aceptarlos.

– Decididamente, Luisa, estás ahora más tonta que nunca. Nosotros no estamos ricos y tenemos que ser gratos a aquellos de quines dependemos. Yo también he aceptado esos regalos más por consecuencia que por otra cosa. Lo que has de hacer es de ahora en adelante tú misma negarte a recibir nada. Creo que eso es lo mejor.

– No. No me gustan nada estas gentes. Ojalá estuviéramos muy lejos, muy lejos de aquí.

– ¿Otra vez con tus historias? Hasta luego.

Enrique salió bruscamente sin hacer más caso de Luisa y ella se quedó pensativa. En su pecho se agitaba cierto espíritu de rebelión contra aquella obcecada insensibilidad de su marido y contra aquella falta de consideración a esos derechos de cortesía; derechos que ninguna resigna y cuya violación sólo aceptan las mujeres maltratadas, por que no pueden modificar la imbécil brutalidad del hombre, brutalidad vana, inútil y cruel contra la compañera de la existencia, la creadora del placer y la noble y santa y buena y fuerte reproductora de la materia, del espíritu y de la inteligencia humanas.

CAPÍTULO V

¿Cómo fue aquello? Todo el mundo se formaba miles de conjeturas y en la diversidad de pareceres que agitaban a aquellas gentes, cada quien pretendía que su opinión era la mejor, aun cuando todos procuraban no definir bien esa opinión y la dejaban oscura como si su propósito fuera no el de aclarar la cuestión, si no el de que permaneciera indeterminada y como si esperaran acontecimientos posteriores que definieran, no su propia opinión, sino la opinión de alguien más poderoso que la generalidad. Había sin embargo algo, en lo que todos concluían por estar de acuerdo y era en que, si bien la manera de proceder había sido brutal y salvaje, en cambio la Compañía estaba en su derecho y la Autoridad obraba dentro de la esfera de acción que le marcaba su deber, es decir: La Ley.

Indudablemente que el Rey tenía razón. Jamás se había equivocado en sus grandes combinaciones financieras y de hombre de empresa y era imposible, ¡por supuesto que era imposible! que en aquella simpleza se equivocara. Entre los que comentaban el caso, hacía tres días, había algunos que tenían la criminal audacia de vacilar al darle la razón al Rey; pero sin embargo, convenían al fin, en que era necesario esperar a que se aclararan las cosas, ¿que al cabo la cárcel no se come a nadie y entonces?... entonces tal vez… sin embargo… debía ser lo más probable, que S. M. El Magnate, tuviera razón y si no la tenía, ellos no podían componer el mundo y que cada cual se las arregle como pueda… ¡¡Oh!! ¡¡Filosofía!!

Exceptuando la población trabajadora que todo el tiempo tenía que vivir en el fondo de las minas o quemándose en las fundiciones, todos se ocupaban con calor, a pesar de todo, de lo oque pasaba hacía tres días y como hemos visto, casi podía afirmarse que la opinión, cualquiera que fuera el asunto, estaba como siempre del lado del Rey. En esto, no había un perfecto conocimiento de lo que sucedía y se trataba, si no que, en unos influyendo la sincera, profunda y simpática e incondicional veneración que les inspiraba el Soberano y en los demás el santo y saludable terror, todos estaban contestes en que lo que Él hacía estaba bien hecho aunque se tratara de haberle cortado sus blancas y milenarias barbas al Padre Eterno. Sobre todo, con esto último, hasta el Curita estaba contento.

El caso era el siguiente: El Manager Ojos de Perro, se había presentado al Juzgado hacía unos seis días y había formulado, con las salvedades y protestas de ley, acusación criminal por el delito de robo, cometido en bienes de la Compañía de la que era Gerente general, contra los llamados Enrique Álvarez, María Luisa Leblanc de Álvarez, y Leona, Mercy y Annie, todas de apellido Marignano. El robo lo hacía consistir en objetos sustraídos de la Tienda de raya de la Compañía y en dinero también sustraído.

La acusación era verbal y tan lacónica como se deja escrita.

El Juez Castañeta, antes que dar ningún paso que pudiera comprometer a la justicia que tan dignamente representaba, quiso primero, practicar todas aquellas diligencias, averiguaciones y pruebas que deben poner todo caso criminal tan claro como la luz del día. Tres días bastaron para que se hiciera cargo de la situación. Tres días son corto plazo para un hombre que, como Castañeta, tenía una larga y amplísima experiencia en encontrar el fondo criminal y el crimen mismo, en cualquier asunto. Por desgracia, como él decía, por que Castañeta era hombre de corazón, casi podía darse por probado el delito y por confesos a él y a las ladronas y con el dolor en el alma y cumpliendo el duro deber que la inflexible ley le imponía, tuvo que decretar la detención o prisión preventiva de los inculpados. Es de veras triste para un hombre como Castañeta y para la absoluta mayoría de los honorables Jueces de nuestro País, (porque en general los Jueces mexicanos son hombres de grandes facultades de honor y de sensibilidad,

lo que nos complacemos espontáneamente en confesar, pues conocemos de cerca el asunto, como qué el que estas líneas escribe, fue Juez algún tiempo) ¿el verse obligados por la ley? Si. Indudablemente por la ley, a tener que ser tan duros con los criminales. Pero sin esta forzosa dureza ¿qué sería de las sociedades? Para Castañeta era terrible dilema o ser el mismo culpable siendo sensible o era el prototipo del honor, como Juez, castigando como se debía aquel criminal y aquellas ladronas.

Tres días tardó en llenar las formalidades necesarias y tres días hacía que los delincuentes se encontraban incomunicados. La población entera se preocupaba, como hemos dicho, del asunto. Se interrogaba al Cashier que casi estaba enfermo y no decía palabra. ¿El Juez? ¿menos; Robleda? no daba luz. Pero sin embargo muchos habían visto cuando repentinamente se había presentado el Jefe de la Policía con veinte de sus subalternos y con la energía peculiar en él y esa fuerza y dureza que siempre es necesario que raye en ordinariez, fueron aprehendidos en la mañana de hacía tres días, los Álvarez y las Marignano. Ellas fueron encerradas en un edificio de la compañía con un centinela de vista cada una y en distintos compartimientos bien asegurados y él, Álvarez, fue conducido a la cárcel municipal, donde fue encalabozado y perfectamente incomunicado, según los ritos legales. El Cashier, hombre de corazón y a quien de veras dolía lo que pasaba, había tenido una delicadeza, había conducido en su Buggy a Enrique, de la Tienda donde fue apresado, a la cárcel.

Muchas personas habían presenciado el mismo día de la aprehensión, que tres de los mozos americanos de la Tienda, habían abierto al medio día, valiéndose de tenazas y punzones, la puerta de la casita de los Álvarez y poco después vieron al Manager que entraba a la casita saliendo como dos horas más tarde y después de oírse ruido de martillazos, de rotura de tablas, de rechinido de cerraduras que se forzaban y platos que se rotaban, vieron a los mozos salir cargados con dos grandes sacos llenos de ropa que echaron en un carro en donde fueron conducidos a la Tienda. La casita fue cerrada con un candado porque la cerradura primitiva fue rota para abrirla y había quemado inútil.

Respecto a la averiguación criminal, permanecía prudentemente en el secreto del Juzgado; formalidad necesaria, por que si ésta fuera pública o pudieran verla las personas que se interesan por los reos, es lo más probable que pueda perjudicarse la inquisición judicial y los criminales tendrían oportunidad de engañar a la soberana y única y firme justicia. No dejaremos nunca de alabar ésta tan sabia legislación de nuestro País y tanto más alabable, cuando en manos tan honorables como las de Castañeta está la distribución de ella. Apropósito recordamos que el sabio y honrado Vicepresidente de la República, que para nuestra dicha es un gran legislador, es el autor del Código Penal del Estado que lo vio cuando nació. El Señor Vicepresidente nunca ha sido abogado pero hay está la gracia “compadre” que un hombre sin saber y sin entender, encuaderne Códigos tan sabios como los del tal Estado. Ese Código tiene una cosa preciosa y es el que prohíbe a los presos conocer su causa hasta que los Castañetas hayan arreglado bien el “pastel”. Desde el fondo de nuestro corazón mandamos palmas y cigarros al mentado Vice y que le den la oreja.

Hacía unos diez días el Rey había llegado al mineral y había llamado con toda premura a nuestros estimados y finos conocidos: Cashier, Ojos de Perro, Castañeta y Robleda y les había ordenado procedieran con toda rapidez y energía en lo que había dispuesto, respecto a los que robaban a la Compañía. Nuestros queridos amigos habían obtenido buenos regalos del Rey quien nunca se mostraba parco con los que le servían fielmente. Les hizo saber contento, con el éxito obtenido, que en Los Ángeles, California, había conferenciado con su amigo el Gobernador, quien había ido de México a aquel lugar americano a darse su paseada de costumbre, y quien también le había dado todas las seguridades posibles para el buen resultado de sus combinaciones. Los adictos hombres prometieron obedecer sus órdenes y añadiendo Castañeta y Robleda la promesa de permanecer hasta por quince días en abstinencia de orgías, lo que era para ellos la suprema prueba de lealtad hacia el Rey.

Este se había marchado incontinenti a Cincinnati, donde urdía organizar otra compañía con diez millones de dollars de capital para “explotación” de unos “criaderos” cupríferos “riquísimos” llamados del Santo Niño, situados en las estribaciones occidentales de la Sierra Madre, hacia la región Norte, criaderos no cupríferos, pero sí de millones hallados en la bolsa de los accionistas.

Aquella vida de audaces especulaciones en que los millones y los hombres jugaban a voluntad del Rey, empezaba a ser la admiración de los prohombres del país y a atraerse sus simpatías. Más tarde también ellos habían de ser cogidos en el torbellino de sus especulaciones y cuando tuviera, en sus jugadas, que hacer correr sangre humana para dar con ella el último toque a una de sus más atrevidas empresas, el viejo Cacique de la Nación, haciendo profesión de fe de su adhesión al Rey, declararía ante ese ridículo y lastimoso remedo de Representación Nacional en nuestro País, la justificación de sus sangrientas aventuras. ¡A esto se llama Genio financiero!...

La pieza donde Luisa había sido encerrada, era una estancia en cuadra que formaba parte de uno de los edificios de la Negociación, como de tres metros por lado. En un ángulo había un pequeño lecho, a cuyo lado una mesita servía para poner lo necesario para un preso y que ahora se utilizaba en permanencia de una multitud de medicamentos y de frascos medicinales de todos tamaños; un plato con un bifsteak frío, del día anterior y que estaba intacto, una taza y una tetera, sobre una lámpara de alcohol apagada.

Un par de sillas y un tocador corriente era el mobiliario.

Había una puerta que daba al pasillo interior y una ventana para la parte exterior del edificio. Esta ventana estaba cubierta con una cortina verde que siempre estaba corrida, y que mantenía el cuarto casi en la oscuridad.

Fuera del edificio y en el lugar que correspondía a la ventana del cuarto, un policía secreto de la Compañía, un texano de los ex-cuatreros favoritos del Rey, con un par de pistolas en la cintura y fingiendo aire embobado, cuidaba que alguien se acercara por allí y también para evitar que Luisa se escapara. Por la puerta del pasillo inferior, un policía mexicano cuidaba también la puerta y de que la presa tibiera lo necesario para la vida. En esto, el cuidado de aquel hombre casi había sido paternal, pues por su cuenta había comprado la comida para Luisa, aunque no había tenido que gastar mucho, pues desde el primer día en que le había traído el bifsteak que se veía en la mesa, allí permanecía intacto, solo el té había sostenido a la pobre mujer, en su mísero quebranto.

Allí estaba ella, sobre el lecho y sin quitarse las ropas. Estaba atravesaba en la pared frontera a la misma cama y las piernas le colgaban hasta poner sus pies en el suelo. Había sufrido hondamente aquellos tres días y las tremendas sacudidas nerviosas que a intervalos se sucedían, casi habían agotado sus fuerzas. El descanso que había logrado durante aquel tiempo sólo lo había obtenido por las repetidas inyecciones de morfina que, por cierto, no le había escaseado el Director del Hospital de la Compañía. Este descanso sólo era transitorio porque en realidad sólo producía mayor debilidad al finalizar sus efectos soporíferos.

El aspecto que ahora presentaba, era enteramente distinto del que le conocimos cuando la vimos por primera vez en el baile o en su casa. Echada sobre el catre y así, en la semi-oscuridad de la estancia, se notaba la fea emaciación de su rostro, que presentaba el aspecto de la calavera, al verse pegada la piel a los huesos; sus ojos casi apagados, desaparecían ocultos por el párpado superior, dejando apenas ver una mínima parte de su color verde, brillante. Todo su aspecto le daba a veces una expresión de abandono absoluto a la desgracia, que tan duramente la hacía su víctima.

En aquel momento de exagerada penalidad, un extraño dualismo se desarrollaba en ella, y creía que podía sentir y sentía en efecto, lástima de sí misma, creyéndose otra persona distinta. -¡Pobre mujer! ¡Pobre Luisa!- susurraba quedamente. Sus brazos, que no podía mover por la honda debilidad en que se encontraba, y que los tenía extendidos a lo largo de las piernas, se pegaban a ellas y los dedos de sus manos acariciaban suavemente lo que tocaban de su propio cuerpo, como un mimo de lástima por sí misma o por aquella – “Pobre mujer”; – “Pobre Luisa”; -que sus labios susurraban suavemente.

Cambió después su dualismo delirante por un sentimiento profundo de resignación, producido por el agotamiento moral. Este sentimiento generó en su cerebro la aceptación tácita y absoluta de su miserable situación y esta aceptación, era tan absoluta, que la hacía pensar que lo que le pasaba, lo tenía bien merecido. Reflexionaba, influida por aquella sombría resignación y, por uno de esos estados de la renuncia, que la dominaba, ésta la llevaba también al cobarde abandono de su personalidad moral. Veía justo el castigo que sufría y lo aceptaba también como justo, en un tremendo sacrificio de ella misma y se entregaba no solamente al justo castigo actual, sino a un castigo perenne que había de mantenerse vivo siempre con ella, la eterna condenación de una vida cargada de desprecios y de humillaciones.

Todo el mundo debía saber ya que estaba en la cárcel por ladrona y esto no podía olvidarse nunca, ¡nunca! Tal vez algún día saldría libre, pero continuaría prisionera en el horrible y eterno círculo del desprecio universal. Su madre, que había sido una fanática practicante y enseñadora del honor, le negaría su maternidad. Su marido la vería como una pérdida. ¿Y sus amigos? Tal vez. Podría ser que alguno tuviera para ella algo de lástima y le dedicaría alguna caritativa cortesía.

Pensaba salir alguna vez de allí. Podría ser después de cinco o seis años de prisión; así se lo figuraba y le venía al cerebro, como una obsesión, este lapso de condena que era el término vulgar de las condenas y que siempre se tiene ocasión de oír en las comunes conversaciones cuando alguno escucha a alguien hablar de cárceles o de presos. Ella se lo figuraba claro y sin lugar a duda; pero al salir, si no era que moría en la prisión, se iría lejos, donde nadie la conociera; donde nadie supiera ni sospechara su pasado, enlodado en el detritus social de la condena criminal. Pero… ¿ella?... Ella se vería siempre como ladrona; y cada vez que quisiera satisfacer sus ansias infinitas de amor o de amistad, las que tanto agitaban su apasionado corazón, tendría que lograrlo engañando a las gentes, cubriendo con la mentira las aspiraciones de su alma, presentándose como una mujer buena ¿y esto?... esto no era verdad; por que la verdad era su crimen, ¡la verdad le daba el nombre de ladrona!

Veía tan solitaria su existencia en lo futuro. Se veía tan aislada por su crimen, tan despreciable y tan odiosa y repulsiva, causando ascos, que se figuraba ya arrojada a puntapiés de todas partes. Se imaginaba encontrarse suplicante y dolorida delante de su madre ¿y ella?... volteando su espalda, desconociendo, en la ladrona a la adorada criatura que vivía, por que había vivido en sus entrañas. Se veía miserable, hambrienta, golpeada, yendo a parar a todas las cárceles del mundo, en el éxodo de su desgracia; tal vez tendría que disputarles a los perros su comida. El infortunio caía, en aquellos terribles momentos, sobre ella, gravitando con la pesantez del Universo entero. En su tormento, que ella miraba infinito e inagotable, hallaba como un placer en imaginarse los más crueles martirios y los aceptaba y hasta se sentía impaciente por no sufrirlos ya. Aquella estancia le parecía lujosa. Podía disponer de un lecho y de sombra. Esto no era sufrir. Ella quería un martirio cruento que le macerara las carnes y que le estrujara brutalmente el corazón. Ella se resistiría a este sangriento holocausto de su ser, no para rehuirle, sino para excitar más su sensibilidad para el dolor. Llamaría en su ayuda al miedo, al instinto de conservación, al terror, y estos agentes poderosos del sufrimiento, elevarían el dolor, lo intensarían, lo condensarían hasta provocar el estallido final, que ella se figuraba la muerte y todavía pareciéndole más amplio el campo de los martirios, añadía al a misma muerte y para después, la exposición vergonzosa de su cadáver de mujer púdica,

arrojado a un muladar, donde sería devorada por los perros a quienes había despojado antes de su alimento y que se proporcionarían un festín tan espléndido como los hombres se lo proporcionaban con su actual desgracia y más todavía… quedaría en la memoria de las gentes el recuerdo de su desvergüenza y de su crimen y se decía. ¡Ladrona! ¡Ladrona!...

Sus brazos que había abierto en cruz sobre la cama, en laxo abandono, se cruzaron violentamente sobre su cara, ocultando sus ojos y como apretando su frente para exprimir de su cerebro la tenebrosa locura que, como un volcán, parecía próxima a estallar. Por un momento contuvo la respiración y luego, de exabrupto, como la protesta de un elemento nuevo que nacía y se desarrollaba vigorosamente en su espíritu, lanzó un grito que era el estallido de esa protesta. Un -¡No! ¡No!- seco, garreándole en la garganta, borbotando en sus labios anémicos y vibrando en el aire confinado de aquellas cuatro paredes, fue la exclamación, la señal, el grito de vida confuso apenas, del Verbo de aquel elemento ético. La dilatación en sus débiles nervios de aquel estallido, la hizo enderezarse en su lecho. Quedó sentada, vacilante, un poco inclinada hacía adelante, apoyaba sus manos en el bordo del desastre al sostener el débil cuerpecillo, sus ojos se desvelaron en la sombra de la celda con una fuerza que desafiaba al destino. Habló. Su voz chillaba y se apagaba a intervalos en su reseca garganta y brotaba como si las palabras tuvieran garras que arañaban cruelmente al salir; silbaban, inteligibles y destempladas.

– ¡¡Bribones!! ¡¡Bribones!! ¡todos! ¡Ladrones! todos, todos ¡Canallas! ¡Canallas! ¡Mienten! ¡Yo no he robado nunca! ¡Ni yo ni Enrique! ¡Canallas! ¡Canallas! ¡Bribones!

Su voz vibró como la maldición que caía sobre el crimen, sobre el verdadero crimen, y como una amenaza del castigo que algún día había de caer sobre Los Bribones.

Quiso ponerse en pié; se inclinó hacía adelante y cayó al suelo sin conocimiento. Un hilillo de sangre empezó a brotar de su cabeza, herida al caer, y corría por el suelo en caprichosos giros como una viborilla roja que se prolongaba y crecía rápidamente…

¿Qué había pasado en aquellos tres días?

Ya sabemos algo. Además de Enrique, que había sido encalabozado en la cárcel Municipal, las hermanas Marignano habían sido encarceladas en distintos departamentos del mismo edificio donde estaba encarcelada Luisa. De vez en cuando salían de aquellos cuartos gritos histéricos lanzados por las muchachas. Una de ellas sufría repetidos ataques desde el día en que había sido encerrada y en medio de la noche, se escuchaban sus alaridos, a veces plañideros, otras veces estallaban en carcajadas que vibraban en el espacio como si la atmósfera estuviera saturada de maldición.

Suele suceder, que en la existencia, en la plenitud de la vida, cuando la juventud esplende pletórica de fuerza y de ansia de pasionales goces, en un medio ambiente de placer y de confianza en su propia fuerza, un golpe inesperado e imprevisto del infortunio viene a herir el corazón y a quebrar el cerebro con un fatalismo ciego y brutal. Toda la fuerza de esa juventud se doblega ante el infortunio, que la inexperiencia concibe y agiganta terroríficamente eterno y entonces, el amor, que es el dulce perfume que embriaga la vida con sus delirantes y gozosos ensueños y que tan delicada e intensamente vitaliza el corazón, en vergonzosa derrota huye y se empequeñece hasta casi desaparecer del horizonte en que se fijan, llenas de infinita y suprema ansiedad, nuestras miradas…

El golpe había sido para aquellas pobres gentes tan tremendo y tan sin antecedentes; las había cogido tan de improvisto que, todavía a pesar del lapso que había pasado, solo concebían que algo espantable, mortífero, pasaba a su alrededor; se figuraban una catástrofe que debía, probablemente, haber cambiado el orden regular de las cosas. Creían, más bien oscuramente se imaginaban, que todas las gentes debían estar encarceladas y las pocas que pudieran andar

por las calles, lo harían temerosamente y a hurtadillas del Genio maléfico que lo trastornaba todo. El Juez y Ojos de Perro les habían dicho, fingiendo profunda lástima, que allí estaban porque era necesario averiguar un robo, pero de esto no se daban ellas exacta cuenta y sólo dominaba en sus cerebros, la idea vaga, oscura, de aquella catástrofe universal. Recordaban a sus padres, que vivían en Tucson, y un profundo dolor apretaba, atenaceando cruelmente su amor por ellos. También ellos debían estar presos y ellas no estaban allá para ayudarlos. La amable y cariñosa viejecita italiana, que con tan delicado orgullo les narraba, con su cancionante lengua, sus amores juveniles con el guapo y caballeresco Ayudante de Garibaldi, el Teniente Marignano; que les describía, brillante la mirada que hendía soñadora el pasado y el espacio, las bellezas, la vida y el arte tan glorioso y perdurable de la Ciudad Eterna, también ella debía sufrir separada del viejo y amado compañero de su vida, humillada, la misma prisión que ellas sufrían. El dolor emergía de ellas y se dilataba en ondulaciones que inundaban sombriamente a la humanidad y a las cosas. Sobre aquellas pobres mujeres caía una lluvia de miserable desgracia que lo cubría todo, como llovió la destrucción en las cenizas que ocultaron con la muerte las ciudades antiguas, y aquellas pobres muchachas cuyas inexpertas imaginaciones exageraban infinitamente el infortunio, no se figuraban que sobre ellas se movía omnipotente, insensible y brutal, la máquina de las combinaciones financieras. La derrota de sus ilusiones, el ajamiento bárbaro de su delicadeza mujeril, la interrupción intempestiva de la dicha que la naturaleza les otorgaba, la mácula de aquella prisión ensombreciendo toda su vida, significaban el triunfo de un hombre que formaba una base con el dolor humano y se erguía sobre ella, triunfador y admirado por el capitalismo de su País e incensado hasta la idolatría por los incipientes torpes y rapaces financieros mexicanos…

Como se ha dicho, Enrique había sido encerrado en un calabozo de la Cárcel Municipal. El calabozo era un cubo de dos metros por lado, el piso de cemento, las paredes de piedras irregulares desnudas. Una puerta de rejas de fierro cubierta por otra exterior de madera, daba al patio de la cárcel; en un ángulo, una lata de petróleo servía de letrina y envenenaba el aire con el hedor que despedía. Una colcha y dos cobertores tirados en el suelo, completaban el menaje de aquel antro.

Enrique había sido trasladado a la cárcel desde la Tienda, por el buen Cashier, quien, echándola de filántropo, lo había llevado en su carruaje para evitarle la vergüenza de que lo vieran por la calle cuidado por policías. Esto es profundamente consolador. Ver tanta miseria en los hombres, desalienta, pero al lado de esa miseria siempre hay virtudes que brillen como un sol y el Cashier era el tal Sol.

En el camino, el buen hombre le dijo a Enrique que se trataba, al ponerlo preso, de averiguar un robo hecho a los Almacenes y a la Caja fuerte de la Tienda y que probablemente su esposa estaba complicada en el tal robo, y que lo mejor sería que él salvara la responsabilidad de su mujer, confesándose culpable; de no hacerlo así, Luisa tendría que pasar en la cárcel lo menos seis años. Aquello fue un golpazo furibundo para Enrique, que lo volvió idiota y cuando quiso hablar, interrogar algo, suplicar alguna explicación sobre aquel hecho infamante y que nunca se había imaginado que podría cometer su mujer, se encontró encerrado entre las cuatro estrechas paredes de su calabozo. Sufrió un ansia frenética por saber algo y al mismo tiempo un furioso arrebato de desprecio hacia Luisa se apoderó de él; quiso tenerla allí para matarla a patadas, como a un perro. Por su cerebro cruzaron ráfagas tempestuosas de locura rabiosa. ¿Por qué era él el marido de aquella ladrona? En pié, sus manos apretaban su cabeza que se agitaba poseída de la insania. Luego se dejó caer encogido, boca abajo sobre el cobertor que debía servirle de cama. La oscuridad y la pestilencia del calabozo agravaban su enferma volición y flameaban en su cerebro anémico en insensato delirio.

La ráfaga huracanada se deslizo con el agotamiento de sus pobres facultades. Permaneció largo rato como un idiota. El sistema nervioso tuvo entonces en aquella suspensión de recias vibraciones, como un descanso que lo vigorizaba para continuar más adelante.

Suave, cautelosamente, surgió de nuevo la obcecación iniciada al conjuro de las palabras del Cashier, pero ahora tomaba una forma reflexiva, casi lógica; sopesaba las circunstancias, apreciaba los detalles, retrocedía en el tiempo y se posaba inquisidora y sobre la personalidad física y moral de su mujer, al investigar los movimientos, los actos y las palabras, interrogando a estas manifestaciones materiales de la vida de Luisa, y procurando encontrar en ellas algún dato, alguna sospecha, un punto por reducido que fuera que atestiguara la más ligera presunción de culpabilidad. Luego recurrió a su espíritu ético y lo vio oscuro para el crimen, sin intenciones para el deshonor, sin facultades para la desvergüenza. Su mirada trasparentó la vida sencillamente apasionada de su mujer, infantil, algunas veces frívola, pero las más fuerte y serena; adorable y dulce en sus mimosos placeres que espiritualizaba con su privilegiada inteligencia, buena camarada en las luchas por la vida; valiente y hasta agresiva para los malos tiempos.

La forma reactiva de aquellas ideas le hizo ver clara la inocencia de Luisa. Aquello no podía ser; si algo hubiera hecho Luisa él tenía que saberlo, su solo intento hubiera sido conocido por él; con sólo la concepción mental que ella hubiera tenido, él habría adivinado inmediatamente lo que Luisa hubiera podio pensar y si aun ella lo hubiera engañado logrando a fuerza de astucia ocultarle sus intentos, nunca hubiera podido ocultarle el robo.

El Cashier le había dicho que el robo era de mercancías y de valores de la Tienda. Luisa no podía haber sustraído esas cosas sin que él lo hubiera sabido. Esto no podía ser y sin embargo… el Cashier que era todo un buen hombre así lo había afirmado. El Cashier… ¿el Cashier? todo el mundo hablaba del Cashier como el mejor y más verdadero de los hombres… Su fineza al traerlo a la cárcel en su buggy… sus reticencias para darle la dolorosa noticia, procurando no lastimarlo… aquel aspecto de desolación que tomó cuando le dijo lo que pasaba con Luisa… su consejo tan paternal -el único remedio le había dicho él- es que Ud. se confiese culpable. Y en esto había el Cashier faltado a su deber como autoridad, ¿y por qué? Sencillamente por que era un hombre de corazón, un buen hombre, en fin. Si; así debía ser, así debía de ser.

El frío del suelo agotaba, con la pestilente atmósfera de la celda, el poder físico y mental del preso y sus deducciones se iban vagorizando en la penumbra de su cansancio cerebral, como en un horizonte nocturno en que las cosas se fundieran unas con otras desapareciendo los perfiles que las distinguen y mezclándose ya, en su fatigadísimo cerebro, la oscura concepción de la inocencia de Luisa con la sugestiva afirmación del Cashier, y acabando por formar un cuerpo oscuro, de escasa transparencia, y que se balanceaba en el vacío de su cabeza como el badajo de una campana que le azotaba el cráneo bárbaramente chocando en sus paredes movido todavía por la lucha de una idea con la otra. Aquello era penoso, a veces cruel, la idea de la inocencia de su mujer empujaba a la otra idea y el choque se operaba como un martillazo en las cavidades cefálicas. No pudo soportar; un esfuerzo supremo, cobarde, instintiva exigencia de su débil naturaleza que le imponía imperativamente la necesidad del descanso, le hizo arrojar fuera de sí la idea buena, la de sus deber, la que él sabía que era la verdadera, y aceptó, ya sin fuerza para seguir luchando, como una derrota vergonzosa de su escaso vigor, la culpabilidad de su mujer. Aceptó este final, lo caracterizó decididamente con las formas de la verdad y se esforzó en considerarlo como su última decisión, como un final inmutable, sin lugar a duda y que ya no admitía cavilación. Experimentó el descanso, al sentirse invadido por la idea de la culpabilidad, puesto que ya no había lucha y sólo quedaba en su cerebro una idea limpia, sin contactos irritantes, y lejos, muy lejos, la parvada de las conjeturas, de las cavilaciones luctuosas y embarazantes. Aceptó declararse culpable del robo cometido por Luisa, salvándola y entregándose él, por completo, a la inmovilidad contraria a las reacciones, y dejando al abandono que se apoderara de él como si fuera su propia naturaleza. No quiso. No quiso batallar más con aquella situación. Para el porvenir sufriría su condena, que él procuraría fuera lo más larga posible y al pensar en esto, un nuevo sentimiento, hermano del que le hacía aceptar la culpabilidad de Luisa, renacía bien abrigado, bien apoyado, y era el deseo de

castigar a Luisa de alguna manera y este castigo sería despreciarla, y este desprecio le sostendría en el abnegado sacrificio que por salvarla se imponía. Ya no había efectivamente lucha en él, por que sencillamente fructificaban, desarrollándose, las ideas y los sentimientos, hijos de la cobardía, del miedo, del agotamiento físico y moral de aquel empobrecido por el desgaste de carias generaciones débiles, que habían vivido una vida de falsas luchas, luchas que matan lentamente al través de generaciones sucesivas. La cobarde debilidad de la raza invadía sombriamente sus facultades, orillándolo a la profesión incondicional de aquel fatalismo…

La mayor parte del tiempo lo pasaba Enrique sobre la “cama”. La pestilencia de la letrina había insensibilizado sus sentidos al grado de no percibir sus fétidas emanaciones. Al mismo tiempo que había sido encerrado, se le entregó un grueso paquete de cigarros, obsequio del Cashier, y el “tabaquismo” le produjo un adormecimiento del cerebro rayano en la idiotez. En la inercia en que se encontraba y sin darse cuenta del tiempo, a veces estúpidamente, se ponía a escuchar el rumoroso vivir de los presos. Muy temprano, en la mañana, oía el alboroto que hacían al salir de las galeras donde amontonados habían pasado la noche. Gritos alegres, disputas, obscenidades, carcajadas, lloridos de borrachos, algunas veces los lloriqueos eran de mujeres que, pletóricas de alcohol, habían sido arrastradas por las calles hasta ser guardadas en un calabozo donde pasaran lo más recio de su puerca borrachera. A veces llegaban hasta él, al través de las rendijas de la puerta, las ondas pestilentes de yerba verde quemada; era la “marihuana” que los presos fumaban sentados en cuclillas y recargando sus espaldas en la pared, en grupos de tres o cuatro. Fumaban la venenosa yerba pasándose el cigarrillo unos a otros. El dueño del cigarro y que había logrado introducir el yerbajo, cobraba medio centavo por cada chupada, lo que hacía que el fumador procurara prolongar la fumada lo más que podía. Enrique oía el rumor de sus conversaciones, saturadas de exclamaciones; del conjunto de pláticas surgía a veces una canción. Se escuchaban otras, el chirriar de goznes de hierro y luego una voz trapajosa de ebrio que insultaba a todo el mundo con las más soeces palabras y que chorreaban en aquella atmósfera, como vertedero de inmundicias en un cenagal; a estas palabras contestaba un coro de gritos y carcajadas excitadoras que enfurecían al borracho. Algunas veces se apagaban los rumores, se oían respiraciones fatigosas, pisadas arrítmicas “chasqueaban” en el pavimento del patio y sordos golpes de lucha indicaban una de las comunes riñas de la prisión.

Las canciones de aquellas gentes eran melodías lastimeras, lloronas; canciones plañideras que se dilataban quejumbrosamente, ligándose los calderones en tono mayor que luego se trasportaban al tono menor, en una especie de doloroso alarido que se prolongaba hasta el infinito, como una vida miserable y exangüe que se consume sin sacudidas, sin rebeldías, anegándose paulatinamente en la nada como en un mar de muerte, donde ha de flotar el pingajo humano que llora su impotente tristeza en la semi-salvaje salmodia.

Las paredes de aquella cárcel exudaban el cinismo; allí se procreaba la impudicia y la desvergüenza y tomaban forma sincera y tangible la ambición y los crímenes que con tan financiera hipocresía hemos visto manifestarse en los primeros tipos de esta novela.

Enrique se embriagaba, se embrutecía con el tabaco. Encerrado en la celda, ésta se oscurecía por la densidad del humo. A un cigarrillo sucedía el otro. La letrina llena hasta más de la mitad de detritus humanos semi-líquidos, se cubría por completo por la capa superficial que formaban las colillas de los cigarros. Un amigo, el único que se había interesado por él, un buen muchacho americano llamado Thomas, había logrado, a indicaciones del Director del Hospital, introducir a su celda una jeringa de Pravast y una caja de pastillas de clorhidrato de morfina, que Enrique disolvía en la taza que le servía para tomar café y que se inyectaba sin precaución, en los brazos, en la región abdominal o en las piernas, a riesgo de provocarse una infección.

El embrutecimiento que le causaba la morfina y el tabaco, sólo le permitía tomar un poco de alimento. Anonadado, sin voluntad para averiguar su situación, sin espíritu para oponerse a su destino, su cerebro sólo funcionaba dominado en absoluto por la obcecada resolución que desde un principio había aceptado como un destino fatal y que no debía intentar modificarlo. A esa corriente contraria que inundaba su ánimo, sólo oponía la capacidad material de su cuerpo que, inerte, se dejaba arrastrar por el torrente, flotando apenas un jirón de su débil espíritu, jirón que se disolvía lentamente en el humo de sus cigarrillos o se solucionaba en la porción de morfina que se inyectaba. La muerte de la voluntad y del espíritu, adelantándose a la muerte de la materia, le inspiraba aquel abandono y laxitud ante su situación, y como un arma asesina, sólo dejaba en él, como única actividad, un sentimiento mortífero también: el desprecio que impremeditado e inconsciente le inspiraba la sola persona que podía ser sensible a ese irrisorio desprecio: a Luisa. El podía morir, pero quería morir legando la triste herencia de un martirio. No se satisfacía con que la destrucción le hiciera su víctima; él se gozaba con ser después de su muerte un agente de dolor, en el remordimiento que había de causar en Luisa que él sufriera por ella y muriera por su culpa y despreciándola. La embriaguez, ensañándose y condensando la eterna y natural debilidad de aquel hombre, lo impulsaba por breves momentos, en los que aparentemente se disipaba, a imaginar tormentos, a inventar martirizadoras venganzas, para el único ser que sólo había sido débil para quererlo. Ni por un momento se figuró que otro sería el causante de su sufrimiento, no quiso pensarlo, por que ese “otro” debía ser insensible a su irrisorio desprecio e invulnerable a sus intentos y este desprecio, que era lo único de que él podía disponer, la única arma que ponía esgrimir, había que darle el empleo que la muerte le inspiraba, había que utilizarlo en donde pudiera herir y sólo en su mujer podía causar ese efecto y allí… allí iba.

CAPÍTULO VI

Luisa cayó al suelo sin conocimiento. La sangre que brotaba de la herida que se causó al caer, formó un charco que mojaba y se adhería a sus cabellos y a sus vestidos. En supinación lateral, se encogía en sí misma, y sus manos y su brazo derecho se adherían también al piso, por la vigorosa acción de la sangre. Así permaneció poco más de una hora, en aquel abandono paulatino de la vida.

El policía encargado de guardar la puerta interior y encargada también de darle alimentos, un buen hombre a quien le inspiraba una profunda lástima la situación de Luisa, abrió la puerta para informarse con ella si necesitaba algo. Grande fue su sorpresa cuando la vio tirada en el suelo. Se dirigió a ella hablándole, llamándola, inspirado por honda conmiseración, con los más dulces calificativos que se le ocurrían y que eran los que en sus relatos de familia les dirigía a sus hijos. Primero la llamó – ¡Doña Luisa! ¡Doña Luisita! Viendo que no contestaba la volvió a llamar – ¡Luisita, hija! ¡Hijita! ¡Hijita! Levántate. ¿Qué le pasa? ¿Qué tiene?

Cuando trató de levantarla y sus manos se impregnaron de sangre, se asustó y creyó encontrarse con una muerta. Estuvo suspenso unos segundos, luego tomó una resolución, se separó de Luisa, junto a la que estaba arrodillado, y se dirigió violentamente a la puerta para salir a pedir auxilio. En ese momento un temor asaltó su cerebro, escalofriándole los nervios.

– ¡Si fueran a creer que él la había matado! -Este temor lo inmovilizó por un instante, pero luego, reaccionando rápida y brutalmente en él, le inspiró un deseo furioso de huir de allí; de alejarse antes que se supiera la muerte de Luisa y lo tuvieran a él como el matador. El sabía

muy bien, y en ese momento se le presentaron a la memoria con una elocuencia aterradora, los numerosos casos que conocía de hombres encarcelados sin motivo real, inocentes que sufrían años y años sin esperanza de libertas. Se veía entrar a la cárcel y permanecer allí sabe Dios hasta cuándo. – ¿Sus hijos? ¿Su mujer?

Iba ya a poner en práctica la fuga cuando una nueva invasión de lástima lo hizo volver donde estaba Luisa. La palpó. La llamó de nuevo. Luisa abrió los ojos y quedó débilmente. El policía le preguntó con cariño pero profundamente tierno, ¿qué le había pasado?

– No sé -susurró apenas.

– ¿Quiere levantarse? ¿No le mortifica qué yo la cargue? Lo hago de buen corazón. No tenga cuidado.

La ruda bondad de aquella alma se revestía de delicadeza para no lastimar el pudor de Luisa.

Por contestación ella probó sentarse y no pudo; entonces él la cogió con un brazo por la espalda y el otro se lo pasó por las corvas, levantándola con la ternura dulcísimo con que lo hacía con sus hijos. Suavemente la tendió en el lecho, acomodando su cabeza en la almohada. En el suelo quedó perfilada en sangre la supinación en que estaba el cuerpo de Luisa.

El pobre hombre temblaba agitado por la emoción y la dolorosa ternura que le inspiraba aquella mujercita. Instintivamente se limpiaba la sangre de sus manos en el pantalón y casi estaba próximo a arrodillarse y llorar.

La sangre se había estancado en la herida y formaba en el temporal derecho de Luisa una corteza oscura, compacta de cabellos; manchaba el carrillo y en el cuello formaba una capa hendida por las quebraduras producidas, al endurecerse, por las flexiones de la piel.

En el ánimo del buen hombre había desaparecido el temor ahuyentado por la conmiseración. Se dirigió a la puerta para salir y procurarse auxilios para Luisa, pero al traspasar el dintel y al dirigir sus miradas al pasillo, se quedó aterrado. Casi enfrente de él se encontraban el Cashier, Ojos de Perro, el Juez Castañeta, Robleda, dos testigos de asistencia que acompañaban al Juez y detrás de ellos, el Jefe de la Policía y varios de sus secuaces.

El pobre se vio perdido, renaciendo en él el temor que le había asaltado cuando vio a Luisa sin conocimiento. Tuvo un movimiento impulsivo para repeler el ataque de que se creía segura víctima y llevó violentamente la mano a la pistola que portaba en la cintura, pero en ese momento el Cashier sin notar nada de aquello, le preguntó en voz baja, casi confidencial:

– ¿Qué tal esa mujer?

– Está muy mala, Señor, -le contestó ya enteramente tranquilo, haciéndose cargo de lo vano de sus temores.

– ¿Pues qué le ha pasado? Dígame.

– No sé. Hace un momento entre yo a verla y a preguntarle que se le ofrecía y la encontré tirada en el suelo, toda llena de sangre.

El Cashier palideció al oír aquello.

– ¿Y qué hizo Ud.? -interrogó.

– Luego que la vi así, desmayada, como muerta, le hablé y sólo abrió los ojos; después la levanté y la acosté en la cama. En esto estaba cuando salí a pedir auxilio y llegaron Uds.

– A ver. Déjenme entrar, -dijo Castañeta.

Entró, chupando un cigarro de hoja de maíz y casi a tientas, por la oscuridad, se dirigió al lecho. Palpaba con las manos y al tocar el cuerpo de Luisa, se detenían en sus piernas, apretando con delicia de sátiro las durezas de aquella carne joven.

– Vamos a ver, Hijita. ¿Qué te pasa? ¿Qué te tienes? Hijita, -entonces su mano se posaba temblorosa por lascivia en los pechos de Luisa. El viejo aprovechaba las oportunidades.

Al principio ella estaba como idiota, insensible, pero luego se dio cuenta de lo que pasaba y enderezándose rápidamente, en un esfuerzo supremo de indignación que casi concluía con su vida, rechazó con sus manos a Castañeta; luego, al componerse la falda que no le cubría los pies, le grito:

– ¡Retírese de aquí! ¿Qué quiere? ¿Qué quiere? ¿Retírese! Ud. no tiene derecho para venir a tocarme.

En ese momento entraron todos al cuartucho y Ojos de Perro alzó la cortina de la ventana que daba al exterior destacando brutalmente la luz, el cuadro que se desarrollaba en la sombra. El viejo Castañeta todavía con las manos extendidas hacia Luisa con el aspecto de borracho lúbrico que ya le conocemos; la sucia gorrilla cubriéndole su cabeza de macaco lascivo, las gafas sobre la nariz boluda, husmeando cínicamente la hembra; los bigotes puercos cayendo sobre el cigarro; todo él roñoso, repugnante. Luisa sentad en el catre, erecta con fiereza, rechazando con sus manos aquella bestia viejo libidinosa, con los ojos chispeantes de cólera y toda cubierta de sangre, la que le sombreaba la cara dándole el aspecto de una asesinada. Todos quedaron suspensos y aterrados, inmóviles, ante aquel crimen en él que cada uno era actor y que les abofeteaba el rostro al presentárseles tan repentina e inesperadamente. Por sus cerebros cruzó violenta la conciencia de su infamia y a pesar de todo, quedaron, por un momento, como anonadados ante aquel cuadro que era el crimen de todos juntos. Fue cuestión de un instante, luego se repusieron y la reacción de su real y natural aspecto volvió a ellos, pero todavía pudo tomarse en cuenta el conjunto de aquellos miserables entre los que se destacaba como una nota extraña que disonaba en aquel concierto de bribones, la fisonomía del policía que cuidaba a Luisa.

– ¿Y ahora qué hacemos? -preguntó Ojos de Perro, ya con su natural y canallesca altivez.

– Creo será bueno llamar al Doctor -insinuó el Cashier.

– ¡Anda! ¡Anda! Di. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te sucede? -interrogó el Juez a Luisa, fingiendo que no había pasado nada.

– No sé -contestó ella secamente-. ¿Tienen Uds. la bondad de dejarme sola? ¿No están Uds. hartos? -prosiguió en inglés- ¿con los martirios que me han hecho sufrir? ¿Todavía les queda ánimo para venir a hacerme sufrir vergüenzas, aquí donde me estoy muriendo?...

No pudo más, su cuerpo cayó en el lecho, hundiendo su cabeza en la almohada y cerró los ojos. Aquellos hombres quedaron perplejos, creyendo que podía morirse y la verdad hay que decir, en favor de sus magnánimos corazones, que ellos no querían tanto, más cuando entonces resultaba inútil lo que habían “trabajado” encarcelando a aquella mujer que a buena hora se les presentaba llena de sangre y desmayándose. Ojos de Perro miró con cólera a Castañeta y le dijo:

– “It’s your fault” -y lo confundió con su desprecio.

Castañeta abrió la boca babosamente fingiendo idiotismo, como tenía costumbre de hacerlo cuando lo pateaba Ojos de Perro o cualquiera otro de los amos.

El Cashier estaba densamente pálido. Salió; habló con el Jefe de la Policía quien fue a llamar al Doctor. Pocos momentos después llegó éste, quien ya enterado de lo que pasaba, traía consigo unos paquetes de curaciones de Lister. Un ayudante venía ocupado con dos grandes irrigadores de vidrio, un frasco lleno de líquido antiséptico y varios paquetes de algodón absorbente.

Trajeron una mesa y colocaron en ellas las materias curativas. Entre tanto, habían salido todos, permaneciendo sólo el Médico y su ayudante, un hombre de aspecto bestial y cuyas miradas de bruto lascivo se fijaban a veces detenidamente en el cuerpo de aquella pobre mujer, cuyas formas modelaba el vestido caído flojamente sobre ella en aquel abandono de su profunda debilidad.

El Médico, un americano corpanchón, rubio, casi rojo, de mentón saliente y de barbilla de un Mefistófeles tonto, tenía aspecto de un hombre embrutecido por la excesiva robustez física. De una manera sospechosa había procurado vigorizar a Luisa a fuerza de inyecciones de morfina, en los continuos accidentes nerviosos que había sufrido en aquellos cuatro días. Había aprovechado todas las oportunidades posibles para suministrarle el narcótico en pociones ingeribles y con marcado disgusto la aplicaba en inyecciones subcutáneas. Más tarde, Castañeta fue el primero en comprender y apreciar las consecuencias de aquella conducta del Doctor, cuando se dio cuenta que la morfina, al ser bebida, produce parálisis de las funciones del estómago y el Doctor lograba de esa manera, no sólo debilitar el cerebro y el sistema nervioso de Luisa, sino que, paralizando el estómago, no debía sentir hambre y al no tomar naturalmente, alimentos, la debilidad debía acentuarse y de ese modo ayudaba a los propósitos de la justicia; matando, con la debilidad, la enérgica rebeldía o la resistencia de aquella mujer, circunstancias que preveían y razonablemente tomaba en cuenta. Todo esto lo pensaba y lo ejecutaba el honrado Doctor, primero: porque era súbdito incondicional del buen Rey y cumplía un sagrado deber en hacer aquello que coadyuvara a sus grandes combinaciones y luego… ¡la justicia! Indudablemente que ayudaba a la justicia orillando a la ladrona a la confesión de su crimen. Por supuesto que todo esto bajo el secreto profesional.

Luego que colocaron en la mesa los paquetes y frascos y viendo que Luisa permanecía sin conocimiento, sacó el Doctor su jeringa de Pravast y después de disolver en un vaso, previamente aséptico, una pastillas de “cafeína”, absorbió el líquido con la jeringa y, descubriendo el brazo izquierdo, apretó fuertemente con sus dedos la región posterior musculosa del antebrazo abajo del músculo dentoide, para provocar la analgesia, y hundiendo en aquel lugar la sutil aguja introdujo rápidamente en la economía vital el alcaloide vigorizador.

Con aquella operación reaccionó la vitalidad en Luisa y pudo enderezarse en el catre. En seguida, asistido por su ayudante, procedió el Doctor al lavado y curación de la herida de la cabeza, hasta que todo quedó concluido, quedando Luisa perfectamente limpia de la sangre coagulada que tenía en el cabello y la cara. Densamente pálida, cadavérica, pegada la piel de la cara en los huesos, exangüe hasta el extremo, sueltos los nervios y pareciendo que sólo aquel organismo agotado y próximo a la muerte. El vendaje que le cubría la herida, envolvía la cabeza y se extendía por la frente, ocultándola hasta el nivel de las órbitas, simulando un casco cuyo color blanco se prolongaba en la palidez de la cara y daba extraño brillo, como una última flameación de la vida, a sus ojos grandes, verdes…

Cuando fue concluida la operación, Luisa quedó sentada en la cama, reclinada la cabeza en la almohada y el ayudante, por orden del Médico, al salir ambos del cuarto, se fue a llamar al Cashier, a Ojos de Perro y a los demás “caballeros”.

No tardaron en llegar estos, quienes habían estado esperando por indicación del mismo Médico, a que Luisa estuviera lista para practicar las diligencias judiciales que, previamente, Castañeta había ordenado como Juez y para lo que había convocado a todos aquellos Señores, por creerlo conveniente, como se dice en jerigonza de tinterillos, para el esclarecimiento del hecho criminal que la justicia trataba de poner en limpio.

En realidad, el accidente que le había pasado a Luisa les había contrariado mucho, porque tuvieron que esperar a que fuera curada, pero Castañeta les hizo entender que aquella circunstancia favorecía sus propósitos. El conocía por su larga práctica de Juez, que un preso que ha permanecido tres días incomunicado y mal asistido, sin comer es mucho mejor, confiesa sin reticencias en contestaciones afirmativas o negativas, todo lo que se quiere que confiese. Era indudablemente providencial lo que le había pasado a Luisa, pues añadiendo a la falta de alimentos y a la terrible postración moral que era consecuente con su apresamiento, la debilidad producida por la pérdida de sangre la ponía en las precisas y necesarias condiciones propicias al intento que ellos y se proponían. Todos convinieron, como hombres prácticos, en que Castañeta sabía lo que traía entre manos.

Tal vez haya alguno que dude lo que se narra en esta novela, pero si desea asegurarse de que esto es verdad, puede creer que no le costará mucho trabajo en convencerse que, lo que aquí se escribe es real y verdadero, pues fácil le será averiguarlo y aún más, que todavía hay crímenes más graves que los que aquí se describen. Esperamos seguir adelante en el camino de decir la verdad, sea quien sea él que se ofenda o se perjudique con esto; es probable que el autor de esta novela sea el más perjudicado por las persecuciones que tal vez tenga que sufrir, pero para él… venga lo que venga y disimúlese la digresión.

Volvieron los “nobles caballeros” al cuarto de Luisa. El Jefe de la Policía trajo algunas sillas y quedaron instalados, llenando casi por completo la pequeña estancia, ahora inundada por la luz que entraba a torrentes por la ventana, como si toda la claridad del día se condensara en los hazes luminosos que penetraban al cuarto y que directamente iban a chocar en el campo ocupado por Luisa, exhibiéndola y presentándola en su completa debilidad, a la inquisición de aquellos hombres.

El Juez había acercado a la cabecera de la cama la mesa que había servido al Médico y ponía sobre ella unos papeles, tintero y plumas; él se sentó en una silla, casi tocando con sus rodillas el bordo de la cama; del otro lado de la mesa se sentó Ojos de Perro, el Cashier y Robleda, dando la espalda a la luz; las demás personas se habían quedado fuera.

Luisa ya vuelta al conocimiento, veía a toda aquella gente con una mirada de bestiezuela arrollada; el terror pasaba a veces en rachas suplicatorias por sus ojos y guardaba silencio, esperando lo que había de suceder.

Castañeta, sin hacer caso de lo que le había pasado con Luisa, momentos antes, le habló, dando a su vez un tono de paternal bonachonería:

– Mira, hijita. Tú me perdonarás, lo que te voy a preguntar, pero es necesario que comprendas que es por tú bien.

Luisa no contestó; de vez en cuando un sutil rayo de coraje estremecía sus nervios en los que chocaba el “tuteo” del viejo.

– Vamos a ver: ¿Sabes por qué estás aquí?

– No.

– “Pos” chula, es muy duro decírtelo, pero no hay más remedio: “Pos” allí tienes… pues que se encontraron en tú casa una porción de cosas que son de la Tienda y como no las has comprado… “pos” hija, tienen que ser robadas. ¿Qué dices?

– ¡Miente Ud.! ¡Viejo miserable! ¿Por qué me dice Ud. que soy ladrona? Desde el primer día que me encerraron aquí Ud. me dijo lo mismo y Ud. sabe bien, y todos Uds. lo saben bien, -dijo dirigiéndose a los demás- Uds. saben bien que yo no he robado. ¿Díganme Uds.? -continuó, cambiando el tono indignado de su voz- ¿a qué vienen estas cosas? ¿Por qué me tienen Uds. aquí? Sé que Enrique está preso también porque dicen que ha robado. Esto no es verdad. No puede serlo. Si él hubiera robado yo lo sabría por que él no podía ocultármelo. Yo estoy segura, enteramente segura que él no ha robado y es una infamia que esté preso. Está bueno. Yo tengo algunas cosas: ropa, juguetes, zapatos, pero esto han sido presentes que, con permiso de Enrique, me hizo el Gerente de la Tienda. Esto lo dije desde el primer día Ud., Señor Juez. Esto lo pueden saber Uds. bien. Pero éste no es un robo. Yo no soy ladrona y Uds. cometen un crimen con mi esposo y conmigo con lo que están haciendo. He sufrido mucho, mucho, desde que estoy aquí. Yo nunca me había imaginado que pudiera estar presa alguna vez y he deseado mil veces la muerte para que concluyeran de una vez mi martirio y mi deshonor. ¡Yo no soy ladrona! ¡No! ¡No! ¡No! soy ladrona. ¡Ni Enrique es ladrón! ¡¡Oh!! ¡Esto es horrible!

Se cubrió la cara en aquel esfuerzo sobrehumano que había hecho para hablar. Su fisonomía, cambiando según los sentimientos que la animaban había concluido por ser la expresión del dolor y de la desesperación; sollozos convulsivos agitaban su cuerpo y con las mangas de su blusa se secaba las lágrimas. Todos callaban y ocultaban sus ideas en la sombra que protegía sus caras. Luisa prosiguió:

– Si Uds. creen que esas cosas son robadas, yo las pagaré; tengo poco dinero, pero su valor no es grande. Pero no las he robado. Llamen al Gerente y el dirá que me las ha regalado. Llámenlo Uds., Señores. Sobre todo, Señor Juez, que Enrique no siga en la cárcel. Yo podré estar aquí más tiempo, mientras se prueba todo; es cuestión de preguntarle al Gerente. Hágalo Ud., Señor Juez. Todavía es temprano y puede hallársele en la Tienda. Yo he sufrido tanto, tanto, por una cosa que no vale la pena y luego ¿qué yo soy ladrona? ¡¡Oh!! ¡No! ¡No! ¡Esto no! ¡Esto me mata! ¡¡Que vergüenza!! ¡¡Esto es horrible!!

La dejaban que hablara y la frialdad y el silencio de aquellos hombres producía en Lusa una manera vaga un terror que paulatinamente iba invadiéndola.

Fijó sus ojos en ellos queriendo ver sus fisonomías y se lo impidió la sombra y entonces sintió fuertemente, fijas en ella, aquellas miradas que la fascinaban con el firme y cruel propósito que en ellos presentía. Notó su propia vulnerabilidad y no pudo hallar nada al alcance de sus facultades, con que defenderse. Sintiéndose acorralada en aquel reducido espacio y expuesta a ellos, presentando el blanco que la luz hacía cruelmente resaltar, al ataque de aquellos hombres, comprendió y se dio exacta cuenta de toda su debilidad y presintió instintivamente el abismo a cuyos bordes oscilaba.

Repentinamente interrumpió aquel silencio la voz de Castañeta, pero ahora hablaba con dureza, breve e imperiosamente, golpeando brutalmente con sus palabras, sin la más ligera lástima y si fisonomía se tornaba bestialmente cruel:

– Bueno. ¿Y las demás cosas que se encontraron en la casa?

Luisa abrió asombrada los ojos.

– ¿Cuáles cosas? ¿De qué habla Ud.?

– Mire Ud. -dijo Castañeta, casi gritando- si sigue Ud. así, no nos entenderemos. Ud sabe bien de que cosas hablo.

– Pero yo no sé a que cosas se refiere Ud. -dijo Luisa espantada ante aquello que ella ignoraba.

– ¿De manera que Ud. no sabe de que cosas hablo? -preguntó con brutal ironía Castañeta, y procuraba dar a sus expresiones el más cruel intento. Su intento era aterrar y se irritaba colérico ante las pertinaces resistencias de Luisa.

– ¡No sé! ¡No sé! ¿Dígame Ud. que es eso?

Castañeta en vez de contestar directamente y siguiendo su táctica, su táctica de viejo Juez, le dijo:

– Decididamente Ud. quiere echar toda la carga sobre su marido, pero si así lo quiere Ud., pues adelante. No hay remedio.

Aquello era terrible para Luisa y Castañeta lo sabía. Era su orgullo. Cuando él hacía caer a un criminal en el lazo que le tendía, se contemplaba a sí mismo en la sincera admiración que le causaba su privilegiada inteligencia, con la que siempre había obtenido tan maravillosos resultados en cuestiones judiciales.

– ¡Señor! ¿Dígame Ud., por favor. Se lo suplico a Ud., que va a pasar con Enrique? ¿Qué ha hecho Enrique? ¡Esto es espantoso! ¿Qué es lo que ha hecho Enrique. Dígamelo Ud. Señor? ¡No! ¡No! ¡Yo no quiero que a Enrique le pase nada!

– Bueno. Bueno -dijo Castañeta, ya no tan ásperamente- parece que ya se pone Ud. algo razonable.

– Señor, yo no sé nada de lo que Ud. dice. Se lo juro a Ud., por la santa memoria de mi padre; pero si Enrique ha hecho algo, estoy segura que es inocente. Si alguien habla mal de Enrique es un infame. Dígame. Dígame Ud., Señor.

Suplicaba llorosa y adelantándose hacia el Juez en un impulso de ruego, humillándose y aceptándolo todo; loca por el terror que le inspiraba la idea de que a su marido le fuera a pasar algo. Lo veía en poder de aquellos hombres, tan irresoluto, tan débil y se proponía aceptar todo, todo lo que viniera, por salvarlo. Un miedo espantoso se apoderó de ella y le daba fuerzas para ponerse en pie, para correr a salvar a aquella pobre criatura a quien veía desarmado sin ella, víctima inofensiva, entre las garras de aquellas fieras.

Todavía Castañeta se saboreó sibaríticamente en aquel martirio y dijo:

– Bueno. Pues es necesario que Ud. se resuelva a hacer algo por que si no, las cosas irán mal, muy mal.

La trampa había cogido a la víctima. No cabe duda, el Juez sabía llevar las cosas a donde el quería.

– ¡¡Dígame!! ¡¡Dígame!! -gritó Luisa, repitiendo aquella palabra que era la más completa expresión que corrían libremente por sus mejillas y tendiendo sus brazos, queriendo

nerviosamente coger a Castañeta, como si tuviera miedo de que se escapara de allí y la dejara abandonada en su desesperación.

– La cuestión es ésta, y es por demás que grite y que arme tanto mitote, y ésta es la verdad, créalo Ud. o no lo crea: su marido ha robado a la Tienda de la Compañía; el robo está probado y su condena tendrá que ser de cinco a seis años. Esto es muy triste para mí decirlo y hacerlo, pero la cosa no tiene remedio.

Luisa lanzó un alarido sobrehumano provocado por aquellos furiosos golpazos que le machacaban el cerebro y que repercutían brutalmente en su corazón.

– Sólo hay una manera de que esto se componga -siguió diciendo Castañeta- el Señor Cashier y el Señor Manager, así como el Señor Licenciado Robleda, se han interesado mucho por Uds. y me han propuesto lo siguiente: que Ud. se confiese culpable de lo que ha robado su marido. De esta manera don Enrique saldrá libre y Ud. saldrá también, por que se nos ha recomendado que no toquemos a las mujeres en este asunto. ¿Acepta Ud.? Si acepta todo quedará arreglado en este momento; si no, la cosa no tiene remedio. ¿Qué dice?

– Eso es, Luisita. Precisamente si hace Ud. eso se arreglará todo -dijo el Cashier ansiosamente interviniendo de exabrupto y casi levantándose de su asiento.

En aquel momento, Luisa presintió tenuemente el sutilísimo esfuerzo, la incipiente palpitación, embrionaria, vagorosa de un nuevo aliento que apenas la sostuvo al borde del abismo, pero que le ayudó a vacilar inconscientemente antes de precipitarse en él; dirigió sus miradas hacia el Cashier separándolas de Castañeta y rompiendo la fascinación que hasta este momento había él sostenido sobre ella.

– Señor -dijo al Cashier- yo estoy dispuesta a hacer todo lo que sea necesario para salvar a Enrique. No me importa lo que a mí me suceda, pero él no puede seguir preso. ¡Oh! ¡No! ¡No! Esto no puede ser -sollozaba convulsivamente-. ¿Pero cómo es posible que él lo haya hecho? -añadió hablando consigo misma.

Luisa quedó en silencio, pensativa, independiente casi de la presencia de aquellos hombres. La lucha tan tremenda que soportaba, en vez de extenuarla le había dado energía y ahora se reformaba en ella, inspirándole el ansia de saber en que consistía el robo cometido por Enrique y esa ansia era imperiosa y se apoderaba de ella y la envolvía y la penetraba y repletaba su cerebro de interrogaciones.

Aquellos hombres empezaron a sentirse cansados de aquella situación y deseaban que concluyera cuanto antes. Repentinamente se levantó Ojos de Perro y dirigiéndose a Castañeta le dijo en inglés, imperiosamente:

– Creo que esto está concluido y si algo queda que hacer, favor de trabajar pronto.

– Allá vamos -dijo Castañeta levantándose y llamando a un escribiente. Este buscó uno de los papeles del mamotreto que conducía y extendió un pliego sobre la mesa.

Buscaron una carpeta para que Luisa la apoyara en sus piernas y pudiera firmar. El escribiente, un jayán medio borracho, andaba torpemente y queriendo hacer las cosas con prontitud empujó la mesa que cayó al suelo, tirando papeles y tintero.

– ¡Animal! ¿Por qué no pones cuidado? -le dijo colérico Castañeta.

– ¡A ver! ¡Levanta eso. Pronto!

Mientras el amanuense recogía tentaleando los papeles del suelo, Ojos de Perro y el Cashier se asombraban a la ventana. Robleda que había permanecido callado todo el tiempo se mascaba los puercos bigotes. El Juez miraba a veces al escribiente que recogía los papeles o al grupo de Ojos de Perro y el Cashier.

Luisa se concentró en la lucha interior que, ya casi llegaba a todo su desarrollo en aquel instante y que conforme pasaban los segundos, se acentuaba más y más, sin que aquellos hombres se dieran cuenta de ello, debido al incidente de la caída de la mesa. Su debilidad física acrecentada por las terribles emociones que acababa de sufrir, casi la dominó por completo y automáticamente se doblegó en el lecho; su cabeza quedó boca abajo, estiró las piernas y experimentó, con el descanso físico que aquello le produjo, una concentración más intensa de sus fuerzas mentales y aquel aliento que había empezando a palpitar en ella, en embrionación tenue y vagorosa, tomaba ahora una contornación precisa y enérgica y se desarrollaba en forma de elemento ético, perfectamente distinto y que le hizo entrever, adivinar oscuramente, el propósito de aquellos hombres. Ella no definía nada, pero el espíritu de aquella fuerza ahuyentaba el terror que le había subyugado tan absolutamente, momentos antes. El miedo que le inspiraba la suerte de su marido se disipaba y la idea de que la tomaban como un pretexto, de que lo mismo que hacían con ella debían hacer con Enrique, se infiltró en su cerebro, lo invadió y lo hacía vibrar como si las flamas de un incendio crepitaran dentro y le infundieran una resolución heroica de morir luchando, frente al peligro, sin retroceder; aceptando ser muerta en esa lucha, pero sin otorgar concesiones, sin miedos y sintiendo el ridículo de la huida y temiendo más este ridículo, que significaba cobardía, debilidad, que la muerte misma. Su cerebro revolucionaba en la fiebre de aquella lucha interior. Dentro de las concavidades de su cráneo se intensaba toda su sangre y toda su vida y su cuerpo flotaba en el vacío en que oscilan las materias que abandonan la vida pero que no pertenecen todavía a la muerte física. Su corazón palpitaba con un ruido que sonaba como el traqueteo de una carreta vieja y enviaba sus últimos efluvios de sentimiento a la cabeza, en la que flameaban la idea y el valor en una última armonía victoriosa de aquella vida, que casi se extinguía en las sollozantes convulsiones en que todavía se agitaba…

Esto se sucedía en un instante.

– Ya está listo todo -dijo el jayán semi-borracho.

Había conseguido un pedazo de tabla y con el papel encima, en una mano, con la otra presentaba a Luisa una pluma para que firmara.

– A ver. Muchacha, firma aquí -le dijo Castañeta.

Luisa levantó la cabeza y volteando la cara vio a Castañeta y en voz queda, débil, susurrante, que no dejaba adivinar más que un profundo desaliento, preguntó:

– ¿Qué quiere Ud. que firme?

– ¿Cómo que? Lo que le he dicho.

– Tenga Ud. la bondad de leer eso… que voy a firmar.

– ¿Qué?... gritó Castañeta.

Al oír el grito de Castañeta se acercaron los demás.

– Sí. Tenga la bondad de leer eso -apenas se oía su voz.

Castañeta comprendió ya lo que pasaba y en gritos furiosos, destemplados, borbotando inmunda grosería por su boca de viejo borracho acostumbrado a asustar presos y mujeres de burdel, sus palabras surgían como la reventazón de una cloaca:

– No me venga Ud. con P… A Ud. le importa una… lo que diga o no diga este papel. ¿Firma o no firma?

– No firmo -apenas se oía el sonido de la voz.

– Diga otra vez. ¡Hija de…! -rugió aquella bestia.

Luisa no contestó, parecía casi muerta y cerraba los ojos bajo el absoluto dominio de su resolución.

– ¿Quiubo? ¡Vieja…! -aulló Castañeta en el paroxismo del furor.

Robleda se había acercado e inclinándose sobre la cama cogió un brazo de Luisa, jalándolo brutalmente, frenético por la actitud de la mujercita; sus bigotes puercos se erizaban y sus ojos abiertos se enrojecían por la cólera de marrano que lo poseía.

– No firmo -dijo en un último aliento Luisa. Su voz se extinguía y no hacía esfuerzo para defenderse de lo que hacía Robleda con ella y casi ya próxima a caer de la cama por los jalones. Parecía un pingajo humano que se abandonaba al maltrato de aquellas bestias y solo un átomo de vida vibraba indomable en su resolución, que ya parecía cercana a la muerte, pero que la sostenía en una vida extraña, que prolongaba la circulación de su sangre en una solapada vitalidad, como si quisiera engañar a la muerte misma, para alejarla confiada de allí y renacer más tarde, vigorosa y firme.

– Será bueno dejar esto por ahora -dijo el Cashier y al mismo tiempo cogía la mano de Robleda y se la retiraba del brazo de Luisa, quien permaneció en el lugar que la dejaron los jalones de Robleda, allí quedó ya abandonada de sus fuerzas, con la cabeza caída fuera del borde de la cama, flojo el vendaje que la cubría y abierta de nuevo la herida, empezaba a chorrear sangre, enrojeciendo la blancura de la curación.

Al oír Castañeta lo que decía el Cashier lo miró con rabia y refiriéndose a Luisa le dijo:

– Métasela en el…

El marrano encolerizado no hallaba como hacer efectivo su coraje.

– De esto, Ud. no más tiene la culpa -le dijo Ojos de Perro- porque Ud. es el que tiene obligación de llevar las cosas como se debe y así lo promete siempre, pero también siempre a la hora de hacerlo, todo sale como cosas de borracho. Bastante me pesa el dinero que estos “Greasers” le cuestan a la Compañía y son buenos para nada.

Salió del cuarto y detrás de él el Cashier.

Luisa no se cuidaba de nadie y empezaba a sentir una especie de borrachera, debido a la anemia que le había causado la herida. Su fuerza moral y nerviosa se anegaba en el agotamiento provocado por tan prolongada y tremenda lucha y a pesar de todo, sentía que un dulce bienestar gratamente la invadía y una placidez la penetraba suave y confusamente, saturada de vagos ensueños… descansaba por fin.

Castañeta y Robleda se miraron como imbéciles y maquinalmente salieron, precedidos por el jayán semi-borracho.

El policía que cuidaba a Luisa entró silenciosamente en la estancia; vio a Luisa y salió rápidamente, volviendo a poco con un vaso de té con leche. Sin hablarle la acomodó en la cama, luego le lanzó la cabeza y acercó el vaso a sus labios. Luisa bebió, bebió con ansia infinita hasta la última gota y luego dejó caer en el pecho del policía su cabeza; éste la acomodó dulcemente en la almohada como a un niño.

– ¡Pobre! ¡Pobrecita criatura! -dijo aquel hombre tropezando con sus propios pies salió de allí luchando por contener sus lágrimas.

Luisa se entregó al sueño, al santo y buen sueño que, como la santa y buena muerte, ha de dar el descanso y fuerzas para continuar la eterna y ruda y buena y santa lucha…

CAPÍTULO VII

Al día siguiente, Castañeta en compañía de los caballeros: Ojos de Perro, el Cashier y Robleda, se dirigieron, en la mañana, a tomar sus respectivas declaraciones judiciales a las Marignano.

Castañeta y Robleda habían saludado a Ojos de Perro y simultáneamente habían alargado la mano para el respectivo “shake-hands”, pero Ojos de Perro ni siquiera los miró. Hablaba en inglés como el Cashier, para no ser entendido por los Leguleyos. Le decía que, con el correo que había recibido el día anterior, el Rey le dirigía entre sus instrucciones, una relativa a la cuestión del robo. El rey escribía desde New York, pero decía salir el día siguiente para París, donde esperaba concluir una magnifica “combinación” que le dejaría algunos millones de “francos”; con estos podría cubrir lo que había tomado a la Compañía de New York, pero aunque esto podía darse por hecho, siempre era necesario dejar a cubierto todo y recomendaba se procediera a la mayor brevedad en el asunto del robo de la Tienda y de los valores de la caja fuerte.

El fracaso sufrido con Luisa el día anterior, había enconado el desprecio de Ojos de Perro hacia Robleda y Castañeta. Él y el Cashier siempre habían estado animados de odioso desprecio hacia aquellos Tinterillos “Pimps”, como los llamaban en inglés, pero esos malos sentimientos eran injustificados, pues aunque es verdad que ambos costaban mucho dinero a la Compañía, también habían sido los mejores agentes del Rey para enriquecerlo. Inmensas extensiones de magníficos terrenos ganaderos y de agricultura y más de doce mil becerros herrándose cada año, eran el mejor testimonio de los buenos oficios de aquel buen par de chicos, para acrecentar la opulencia del Soberano. Por más de tres años la cárcel del lugar sirvió de continuo alojamiento a los primitivos dueños de aquellos terrenos para obligarlos a largarse lejos de allí y dejar al Rey en quieta y pacífica posesión de lo que nunca le quisieron vender y que al fin tuvieron que abandonar por que, como decía Castañeta, “tan chistoso como siempre”: no les gustaba vivir “dióquiz” en el Hotel Real (así llamaba a la cárcel); pero en la actualidad ya no había necesidad de poner más rancheros en el Hotel y el Rey extendía sus dominios sobre más de cien mil hectáreas del terreno más rico de aquellas regiones. Había habido necesidad de enriquecer también al Señor Gobernador del Estado amén de algunos allegados a él, pero los señoríos estaban limpios de “Greasers” y esto se debía a los dos Jurisconsultos. Eran

inexplicables los malos y pecaminosos sentimientos de Ojos de Perro y del buen Cashier, pero es difícil descender a estos arcanos del dulce corazón de los súbditos de Su Majestad.

Como hemos dicho, las muchachas Marignano estaban presas en el mismo edificio en que estaba Luisa. Las había encerrado en tres piezas distintas de la planta alta y allá se dirigieron los buenos hombres a quienes desunía la maldad natural en los humanos pera a quienes unía la fidelidad sincera y virtuosa de su amor al Rey.

Entraron al cuarto de una de ellas, la menor, a la que encontraron llorosa, sentada en una mecedorita de mimbre, rota por el uso y liada con cordones para que no se desbaratara. Tan luego como los vio la muchacha, se puso en pie asustada. Castañeta le hizo seña de que sentara, sentándose él a su vez en la cama, lo mismo que Robleda. Los otros dos quedaron de pié asomándose a la ventana y sin cuidarse de lo que iba a pasar.

– ¿Qué tal? Hija. ¿Cómo te ha ido? -preguntó Castañeta, con el tono de un padre que quiere perdonar las travesuras cometidas por su hijo.

– Bien, Señor -dijo la muchacha sin saber lo que decía.

– Mira -prosiguió el viejo- es muy duro para mí lo que te voy a decir, pero es por tu bien, aun que sea algo pesado para ti. ¿Estás dispuesta a hacer lo que yo te diga?

– ¡¡Señor!! -dijo la muchacha llorando-. Haré todo lo que uds. quiera con tal de que yo salga de aquí. Por favor, Señor. ¡Déjeme salir de aquí! -se paró y se retorcía las manos, corriéndole las lágrimas por las mejillas y temblándole la boca al hablar, toda ella estaba trémula. Sus ojos se hundían en las órbitas, denunciando el insomnio y el sufrimiento de aquellos cuatro días de martirio.

– ¡Bueno! “pos” te lo diré de una vez “pa” no perder el tiempo y puedas irte luego. Mira. Firme este papel y te despacho luego “pa” donde quieras irte. ¿Quieres?

– Si señor. ¿Qué he de hacer?

La cosa no tuvo remedio. El jayán semiborracho puso el papel en una mesa, la muchacha acercó la silla y sin averiguar nada y sin saber de los que se trataba, en aquel pliego, firmó con mano temblorosa y atorándose la pluma, el papel que le presentaron. Luego firmaron los testigos de asistencia, al pié de la fórmula consabida de “Y leído que le fue a la declarante se afirmó y ratificó en lo que ha expuesto, por ser la verdad y firmo, & &”. Uno de los testigos era el jayán, el otro había quedado fuera de la pieza y entró cuando lo llamaron y firmó también sin preocuparse de lo que firmaba.

– Así se arreglan las cosas -dijo Castañeta con naturalidad- ahora. Hijita. Si quieres seguir aquí, sigues, o si quieres irte a otra parte, hazlo, “pos” desde “horita” estés libre como “Jalisco”.

Estaba contento y miraba con cierta provocación a Ojos de Perro que no hacía caso para nada de aquello.

La muchacha no sabía que hacer, asustada, embrutecida por los días de encierro y de ayuno que había sufrido.

El juez tuvo una inspiración. Le habló y le dijo:

– Mira. Está bueno que vayas tú misma y les digas a tus hermanitas lo que te ha pasado; diles que ya estás libre y que vengan ellas también a firmar, con eso se van todas juntas. Anda. Anda, pues.

– ¡Oh! Sí Señor, con mucho gusto. ¿Pero yo ya no estoy presa? ¿Ya no estaré aquí más?

– No. Hija. No. No tengas miedo. Anda a hacer lo que te digo y tráete a las muchachas. Anda. Anda. Pues.

Castañeta sentía sus entrañas enternecidas, teniendo que repetir el cariñoso “hijita” que daba a la muchacha. Esta estaba aturdida y no supo al principio si llorar o salir. Por fin salió torpemente y se dirigió a los cuartos que le indicó al Jefe de la Policía que estaba en la puerta y que se informó primero desconfiadamente si aquella “mujer” salía libre.

– Vengan. Vengan. Ya vamos a salir -les dijo a sus hermanas.

Ellas se asustaron al principio al salir y ver al jefe de la policía que les habría la puerta y les ordenaba enérgicamente que salieran. Luego siguieron hasta entrar al cuarto donde estaban los Señores.

– ¿Les dijiste? -le pregunto el juez.

– No, Señor -contestó temblorosa y tartamudeando.

– “Pos”. ¿No te dije que lo hicieras?

Ella se asustó más y creyó la iba castigar.

– Señor, perdóneme. Por favor, Señor. Soy muy estúpida y se me olvidó. Señor, perdóneme.

– Ya, Ya. Cállate la boca, pues.

El viejo les hizo la misma explicación y ellas formaron sin noción de lo que hacían. Luego se quedaron paradas esperando.

Ojos de Perro se dirigió a ellas en inglés:

– Uds. están libres, pero será mejor que se vayan Uds. de aquí mañana mismo. Pueden pasar al Banco y al Cashier les dará cien dólares a cada una.

Salió con el Cashier sin importarle más el asunto.

Los demás salieron después y luego las muchachas. Sin darse cuenta de lo que había pasado. Sin darse cuenta de lo que había pasado, salieron, primero del cuarto y después del edificio. En la calle saludaron a algunos americanos dependientes y empleados de la Compañía y no recibieron contestación; ya en sus casas comprendieron algo de lo que pasaba sobre ellas, pero su deshonor y su humillación se difuminó en las tenebrosidades del dolor humano, como una lágrima se disuelve en la amargura insondable del mar.

A pesar de todo Castañeta se sentía orgulloso con el triunfo obtenido. Ahora se permitía el lujo de pasársela sin saludar a Ojos de Perro. Se sentía animado para seguir adelante y concluía por prometerse doblegar a la mujercilla aquella que, contra lo que él tenía previsto, se le había rebelado el día anterior. Y así tenía que suceder. Él estaba acostumbrado a “achicar” hombres y, pasado al primer arranque de rabia que le causó la actitud de Luisa, ya sabía él, que haría

con aquella “potranca” bronca; él haría con ella lo que él quisiera y hasta… si él se propusiera. No faltaba más que él, disponiendo como disponía de los elementos de poder que la venerada justicia ponía en sus manos, fuera a dejar a aquella “tipa” haciendo lo que ella quisiera; eso seria una burla para él y para la justicia, y esto no podía quedar así.

Indudablemente que el gigantesco Gobernador del Estado fronterizo que lo había hecho abogado, había hecho una grande obra, premiando el mérito de Castañeta, sus alcances científicos juristas y su noble inteligencia, con el título profesional a que tan honorablemente era acreedor. No hay que olvidar esto y agradecer a ese Señor Gobernador su obra y recomendarle que siga dotando a la Patria de cuantos abogados le sea posible; pues todavía regentea otro Estado y puede continuar este buen camino, el agradecimiento al tan repetido gobernador debe extenderse por toda nuestra república por el natural orgullo que debe inspirarnos de que tanto él como los Castañetas, Robledas y otros más de la misma calaña, sean nuestros queridos compatriotas, es decir: “Cives Mexicanensis”.

Después que Castañeta concluyó la faena de las muchachas Marignano, él y Robleda no se cuidaron de seguir al Cashier y a Ojos de Perro. Los dos Papinianos se dirigieron en unión de los escribientes y los “polices” a una cantina, donde en amable compañía de mujerzuelas pasaron el rato y comieron. De allí se dirigieron a la cárcel, para tomar su declaración a Enrique, pues Castañeta quería practicar esta diligencia antes que el reo pudiera aprovechar la oportunidad de pedir amparo, por haber pasado el término constitucional. Quería sobre todo, quitarse el engorro de encima, todo lo demás tenía poco valor para él; pues dado el caso remotísimo de que se recurriera al amparo, esto no podría prosperar. Un sobrino de él y que además estaba subvencionado por la Compañía, era el juez de Distrito y bien sabían ambos mandar al Diablo a los imbéciles que se metían a pedir amparo por violación de garantías constitucionales. El tal sobrino era un magnifico sobrino de su tío y también había logrado que lo hiciera abogado el Gobernador de un Estado de el extremo sur del País; lo que prueba que tan buen tuno tienen nuestros respetables gobernadores del norte como los del rumbo opuesto.

Castañeta y Robleda llegaron a la cárcel y un grito marcial del centinela anunció a los cuatro vientos su llegada:

– ¡¡¡Guardia a-a-a-a!!! ¡El señor Juez de Primera Instancia!

Acudió el Alcalde y después de rendir el parte sin novedad, lo acompañó al departamento de la Alcaidía. Allí ordenó se presentara Enrique.

Los presos se agolpaban a las ventanillas enrejadas que daban al patio de la cárcel. Castañeta se sentó frente a una mesa y Robleda a un lado; los testigos de asistencia quedaron esperando en el cuerpo de guardia.

El Alcalde mandó formar, con órdenes militares, a los diez o doce penitenciarios que ridículamente uniformados de soldados de infantería, integraban la guardia carcelaria. Después de esta “imponente” ceremonia, abrió la puerta de doble reja de hierro por la qué, abriendo la primera reja, se penetraba el hueco de la puerta; se cerraba en seguida con cerrojo esta primera reja y hasta entonces se abría la otra que luego se cerraba también, después de haber dado paso al patio de la cárcel.

Esta operación se repetía lo menos cuarenta veces durante el día, pues tan grande así era el número de entradas de presos diariamente, pero los encarcelados siempre veían la apertura de aquella puerta, con esa curiosidad con que se consideran los más triviales incidentes de la vida, cuando en la vida solo se puede fijar la atención en incidentes triviales.

En el patio había como doscientos presos, en lo general jóvenes. Unos estaban acostados en el suelo, otros se paseaban en parejas, platicando y dándose noticias mutuas de lo que les interesaba; casi siempre trataban de riñas o raterías; por lo regular, los recién llegados siempre eran oídos con interés en las noticias que traían de fuera. Otros llevaban su ropa en un bitoque de agua que sobresalía del muro. Dos hombres cocinaban en estufas, comida que vendían que vendían a los presos y que ellos adquirían mediante el pago que hacían, los que no tenían más, con los veinticinco centavos que diariamente recibían del Municipio y que ellos llamaban “Chivo” (a los veinticinco centavos).

En el interior de las dos galeras opuestas al lado de la alcaldía, algunos presos jugaban a la baraja o a los dados, esto lo podían hacer libremente, lo mismo que pelear y tasajearse la carne con las navajas o con huesos afilados como cuchillos o que concluían en puntas como agujas, que con todo descaro exhibían a cada momento, riéndose alegremente de la inútil vigilancia de los carceleros.

Los calabozos que estaban a los laterales del patio, tenían encima de la puerta exterior de madera, una portezuela y por allí, sacaban la cabeza los incomunicados y libremente platicaban con los demás; a veces se “agarraban a trompadas”, pugnando por cogerse las cabezas y golpeárselas; esto, cuando sucedía, hacía la delicia de los demás. Muchas veces los incomunicados eran provocados por los que andaban en el patio y se emprendían batallas, las más de las veces eran de palabras, en que la obscenidad llegaba hasta provocar el agotamiento de la facultad cerebral que se ponía en función, para descargar la inmundicia de aquellas inteligencias degradadas. Entonces la fiesta era espléndida y los gritos y los dichos se sucedían y eran coreados por las mujeres que se encontraban presas en la parte alta del edificio y que constantemente estaban en libre plática con los presos. Muchas veces Castañeta vino a divertirse con aquellas peloteras y hasta solía invitar a algunas muchachas que encontraban gran divertimiento en esto.

El patio de la cárcel era un espacio como de seis metros por lado, pavimentado con ladrillo e insectos parasitarios.

En un calabozo estaba un individuo tenido como criminal peligroso, el que era querido y respetado por todo el mundo. Tenía ya tres meses de no salir de aquel calabozo pero, como siempre se mantenía abierta la hoja de madera, se arrimaban a ella los penados y en cuclillas, conversaban y se bromeaban con él largas horas. Era uno de los vendedores de “marihuana” y a veces desde su encierro, ejercía las tiranías del monopolio, encareciendo el precio del artículo que hacía ascender hasta a dos centavos por chupada. Hacía combinaciones y celebraba acuerdos con los que vendían desde afuera la yerba para que solo penetrara a la cárcel una pequeña cantidad, que era la que él solo podía disponer, y de esta manera dominaba el mercado, imponiendo a la mercancía el precio que él quería. Por lo regular la yerba se la proporcionaba un soldado de la guardia quien la recibía de manos de la “amacia” del preso.

Entre los soldados de la guardia y los presos había un compadrazgo constante, pues casi siempre los primeros eran sentenciados a extinguir condenas y que los dedican a ese servicio.

A los lados de la puerta, que comunicaba la guardia con el patio de la cárcel, había unas ventanillas y una de ellas estaba habilitada para que los presos hablaran con las personas que los visitaban o para recibir las cosas y comidas que les mandaban de fuera.

El alma que flotaba sobre aquellas gentes se condesaba en la indolencia fatal que caracteriza a veces la maldita idiosincrasia de la raza. Indolencia que trasciende en las preocupaciones que en las clases superiores se traducen en el derecho insulso de nacimiento y, en las intelectuales, en esa miserable inclinación a la mentira, a la adulación y a la bribonada, que corroe nuestro

cuerpo social como una maldición y que nos hace tan cobardes para la lucha y tan infelices para enfrentarnos y desafiar el destino…

El alcalde cruzo el patio y, dirigiéndose al calabozo donde hacía cinco días estaba encerrado Enrique, abrió primero la puerta de madera. A pesar del ambiente corrompido del patio y que alcaide soportaba perfectamente por haberse acostumbrado a él, tuvo que hacerse a un lado al abrir la hoja de madera, debido a la bocanada de pestilencia que salió del calabozo. Después abrió la reja de hierro y vio a Enrique tirado en el suelo sobre los cobertores que le servían de lecho.

El bote de hoja -de- lata que servía de letrina, casi derramaba su inmundo contenido. Enrique, sucio, pestilente, con el cabello en desorden, embrutecido por la morfina y el tabaco, casi estaba insensible; se había quitado los zapatos y los calcetines conservaban huellas de la porquería de la letrina que había repelido ya algo de su asqueroso contenido.

El alcaide le habló:

– ¿Cómo le va, D. Enrique? ¿Tiene la bondad de levantarse? Lo necesita el Señor Juez.

Enrique alzó la cabeza y en su cara, casi muerta la inteligencia y agónica la materia, en aquellos cinco días de sufrimiento y de embriaguez y en que el veneno del tabaco y la morfina lo iban matando lentamente, se dibujó un gesto que parodiaba dolorosamente la sonrisa perenne de extremada amabilidad que le hemos conocido.

– ¿Qué? ¿Qué dice? -interrogó sin poderse levantar más que a medias.

– Que el Señor Juez lo necesita.

– ¿A mí? ¿Para que será? ¿Uds. sabe? Bueno. ¿Dónde está? Yo tengo también que hablar con él. Es cualquier cosa, cuestión de cinco minutos. Háblele pues.

No se daba cuenta de lo que se trataba ni de lo que decía. Probaba levantarse y volvía a caer. Acostado se restregaba los ojos y se metía los dedos por entre el pelo desordenado y con toda su fuerza se rascaba la cabeza. Dos veces extendió la mano trémula sobre el piso, como buscando algo, y se ensució en la porquería de la letrina; no se dio cuenta de esto. Su cerebro estaba saturado de las brumas venenosas de las sustancias absorbidas.

– No, hombre, Uds. es el que ha de venir -le dijo el Alcaide-. A ver; levántese.

Algunos presos se acercaron a la puerta a curiosear.

Enrique probó levantarse y no lo logró.

– No puedo. No sé qué me pasa.

– A ver. Entren dos de Uds. a ayudarle -dijo el Alcaide a los presos. Entraron dos que rudamente lo pusieron en pie.

– Tráigaselo -les dijo.

Enrique se les iba de un lado para el otro, vacilando, suelto de nervios, sin fuerza, como un costal vacío. Los presos lo sostenían como a un cuerpo muerto.

– Véngase “pa cá” con él -les ordenó el Alcaide.

Todos los presos se fijaban en él con lástima y uno de ellos entró al calabozo y sacó los zapatos que le puso, haciendo esfuerzo por que lo dificultaban los calcetines sucios. Luego, sostenido por lo dos presos, fue llevado, arrastrado y sostenido como una piltrafa de carne humana.

Al entrar el grupo a la pieza donde estaban los Leguleyos, Robleda fingió limpiarse una mancha de chile colorado que tenía en el pantalón y Castañeta guardaba silencio sentado delante de la mesa, y apoyado de codos en ella, agachaba la cabeza simulando profunda meditación:

Los presos condujeron a Enrique enfrente a Castañeta, al otro lado de la mesa que ocupaba. Probaron dejarlo solo, pero comprendieron que se caería al suelo, entonces el Alcaide acercó una silla de brazos y lo sentaron.

– Retírense de aquí -les ordenó; luego él se marchó también.

Enrique quedó allí. Del interior de la cárcel se percibía el rumor de las voces de los presos, apagado por los cristales de las ventanas. Del cuerpo de guardia llegaba de vez en cuando ruido de pasos. De allá lejos, muy lejos, venía la vibración potente de las máquinas generadoras de la fuerza omnipotente que el Genio de Volta y de Ampere llegó al mundo como una herencia de fraternidad. El ambiente se estremecía con los rugidos del supremo potencial secreto descubierto por Denis Papin en el dulce y poético aislamiento de su “home” y multiplicado por las creaciones de Fulton y de Watts; la atmósfera se saturaba del calor de los hornos en que se fundían las riquezas de la pródiga madre tierra y se sentía la palpitación de millares de brazos y millares de inteligencias, bajo millares de sudores frentes, que heroicamente se afanaban en las minas, en un esfuerzo sobre humano, múltiple y solidario, en la producción infinita del poder de los hombres; el sol daba la vida y la multiplicaban prolíficamente y encendía en la sangre el amor y la dicha; cruzaban el espacio, crepitando misteriosamente, ondas que llevaban hasta el confín del universo el pensamiento humano, caminando en la libre vía del infinito sin las barreras en que tropezó la creación de Morse y Hughes y que Marconi echó abajo al conjuro mágico de su fecundo cerebro… todo era vida, alma, espíritu, amor… solo el hombre-bestia, lobo del hombre, preconizaba con su egoísmo o con su cobardía el fatalismo del dolor o de la crueldad humana.

Luego que Enrique quedó sentado entrecerró los ojos y en su cara se difuminaba dolorosamente su amable expresión.

Pasó como un minuto. Castañeta alzó la cabeza y miró al preso, tomando su habitual expresión de husmeo; arrugando su frente por la contracción de los párpados, que su mirada de viejo miope provocaba, ayudando a los anteojos; su nariz boluda de yemaciones violáceas de borracho; olió la víctima. Lo miró un rato y luego vio interrogativamente a Robleda, que le hizo un guiño, señalando con el gesto al reo.

– ¡Muchacho! ¡Muchacho! No te duermas, hijo.

Enrique, abrió los ojos e inclinó la cabeza dócilmente, preguntando, con su amable sonrisa, que ahora era la mueca de una calavera:

– ¿Me hablaba Ud. Señor?

– Sí. Hombre. ¿Qué tienes, pues?

– No, señor. Nada. Nada. Estoy un poco débil. Parece que estoy un poco enfermo. Pero no, Señor. No es nada… La cabeza… No más.

– Bueno, ¿quieres tomar algo?

– No, Señor. Nada. Muchas gracias.

En aquel momento el centinela volvió a gritar:

¡¡¡Guardia-a-a-a!!! ¡¡¡Ciudadano Presidente Municipal!!!

A poco se oyó el rodar de un carruaje y en seguida voces del saludo y el Alcaide que daba parte marcial de “sin novedad”. En seguida entró el Cashier; venía, solo, pues Ojos de Perro ya no quiso acompañarlo, fastidiado de la presencia de los Leguleyos, a los que decididamente no podía soportar. Sin nobleza de raza, su altivez de sajón, se sublevó al fin y no quiso mancharse más con el contacto de aquellos “macacos” de raza inferior.

Castañeta y Robleda se pusieron respetuosamente en pié, luego que vieron entrar al Cashier. Enrique probó pararse y no pudo, tartamudeando lo saludó, y el Cashier tuvo uno de sus geniales arranques de bondad, le estrechó la mano sin cuidarse de la porquería que la cubría y se informó de cómo se encontraba de salud.

– Así. Así -le contestó Enrique.

Saludó en seguida de palabra a los de justicia y ocupó un asiento enfrente a Robleda, quien volvía a limpiarse el residuo de comida que tenía en el pantalón.

Enrique había vuelto a cerrar los ojos. Así parecía un muerto. Luego preguntó al Cashier si había algo de su esposa.

– No sé muy bien de ella -dijo el Cashier trapajosamente -creo está bien. ¿Es todo?

– Gracias. Muchas gracias -dijo Enrique.

– Continúe Ud., Señor Licenciado -dijo el Cashier a Castañeta.

– “Pos” si apenas comenzamos con este muchacho -contestó; luego dirigiéndose al preso, le habló como lo había hecho con las muchachas Marignano:

– Bueno. ¿”Pos” tú ya sabes por que estás aquí?

Aquello fue un choque que lo revivió. El pobre hombre sintió algo que le apretaba el corazón y la sensibilidad renacía en él provocaba por el dolor. Casi en silencio dijo:

Es muy penoso para mí esto y no quiero ni referirme al motivo por qué estoy preso -luego como recordando algo muy lejano y dirigiéndose al Cashier le dijo-: Señor, ¿cómo está mi esposa? -no tenía conciencia de haber hecho la misma pregunta momentos antes. Sus labios estaban secos y su garganta apenas daba sonido a sus palabras.

El Cashier hubiera preferido estar muy lejos de allí. Tartamudeando por la conciencia de su falta y avergonzado por el papel de verdugo que representaba, volvió a hablar de Luisa:

– En lo que cabe, está bien, Señor Álvarez. Pero creo… creo… vamos, que si Ud. no hace algo por ella… pues… tal vez no la pase tan bien.

En el Cashier se había operado uno de esos cambios momentáneos que son tan comunes en los hombres de negocios, en los “Money-makers”. Había sentido compasión por aquel hombre y

vergüenza por su propia conducta, pero el influjo de la idea financiera que controlaba tan poderosamente su idiosincrasia, lo dominó rápidamente y de la compasión y la vergüenza pasó a su negocio y éste le inspiró la embozada y terrible amenaza para aquel desgraciado.

– ¿Qué está enferma? -preguntó ansiosamente Enrique.

– Bueno. Yo no me refiero a eso precisamente. ¿Comprende Ud.?

– ¿Pues qué le pasa? ¿Cómo está?

El Cashier se vio apurado para aporrear más a aquella víctima e hizo una seña a Castañeta y agachó la cabeza, fingiendo poner toda su atención en la ceniza de su puro, la que separaba con los dedos. Enrique lo miraba, suplicando sufridamente una respuesta.

Castañeta aprovechó esta atención concentrada de Enrique hacia el Cashier y, repentina t bruscamente, rompió el silencio, mirando fijamente a Enrique con sus ojos de miope, como queriendo fascinarlo.

– Pues es necesario que lo sepas todo de una vez. Ya el Señor Presidente te dijo lo que había hecho tu mujer. Yo por mi parte disculpó a la muchacha y podré en su favor, todo lo que pueda, pero también es necesario que tú me ayudes. ¿Estás dispuesto?

– ¡Oh! Si señor. Yo haré todo lo que pueda -dijo temerosamente el desgraciado.

– Bueno -prosiguió Castañeta-. Pues tu mujer ha confesado que robó a la tienda, en unión de las muchachas Marignano. Esto no lo sabías tú, por que ella comprendía que no lo permitirías tú, nunca. ¿No es verdad? Por eso se puso de acuerdo con las muchachas. Ahora bien, ¿quieres tú salvarla de cuatro a cinco años de cárcel? Pues no hay más remedio que tú te confieses autor del robo. Parte de las cosas robadas se encontraron en tu casa, y de esta manera puedo yo, como juez, disimular la culpabilidad de tu mujer, si tú declaras, que eres el culpable. ¿Qué dices?

A aquel desgraciado le producían las palabras y el “tuteo” tan denigrante del viejo, más tremendo efecto que si le patearan la cabeza. Nunca en su vida, por más dolorosos que hubieran sido los trances que había pasado, había sentido tan intensa su humillación como en aquellos momentos en que la espantosa caída en aquel abismo, se crudelizaba con el tratamiento del viejo. La concepción, confusa hasta ese momento, de la culpabilidad de Luisa, ahora se le presentaba clarísima y brutal, y aquel viejo se la echaba a la cara como un puñado de inmundicia que no se pudiera limpiar y se sentía obligado a aceptar su degradación, aceptación que afirmaba en su débil espíritu; la naturalidad con Castañeta le hablaba de “tu”. Por más que desde un principio creyera en la culpabilidad de Luisa y aceptara también esa culpabilidad, ahora le mataba el alma. Tenía fuerza para ponerse en pié, tambaleándose, en una suprema contracción de sus nervios martirizados por el crimen de su mujer.

Al tratar de pararse, el Cashier se levantó de su asiento y le ayudó a sostenerse. ¡Oh buen Cashier!

– Estoy dispuesto a todo -dijo llorando el mártir.

El Cashier arrimó con una mano que le quedaba libre, una silla a la mesa y sentó a Enrique. Castañeta juzgó que ya no era necesario hablar y puso delante de Enrique un cuaderno en forma de expediente y señaló, con un dedo, el lugar en que había de firmar. Enrique, sin preguntar, firmó donde el dedo de Castañeta le indicaba.

El Juez llamó en seguida a los testigos de asistencia y formaron también, bajo fórmula de: “Leída que le fue su declaración en ella, se afirmó y se ratificó por ser la verdad, firmando en unión del C. Juez y testigos de asistencia damos fe”.

El alcaide había presenciado aquello y su experiencia se aumentó en el concepto que tenía de la maldad humana. En su cerebro sopló algo como indignación, pero a el no le tocaba, por cierto, componer el mundo.

Castañeta retiró el pliego y lo guardó con otros papeles en un cartapacio que traía consigo.

Al concluir de firmar, Enrique inclinó la cara sobre la mesa, perdida toda conciencia y toda sensibilidad; entonces se pararon ellos, dando por terminado satisfactoriamente el asunto que los tenía allí reunidos. Se miraron unos a otros, todavía como se les faltara algo que hacer.

– ¿Ya terminó todo? -preguntó el Cashier.

Castañeta lo husmeó, arrugando la prodrómica nariz.

– ¿Cree Ud. que hay algo más que hacer? -dijo con cierta altanería. Estaba orgulloso de sí mismo y se consideraba, después de aquel triunfo, muy superior al Cashier, a Ojos de Perro y hasta le nacía cierto espíritu de protección hacía Robleda que, en aquellos momentos, se lengüeteaba afanosa y satisfechamente sus bigotes. Se veía el mejor servidor del Rey, pues consideraba que su inteligencia lo ponía muy por encima de aquellos “tipos” a quienes siempre tenía que dar cuenta de sus actos. Enrique Álvarez se había confesado culpable; sin reticencias había llegado al final que él se había propuesto y, debajo del brazo, guardaba, en aquella declaración del proceso criminal, la prueba de su triunfo intelectual; declaración que él había redactado en la augusta solemnidad de su Juzgado, Santuario de la Justicia, y que en aquellos momentos quedaba concluida con el último toque magistral, inspirado en sus elevadas facultades de hombre de genio, al conducir al criminal al objeto que se propuso, obteniendo su firma al calce de la declaración, como el final preciso y soberbiamente calculado por él. El Rey tendría amigos y servidores, pero ninguno como él. ¡Vaya unos “Gandarrias”! aquellos que rodeaban al Rey, sin serle de la utilidad que le era él.

El Cashier adivinaba lo que Castañeta rumiaba en su simiesca cabeza y, en su fuero interno, consideraba con lástima su majadera pretensión. ¿Quién era, en realidad y con justicia, el que debía estar orgulloso por aquel triunfo? Seamos justos con el buen Cashier, pues ya sabemos que él era quien había, con lo que le dijo Enrique, el día que lo llevó a la cárcel, inspirado en el apocado ánimo de éste, la aceptación de la culpabilidad de su mujer.

Castañeta habló al Alcaide y le ordenó que volviera a Enrique al Calabozo.

– Yo creo que ya no es necesario que siga incomunicado -objetó el cashier, impulsado por su excelente corazón.

– Yo conozco mi negocio -dijo Castañeta-. En este asunto yo soy responsable de mis actos como Juez. Encierra a este hombre en el mismo calabozo -repitió, dirigiéndose al Alcaide, y luego hablándole al oído-: Espera, que yo vendré aquí a la noche.

– Mandé limpiar el calabozo -dijo el Alcaide.

– ¿Quién te dijo que lo hicieras? No, Señor. Déjalo como estaba. Pronto. –El alcaide salió a disponer lo que Castañeta ordenaba.

Indudablemente que el Juez tenía su propósito.

Salieron todos y Enrique fue conducido al inmundo cubil, donde había de permanecer todavía por orden de Castañeta.

CAPITULO VIII

Les fue preciso reunirse otra vez, pues las circunstancias, aunque leves, no por eso dejaron de alarmar a aquellos hombres y el despacho privado de Ojos de Perro servía, algunas horas después de lo que dejamos narrados en el capítulo anterior y ya entrada la noche, de lugar de Cónclave a los buenos y fieles servidores del Rey. El momento de alarma había llegado para ellos de distintas maneras y por distintos caminos.

Por el correo se había recibido un periódico revolucionario que se publicaba en St. Louis, Mo., con un artículo furibundo en el que se denunciaba al bueno y honrado Cashier, de apropiarse los lotes que el municipio destinaba a los pobres, valiéndose de denuncias que, ante el mismo Cashier, como Presidente Municipal, hacían su mujer y su hija, la joven de la extraña sonrisa. A estos denuncios acordaba el Cashier, concediendo lo que en ellos se pedía. El tal artículo le había pagado al buen hombre en plena cabeza. A esto se añadía el pliego que, también, por el mismo correo había llegado, y en el que pedía el Gobierno informe sobre el robo de alimento de los enfermos, que se practicaba en el Hospital del Municipio, robo que se achacaba al cristiano Cashier y al síndico del ayuntamiento, que venía a ser algo así como el Gran Visir del Cashier. Los dos golpes tenían atontado al hombre y la verdad era que aquello lo ponía fuera de su natural y burgués equilibrio.

Pero lo más serio del asunto, era el informe que pedía el Gobierno del Centro, por conducto del Local, acerca de los motivos y prisión de doña Luisa Leblanc de Álvarez.

Ojos de Perro enseñaba a Robleda, a Castañeta y al Cashier, el pliego en que se pedía el informe, y ninguno se explicaba el porqué de aquella disposición. A Ojos de Perro no le preocupaba gran cosa ni el Gobierno del Estado ni la Federal; sabía muy bien que los dos estaban al servicio del rey, cuando menos ésta era su idea: un obsequio del mismo rey al Presidente de la república, de un caballo de pura raza por valor de cuatro mil dólares, obsequio que fue conducido y presentado por un individuo, antiguo desertor del ejército americano, y que fungía de Coronel del Ejército nacional, era bastante título para contar con la inmunidad necesaria; sobre todo, debía de considerarse, que aquella parte del País era creación exclusiva del rey, y nadie, nadie, ni gobierno ni persona, tenía derecho de meterse en lo que ellos hicieran allí. Pero sin embargo, no se consideraba del todo tranquilo y estaba resuelto a concluir de cualquier manera, por lo que tocaba a Luisa, pues realmente estaba fatigado de su papel de verdugo, y aquel “informe” venía a colmar su fastidio.

Nuestros lectores se acordarán de aquel buen amigo de Enrique, llamado Thomas. Hombre de carácter y de inteligencia, se había ocurrido dirigirse por el telégrafo al gobierno, no encontrando otro camino para ayudar a sus amigos, pidiendo protección para Luisa, afirmando que gozaba de ciudadanía americana. Este era el origen de la orden que había llegado por correo, destinada al Cashier, pero que, como todos los documentos oficiales, debían ser vistos, examinado y resuelto por Ojos de Perro.

Robleda y Castañeta estaban de acuerdo en que se dilatara la contestación a la orden de informar, por cuatro o cinco días, los que serían bastantes para hacer confesar a Luisa; pero el

Cashier y Ojos de Perro no eran de ese parecer y resolvieron, para quitarse todo engorro de encima, “echarla” libre aquella misma noche; solo Castañeta protestó la necesidad de practicar todavía algunas diligencias y al fin acordaron que, después de esto, Luisa quedaría libre.

Al concluir de tratar el asunto, Ojos de Perro se dedicó a leer su correspondencia y el Cashier hizo otro tanto, sin ocuparse para nada de los abogadotes. Estos salieron torpemente, dirigiéndose a recuperar el ánimo en el burdel favorito.

Serían las doce de la noche. Sobre la población, que se extendía en una amplia meseta, donde los “homes” formaban anchas y desiertas avenidas, colgaba el sopor sus vagorosos velos de ensueño. En el faldeo meridional, donde concluía la meseta, hormigueaba, en un laberinto de callejuelos, que se hundían en una cañada, la gente trasnochadora que se revolvía ebria y embrutecida en los burdeles que poblaban aquella callejas, sobre las que flotaban las ondas de un mar de podredumbre en el que se anegaba el alma y la carne inmunda de la multitud que allí vagaba encadenada en aquella condenación del vicio. De allí partían gritos, carcajadas, insolencias, alaridos, y el claro rumor de las músicas a cuyo compás se desarrollaba, en furiosas danzas, el vicio en forma pestilente y asquerosa de embriaguez y de prostitución. En aquel antro que abarcaban las callejas y que era el campo de un aquelarre de degradación, oficiaban, como sumos Pontífices, el juez y el abogado; y el Cashier, desde el fondo de su “home”, calculaba, al pensar en el porvenir de sus hijos, cuánto le dejaba de ganancias la autorización que él, como presidente municipal, daba para la libre práctica de la prostitución y de la embriaguez; autorización que se hacía pagar en dinero constante y sonante, y que iba a aumentar su honrado capital y por ende la herencia que santamente les había de legar a los pedazos de su alma, cuando entregara su cristiano espíritu al Creador.

En el fondo del sombrío miraje de la noche, se destacaba el oscuro horizonte de la Sierra de Cobre, cubierta de puntitos luminosos, que eran las casitas de los mineros o las luces del servicio de trasporte de metal, que se extraía de las minas. De allí se desprendía un denso aliento de trabajo, que inundaba con sus ondas de fuerza creadora hasta el confín, que se levantaba sobre el horizonte, en el Universo poblado de mundos estelares de donde volvía a la tierra, en soplos de vida extraña, misteriosa, intensa, infinita, como un solidario y fraternal aliento de otras humanidades.

A la puerta de la cárcel llegó un carruaje del que salían voces mujeriles, mezcladas con voces masculinas.

– ¡Párale! -dijo imperiosamente al cochero la voz de Castañeta.

– A ver. El alcaide -ordenó desde el interior del carruaje, mientras las mujeres, en número de cinco sin contar a Robleda, armaban guasa y besaban ruidosamente a los “machos”.

El alcaide salió restregándose los ojos y a la pregunta de Castañeta si había llegado una mujer presa en un carruaje, contestó negativamente.

En ese momento llegó el carruaje que esperaba y de él se apeó el policía que cuidaba a Luisa, quien era conducida allí también.

– Mira tú -dijo Castañeta al policía- tráete a la mujer esa y métela “pa” dentro.

El hombre obedeció y ayudó a bajar a Luisa, conduciéndola hasta la puerta, donde él se quedó y, continuando ella sola, por donde le indicó el encargado de cuidar la puerta de la cárcel. Castañeta seguía detrás de ellos.

– No te tardes, papacito. Y cuidado con hacerme una perrada con “esa” -dijo una de las mujeres que iban en el carruaje, a Castañeta.

Un esfuerzo sobrehumano sostenía a Luisa: se apeó cogida del brazo del policía, sin protestas, sin quejas, sin interrogar nada, como obedeciendo a un fatalismo que la volvía insensible a todos los dolores y a todas las humillaciones, y se dirigió, como hemos dicho, a la puerta de la cárcel. El policía cruzó con ella el cuerpo de Guardia. El cabo de puertas abrió la reja de hierro anterior, introdujo en el hueco a Luisa, seguido de Castañeta, y luego abrió la reja de posterior y penetraron al patio. Luisa se cogía por instantes del brazo del cabo para no caer. Sus vestidos estaban en desorden y su cabeza cubierta con el vendaje, mal acomodado, dejaba flotar el cabello rubio y ondulante sobre su espada.

Castañeta quería llevar hasta el fin su rencoroso propósito. La soberbia y la rabia que habían despertado en él la resistencia de Luisa, le habían sugerido lo que iba a hacer, como un castigo que él juzgaba justo aplicarle antes de “echarla” libre, ya que la resolución de Ojos de Perro le arrancaba las probabilidades de otro triunfo más, para hacer meritorios sus servicios en la alta consideración del rey. Para él, lo que hacía en aquel momento, era tan sencillo y natural, como cualquier otra cosa. Lo hemos visto en su vida, desde su juventud, practicando triunfadoramente la infamia en todas sus criminales modalidades y hemos visto que siempre fueron aceptadas y hasta aplaudidas las inmorales actividades, productos de su degradada inteligencia. Lo hemos visto adquirir un título profesional y desempeñar una posición oficial; posición que, para ocuparla, lo había obligado a renunciar el puesto de Juez Federal, que significa ser el encargado de proteger los derechos del Hombre apuntados en la Carta Fundamental de nuestro país, y está ética miserablemente degradada de Castañeta, es la característica de todos los jueces; la dolorosa experiencia de todo mexicano, en lo que se refiere a la violación de la Justicia corrobora indudablemente lo que afirmamos.

Luisa atravesó como un autómata el patio, conducida hacia el calabozo donde estaba su marido. Se dejaba llevar sin resistencia, impelida por el empuje brutal de aquellos agentes del crimen que creaban a su alrededor una atmósfera en que se agitaban las cosas y las gentes, pesada y mecánicamente; por que toda aspiración y todo vigor de la inteligencia, solo debían de moverse dentro de la estrecha vía en que pretenden encauzar estos miserables la humana actividad, pretensión que los hace representar el papel de fabricantes de esclavitud, de infortunio y de embrutecimiento.

Aquella noche, Luisa dormía en el cuarto en que estaba presa, cando fue despertada para ser conducida a la cárcel en un carruaje. Lo que había sufrido, la había insensibilizado para el dolor, así es que, en aquel momento, poco o nada le importaba lo que iban a hacer con ella.

Antes de llegar al calabozo de Enrique, tropezó con uno de los borrachos que dormían en el patio; el hombre despertó y una insolencia carraspeó, como un vómito fecal, en su garganta; después se fijo en Luisa, y al verla mujer:

– Vente a acostar conmigo “mi alma” -le dijo, luego dio un ronquido y siguió durmiendo.

– El juez va cambiar la cárcel en burdel -dijo una voz desde las galeras- porque veían a Castañeta acompañado de una mujer. A castañeta le agradó el dicho, pues era su gloria tener fama de prostituido.

El Cabo de Puertas alumbraba con una lámpara de mano y procuraba abrir la reja del calabozo de Enrique. Luisa se había recargado en la pared, a un lado de la puerta, y sus manos se apoyaban en las salientes del muro. Su fisonomía se perdía en las tinieblas en que se condensaba la noche.

– ¡Échamela “pacá”, tío “bogo”! -gritó una voz desde un calabozo.

– ¡Te echaré a tu madre. Hijo de…! -contesto Castañeta.

– ¡Huipia! ¡Agárrate esa! -le dijeron al del calabozo.

– ¡Oye viejo Chango! ¡No seas sin vergüenza!

Una de las “perdidas” que traían Castañeta y Robleda en el carruaje, había entrado al Cuerpo de Guardia y por la ventanilla que daba al patio, le habló al Juez:

– Ándale, Papacito. Vente, Chulo. ¡Mira que ya me estoy encelando! ¿Qué haces con esa…? Si te tardar entro y le arranco los cabellos…

Era lo que esperaban los presos, ya despiertos todos, para armar borrascas. Una gritería infernal de insolencias y porquerías surgió de las ventanas de las galeras y los calabozos, como un volcán de inmundicia que chorreaba sobra aquel lugar infecto como una avalancha de podredumbre.

– ¡Huipia! ¡Huipia! ¡viejo Chango!

– ¡Hijo de…! ¡Juez ladrón!

– ¡Papá de las p…!

Uno hablaba con voz afeminada, invitando a entrar a la galera, a la “perdida”, y le explicaba lo que quería hacer con ella.

La mujer le repitió a Castañeda:

– Ándale, Papacito. Vente, que estoy celosa.

Hablaba de aquel modo para provocar los gritos y las insolencias y Castañeta, hecho de inmundicia, no notaba la que salía de los presos.

Acabó de abrir el Cabo la puerta del calabozo y luego Castañeta le ordenó:

– Métela.

Luisa se separó de la pared y a la luz de la lámpara vio a su marido tirado en el suelo como muerto, en aquel lugar en el que parecían confinarse lo más sucio y asqueroso del mundo. Un alarido que condensaba hasta el infinito todas las vibraciones del dolor, de la locura, de la muerte, se desató del fondo de su pecho, de lo más martirizado de su alma y surgió chillando por su garganta, hasta penetrar hendiendo aquella atmósfera de degradación y dilatándose en aquel ínfimo que parecía la absoluta negación de la justicia, y en el que imperaba y parecía perdurar por los siglos y de los siglos del crimen, representado por aquel juez miserable y por aquel detritus social que bramaba en la prisión. Se tiró sobre Enrique.

Los presos callaron, suspensos por aquel alarido que removió en ellos algo lejano, muy lejano. Tal vez brillaba en el horizonte añorante de su alma el brillo de una lágrima o la dulzura de una caricia, y sobre todo aquello, dominó el silencio que debe imperar cuando la vida se agota en las últimas sensaciones de un martirio.

Luisa palpó a enrique, lo movió, lo cogió por la espalda y lo hizo sentarse. No lo acariciaba en aquel momento, no había ternuras en ella; era la vida, la fuerte vida que agitaba tormentosamente a aquella mujercita y que le imprimía recios y nerviosos vaivenes con los que levantaba y movía a su marido para hacer desaparecer de él aquel sueño de muerte; al mismo tiempo sollozaba, pero sus sollozos se entrecortaban o se interrumpían por el aliento de fuerza que brotaba de ella en el esfuerzo que hacía para mover afanosamente a Enrique, cuya cabeza caía sobre su espalda al ser enderezado, o se ladeaba sobre sus hombros, en el desaliento de su embriaguez. Luisa sollozó fuertemente y apretó a Enrique con una energía nerviosa que le hizo abrir los ojos. El la vio, sus caras casi se juntaban y de ella emergía un aliento vital tan intenso, que envolvía a su marido, lo penetraba como una transfusión de todo, de todo lo que en ella quedaba de alma y de corazón, pasándoselos con toda su vida.

– Luisa -¿interrogó? él.

Ella acercó suavemente, despacio, quedamente, su boca a la de él y como el holocausto de toda ella le dio un beso…

– Luisa. Hazme favor de no besarme. ¿Tienes la bondad de irte de aquí? ¿Quién te trajo?

– Mira, muchacha. Ya puedes largarte de aquí. ¿Entiendes? -le dijo Castañeta, cogiéndola rudamente por un hombre.

– Salga Uds. -le dijo al Cabo de Puertas, y también la tomó del brazo.

Luisa los vio. En sus ojos de indefinida expresión, se adivina la luz de su alma en la que se despertaban furiosos el odio y el coraje, como dos fuerzas que la sostenía en el desafío contra aquella horda de miserables que sumergían su vida en la sombra, abrumándose con sus crímenes.

Se desprendió de Enrique, que volvió a caer en el sopor que imperaba sobre él, y se levantó, siguiendo al Juez; cruzaron el patio y salieron al Cuerpo de Guardia y luego fuera.

Castañeta se dirigió al carruaje, donde lo esperaba robleda en unión de las mujeres. Una de ellas, al subir, lo sentó en sus piernas y lo besó.

– Pero oye, tú: ¿Qué hacías con “esa” tanto tiempo? -Castañeta inició, con la mujer, el comienzo de una porquería; luego el carruaje emprendió la marcha con aquel bagaje de degradación, en que los fardos eran prostitutas y un Juez y un pseudo Abogado.

Luisa salió del Cuerpo de Guardia. ¡Estaba libre!

Fuera de la cárcel había una banca y allí se sentó. En la quieta soledad de aquella noche y en la soledad también de su alma, su cuerpo se doblegaba sin fuerza, y sola, en el vacío de un mundo poblado de seres extraños, distintos, con almas que no la conocían y corazones que no tenían un latido de querer para ella, las radiaciones de su vitalidad se perdían en el infinito y se dilataban ilimitadamente sin encontrar el alma humana que palpitara en el amoroso conmiseración que es el soporte de la existencia; no habían ojos que tuvieran una mirada compasiva, manos que al estrechar la suya le dieran el calor de un cariño. ¡Sola!... ¡Sola!... El hombre por quien había sufrido tanto la rechazaba, precisamente en el instante en que ella le daba, en aquella conjunción de infortunios, lo poco que le quedaba de vida. Había llegado a lo más hondo de la miseria humana; el crimen la había arrastrado hasta el fondo de aquella cárcel, después de casi agotada su vida en el martirio de aquellos días; allí había flameado su abnegación en el fuego pasional con que besó a su marido, tan amado en la desgracia, tan idolatrado en su felicidad como nunca lo había sido antes, ¿y él?... la rechazaba. También él,

haciéndose ayudante de los miserables, cómplice del crimen, ahuyentando con aquella insensatez su última esperanza al negarle el derecho de sufrir con él, de quererlo, de darle el alma y la vida en aquella noche de desventura, como le había dado la vida y el alma en sus tiempos buenos, cuando los embriagadores goces del amor llenaban los días y coloreaban el horizonte encantado de sus ensueños…

¡Sola!... ¡Sola!... ¿Por qué era aquello?

Se levantó sollozando y se apoyaba en la pared para no caer y empezó a andar. El cielo fingía un océano, salpicado de islotes de luz, y del vacío especio, en que se colgaba el sopor sus vagorosos velos de ensueño.

A pocos pasos llegó a un callejón que dividía el lote de la cárcel con el de una casa de madera. En el umbral de la puerta de esta casa, se balanceaba de una varilla de hierro, una tabla en la que se anunciaba un agente de Negocios judiciales; era una sanguijuela de los presos. La tabla se columpiaba y el vaivén hacía gemir las bisagras. Luisa creyó que alguien lloraba.

– Sufrirá como yo -se dijo. Siguió adelante.

Después de la cárcel continuaba una cerca de madera. Luisa se cogía del borde de la cerca y dejaba señales de sangre al romperse, el contacto de la madera, la piel de sus manos. En un clavo se gancho su falda; no se dio cuenta de aquello y al pretender avanzar, el clavo la detuvo y sin fuerza para permanecer en pie, cayó al suelo, desgarrándose el vestido.

La prostitución le impidió pararse, pero continuó caminando, arrastrándose; de su garganta salía un aliento sollozante. Logró cogerse de las tablas del cerco y pudo ponerse en pié. Emprendió otra vez su vacilante paso.

Concluyó el cerco de madera y pudo llegar al portal de una casita. Allí se sentó, sintiendo un poco de descanso.

Por la esquina en que concluía el callejón, volteó un grupo de gente. Hablaban alto y voces de mujeres proferían insolencias e injurias. Era un “manojo” del pueblo de los burdeles que conducían a la cárcel, cuatro policías de a caballo. Pasaron junto a Luisa, pero sin notarla.

En una resurrección de sus fuerzas se paró y continuó la marcha. Una reacción inesperada la animó bravamente y pudo caminar con menos torpeza; sin embargo, había momentos en que sentía como si sus pies se adhirieran a la tierra o como si una cadena la ligara, estrechándole los tobillos. Esto la propendía a caer, pero una contracción vigorosa, impresa en sus nervios por la energía de su ánimo, la reforzaba, y continuaba su camino. Llegó un momento en que necesitó apoyarse arrimado a una herrería. Se abrazó a los rayos y al pegar su frente en el borde de la yanta, el frescor del hierro causó un choque en su cerebro y en sus nervios que la vigorizó suavemente. Se retiró del carro y a los pocos pasos dobló una esquina. Su mirada pudo abarcar los distanciamientos “homes” que se destacaban somnolentes y tranquilos a la claridad de las estrellas. De aquellas casas irradiaba un descanso egoísta y cruel. Tenían calor y abrigo solo para los que allí dormían. Luisa midió otra vez la vacua soledad en que ella se movía. Ya no sollozaba.

Siguió adelante y pegándose a los postes que sostenían los portalitos de las casa de madera. Al poco andar llegó a una tosca división de tablas horizontales; se recargó en una y entonces pudo ver la iglesia de madera, que se alzaba algo retirada de la división de tablas. En su alma se oscureció algo inútil, que simulaba una esperanza vana y de indecisa luz, fantástica y tenue; era algo cómo una idea o ¿cómo un recuerdo? Y, al dispararse aquella sombra, el miserable vigor que ondulaba en sus nervios, se amplió como una fuerza real, efectiva y verdadera en el

campo que abandonaba aquello inútil que simulaba una esperanza vana, luz indecisa, idea o recuerdo.

El viento suave, ligero y cálido hacía flotar su vestido desgarrad y la ondulante crencha de sus cabellos.

Avanzó más y, cruzando una boca-calle, llegó al borde meridional de la meseta. Eran las tres de la madrugada; todavía la noche extendía su dominio sobre la tierra.

A su izquierda y hundiéndose en una cañada, el laberinto de callejuelas de la población del vicio, sobre las que flotaba las ondas de un mar de podredumbre, en el que se anegaba el alma y la carne de la multitud que allí vagaba encadenada en aquella condenación, se extendía el dormir de un cansancio enfermo, provocado por el agotamiento que causan las degradación y la renuncia moral. A su espalada, sobre los “homes”, se tendía pasadamente el sueño y su quietud y su calma se circundaban en el reducido y estrecho límite de un egoísmo frío y hostil para la pobre mujer. Erecta, se detuvo al borde de la meseta; su mirada fija en la dilatado fondo se tendía interrogadora hacia delante. Quedó de pié y su cuerpo recto firme se destacaba en la atmósfera limpia de la madrugada. Sus ojos no se desviaban de la dirección en que miraban, ni su flaqueza ni su soledad, pedían fuerzas a lo que no veía, Detrás de ella presentía a los que habían elaborado su tormento y una despreciativa indiferencia era como su venganza para los que, para vivir y para la vida de sus hijos, necesitan la procreación del dolor humano. Flotaba esta idea como el germen de una embrionación auroral en su espíritu. No podía precisarlo pero lo presentía.

Detrás de ellas, algo alejado, se alzaba el opulento “home” del Magnate; a un lado vivía Ojos de Perro y allá lejos el Cashier.

Todos dormían y también en el vicio dormían el juez y Robleda. Todos dormían. Dormían Los Bribones. Sus crímenes, su degradación, su mortal y corrompida influencia, sus almas cobardes y miserables, hechas para crear el crimen, el deshonor y el egoísmo, dormían.

Parecía que la tierra estaba libre de las miserias con el dormir de los miserables. Su quieto y animal descanso hacían descansar y dormir la Bestia que vivía en ellos…

Luisa miraba interrogativamente hacía adelante.

A sus pies se hundía la falda de la meseta, y por encima de la calle del Mineral y cruzando por los techos de los edificios de la Compañía, su visita cruzaba al nivel de las bocas de las chimeneas de la Fundición y de la “Power-house” y alcanzaba la Sierra.

Se sentía poseída su alma de una atracción indefinida y llena de ternura y de consuelo…

Del fondo de las mimas emergía la fuerza misteriosa y omnipotente del trabajo. Allí había músculos que se contraían en un esfuerzo súper-humano que era una lucha real y efectiva y de cada contracción de aquellos nervios musculados, brotaba la creación portentosa de una resultante transformada en riqueza, en energía, en materia útil y rica; y del alma fuerte y sana y viril de aquellos músculos fuertes y sana y viril de aquellos músculos fuertes y sanos, emergía también una onda de fuerza sana y buena que era como la promesa de una redención y de allí radiaba la “bondad” con una energía imperadora y, hermanada con la inteligencia que guiaba aquellos músculos, se dilataba en el espacio conquistando la tierra…

El batallar de aquella lucha producía alientos que llegaban hasta Luisa en el misterioso y tierno consuelo que la invadía, y dominaba en la noche y calentaba el aire y daba brillo a las estrellas y azul profundo al Océano de isletas de luz.

La bondad imperaba sobre la tierra sin obstáculos, porque la Bestia dormía.

Fue como luz de una esperanza y Luisa, secreta y misteriosamente atraída, siguió su camino hacia adelante, como si aquella “bondad” incorpórea tuviera brazo que la soliviantara en su marcha y alma fraternal que diera dulce calor a su martirizado corazón.

FIN